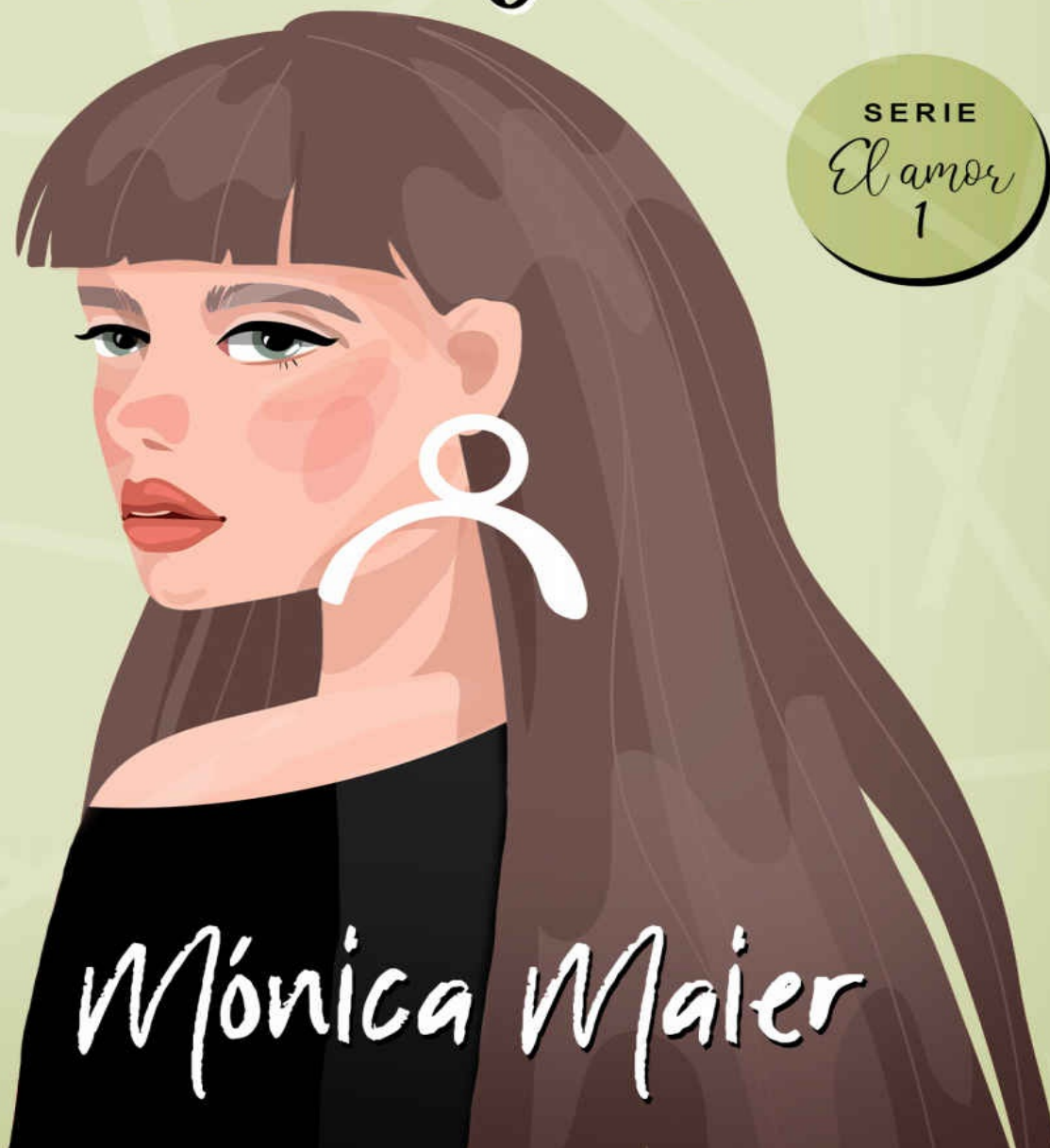


El amor no es una ciencia exacta

SERIE
El amor
1



Mónica Maier

El amor
no es
una ciencia
exacta♡

Mónica Maier

Copyright

Edición revisada y actualizada de *El amor no es una ciencia exacta*.

Primera edición, octubre 2015

Reedición, abril 2023

© 2023 Mónica Maier

© de la cubierta: Alexia Jorques

© de la fotografía de cubierta: Shutterstock

Gracias por comprar contenido original y apoyar a los nuevos autores.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Nota de la autora

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

Índice

[Copyright](#)

[Prólogo](#)

[Uno](#)

[Dos](#)

[Tres](#)

[Cuatro](#)

[Cinco](#)

[Seis](#)

[Siete](#)

[Ocho](#)

[Nueve](#)

[Diez](#)

[Once](#)

[Doce](#)

[Trece](#)

[Catorce](#)

[Quince](#)

[Dieciséis](#)

[Diecisiete](#)

[Dieciocho](#)

[Diecinueve](#)

[Veinte](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Sobre la autora](#)

*A mi madre.
Gracias por descubrirme un universo de sentimientos, magia y amor.
Tú plantaste la semilla que da vida a todas mis historias.*

Prólogo

Caminaba a paso vivo, a pesar de los tacones. Había aparcado algo lejos, pero no me importó el pequeño paseo. Las luces de Navidad ya adornaban el cielo y los escaparates de Madrid, y las calles estaban maravillosas; llenas de colorido y luz.

A mis veintisiete años aún me ilusionaba la Navidad: la atmósfera festiva, la sensación generalizada de felicidad que parecía flotar en el ambiente, las reuniones con la familia y amigos, los regalos...

Los regalos. Tal era la razón por la que me había escapado «antes» de la oficina esa tarde. Iba a ser la primera Navidad que Aarón y yo pasábamos como marido y mujer y quería hacerle un regalo muy especial.

Pasé semanas pensando y buscando y, al final, me decidí por un reloj Breitling. Mi flamante marido era un apasionado de los relojes de lujo, sin embargo, hasta la fecha, se había tenido que conformar con verlos tras los cristales de los escaparates. Ciertamente era que me había costado una pequeña fortuna, que no es que me sobrara —había gastado una parte de mis ahorros y todo el *bonus* de ese año en su regalo—, pero solo imaginar su cara cuando lo viera ya hacía que mereciera la pena.

Tenía planeado recogerlo antes de ir a comer, pero una de las primeras citas de la mañana se retrasó y toda mi agenda se fue al traste. Menos mal que mi amiga Virginia me había salvado el pellejo yendo ella.

Vir, así la llamábamos desde el instituto, trabajaba en una de las tiendas que la firma Loewe tenía en la Milla de Oro madrileña y la joyería en la que yo había comprado el reloj quedaba solo a un par de calles de distancia. Si no hubiera sido por ella, toda la sorpresa se habría estropeado, ya que a las horas que conseguí salir de la oficina la tienda estaba cerrada y tres días después era el día de Navidad. Para más complicación, esa misma noche salíamos para Sierra Nevada, íbamos a pasar la primera semana de fiestas con la hermana de Aarón, su marido y los niños en una casa que habían alquilado cerca de la estación de esquí.

Enterré la cara hasta la nariz en la bufanda, intentando mitigar un poco los efectos de las temperaturas heladoras que nos estaba regalando el invierno desde su llegada, y zigzagueé entre la gente apretando el paso; para ser las nueve de la noche de un lunes, las calles estaban muy concurridas, clara consecuencia de que estábamos en víspera de fiestas.

Había quedado con mi amiga en un local muy coqueto cerca de la Gran Vía, el Café de la Luz. Me gustaba por su original decoración que combinaba distintos tipos de sofás, mesas, sillas y lámparas *vintage*, con estanterías repletas de libros. Para rematar tenían una carta interesante y variada, y una excelente selección de ginebras Premium que armonizaban con una música inmejorable.

Crucé la puerta y busqué con la mirada a Virginia por las diferentes mesas. Distinguí su inconfundible melena rubia al fondo del local, delante de uno de los ventanales que daban a la calle. Estaba sentada en un butacón de cuero envejecido ante una mesa redonda, decapada en blanco y con patas que terminaban en garras. Sobre la misma descansaba una taza, que supuse contenía un capuchino, y un plato con lo que quedaba de una porción de bizcocho.

Avancé por entre el resto de mesas hasta llegar a su altura.

—¡Hola!

Vir levantó los ojos de la revista que estaba hojeando con una sonrisa.

—Aquí está la próxima nominada a la mejor esposa del año. —Se puso en pie un instante

para abrazarme.

Le devolví el abrazo con cariño y me deshice de la bufanda y el abrigo, soltándolos sobre un banco adosado a la pared bajo el ventanal. Luego me acomodé en una butaca frente a ella.

—No sé si tienes muy claro el significado del concepto «escaparse antes del trabajo» —bromeó dando un sorbo a su café—. Para las personas normales salir a más de las ocho de la tarde suele incluirse en la categoría «hacer horas extra» —dijo marcando comillas con los dedos.

—Ya me gustaría poder salir a horas normales, pero con el nuevo proyecto que me han asignado es imposible. —Suspiré resignada y le hice una seña al camarero para que viniera a tomarme nota.

Llevaba un año trabajando en Grupo RS, una consultoría industrial especializada en reducir los costes de los procesos clave en las empresas, en especial en producción. Tras ocupar varios puestos de becaria al salir de la Escuela de Ingenieros Industriales y el paso fugaz por otra empresa especializada en la venta de equipos tecnológicos, de la que lo único que me llevé al marcharme fue un mal sabor de boca, me topé con la oferta de empleo para un consultor junior en mi actual empresa. Tras varias entrevistas, superé el proceso de selección siendo la afortunada candidata que la compañía había elegido para cubrir la vacante. El sueldo era correcto, nada fuera de lo normal, lo que no era sorprendente en los tiempos que corrían, y tendría que trabajar muchas horas, pero era una gran oportunidad.

—Por cierto, ¿acabas de insinuar que no soy normal? —protesté con fingida indignación.

—No lo he insinuado, lo he afirmado —se burló mi amiga—. Eres inteligente y, a la vez, divertida y guapa. Te las has apañado para sacar la carrera con buenas notas sin dejar de salir con tus amigas. Y sigues con tu novio del instituto, sin que el tiempo haya hecho que vuestra relación se vuelva aburrida y predecible sino todo lo contrario; sois la personificación de la felicidad y la compenetración. No es que no seas normal, es que eres una especie en extinción —aseguró divertida.

Sonreí a su comentario, mientras echaba el azúcar en mi té y recordaba el día en que Aarón se había declarado, hacía ya diez años.

Era el último año de instituto. Aarón y yo nos conocíamos de vista, pero nunca hasta ese momento habíamos coincidido. Fue a raíz de unas clases de laboratorio en las que el destino, o más bien el profesor de la asignatura, nos asignó como compañeros, que empezamos a tener relación. Conectamos enseguida, era un chico muy divertido y, por qué no decirlo, bastante guapo. Pasamos todo el curso tonteando sin llegar más allá.

Para el último día de clase, yo ya daba por perdida la ocasión; había llegado a la conclusión de que la atracción que sentía debía de ser unilateral. Un grupo de compañeros habíamos salido a tomar algo para celebrar que dejábamos atrás otra etapa y pronto empezaríamos la universidad. En ese grupo estaba Aarón, por supuesto.

Al final de la tarde seguíamos como al principio. Habíamos hablado, reído, incluso bailado y nada más. Me despedí de todos mis amigos y Aarón se ofreció a acompañarme a casa. Una pequeña luz de esperanza se iluminó en el horizonte, quizá no estuviera todo perdido.

Hicimos casi todo el trayecto en silencio, caminando uno al lado del otro, cerca, pero sin tocarnos. Cuando llegamos a mi portal nos detuvimos. Aarón estaba delante de mí, con las manos metidas en los bolsillos, parecía un poco nervioso. Yo por mi parte estaba histérica. Y de repente, todo se derrumbó de nuevo. Aarón se despidió con un beso en la mejilla y deseándome buena suerte en la facultad. Yo con una sonrisa prefabricada, que nada tenía que ver con cómo me sentía en ese momento, le devolví sus buenos deseos y entré en mi portal.

Subí corriendo las escaleras, deslicé la llave lo más rápido que pude en la cerradura y entré en

mi casa. Una vez dentro, cerré la puerta tras de mí y, al borde de las lágrimas, me dejé caer contra ella, desilusionada y más triste de lo que nunca me había sentido. Debían haber pasado cinco minutos cuando el timbre sonó y me incorporé secándome las lágrimas. Abrí la puerta creyendo que sería mi hermano Eric que se había olvidado las llaves otra vez. Y allí estaba Aarón. Seguía con las manos en los bolsillos y pasaba el peso de un pie a otro. Inspiré para serenarme y cuando abrí la boca para preguntarle qué hacía ahí, en la puerta de mi casa, mi simple movimiento le hizo reaccionar y comenzó a hablar de manera atropellada y a decirme que no se imaginaba no verme todos los días, no poder hablar conmigo, ni mirar mi preciosa sonrisa. Que me necesitaba y me quería en su vida, siempre. Y así había sido desde entonces. Juntos, siempre.

Virginia me sacó de mi abstracción poniendo un paquete encima de la mesa. Observé el envoltorio con una sonrisa nerviosa.

—¿Lo has visto?

—Sí.

—¿Y? —Quería saber la opinión de mi amiga.

—Es precioso, Val. Pero ¿no te parece que te has pasado un poco?

—Aarón se lo merece. —Fue la respuesta que salió de mi boca.

Me despedí de Virginia deseándole unas felices fiestas y me dirigí a mi casa. Aparqué el coche en el garaje, nerviosa, pensando en el paquete que llevaba en el bolso; tenía que esconderlo sin que Aarón se diera cuenta.

Cuando entré en casa me sorprendió que las luces estuvieran apagadas. Aarón todavía no había llegado. No le di importancia, pensé que se habría entretenido en el gimnasio como muchos otros días. Colgué el bolso y el abrigo y fui directa a nuestra habitación, tenía que encontrar un buen escondite para el reloj. Al encender la luz vi un gran sobre de papel color crema que destacaba encima de la colcha azul satinada que cubría la cama. Estaba apoyado sobre mi almohada. Lo cogí con una sonrisa. Imaginaba que era alguna sorpresa de Aarón. Abrí el sobre y saqué los pliegues de papel con cuidado. En la primera hoja pude distinguir su caligrafía:

Hola Val,

Solo puedo comenzar pidiéndote perdón por lo que voy a hacer. Me marchó. Me siento perdido y necesito encontrarme. No te culpes ni te rompas la cabeza dándole vueltas, no tiene nada que ver contigo. No espero que me perdones, solo que consigas rehacer tu vida y seas feliz. Te lo mereces.

Aarón.

PD. He dejado la dirección de mi abogado. Él tiene las indicaciones para dejar solventados todos los asuntos legales que nos unen y que puedas seguir adelante sin mí.

Aún confundida volví a leer la carta, tenía que ser una broma. Miré el resto de hojas: una demanda de divorcio, ya firmada, y una tarjeta con los anunciados datos de un abogado.

Corrí al bolso y cogí el móvil. Con dedos temblorosos busqué el número de Aarón y presioné el icono de llamada. Una voz me indicó que ese número no pertenecía a ningún abonado. Repetí la operación con el mismo resultado.

Volví de nuevo a la habitación y comprobé que su ropa no estaba en el armario. De pronto, me di cuenta de que aún sostenía la pequeña bolsa de la joyería en la mano. Las piernas me fallaron y me derrumbé en el suelo con el rostro empapado en lágrimas. No era una pesadilla. Me había abandonado.

Uno

«Y ahora toca entender, qué hacer con tanto daño.

Y ahora toca aprender, cómo dejar de querer.»

Dani Martín

Madrid, nueve meses después.

Daba vueltas entre la multitud de cajas que poblaban el suelo del apartamento, soltando juramentos y recriminándome no haber especificado con suficiente detalle el contenido de cada una. Al fin y al cabo, no era ninguna experta en mudanzas, solo había hecho una antes y lo único que me llevé fue mi ropa y algunos libros, el resto de mis cosas seguían ocupando espacio en casa de mis padres. La vez anterior me mudaba a vivir con Aarón. Aarón... Borré con rapidez ese pensamiento de mi mente y seguí buscando.

Al final, di con la caja que quería abajo del todo de una pila. La abrí y saqué mis zapatillas de correr. Una de las razones que me había convencido de forma definitiva para mudarme de piso era que este estaba muy cerca del Retiro y podría salir a correr por el hermoso parque todas las mañanas. Lo cierto era que el traslado suponía toda una serie de ventajas, aun así, me había costado decidirme a dar el paso y romper ese último vínculo con mi antigua vida.

El apartamento era un espacio de techos altos, aunque abuhardillados, de unos sesenta metros cuadrados. Se ubicaba en el último piso de un edificio de líneas Neoclásicas, muy céntrico. Estaba recién reformado y se dividía en un pequeño recibidor que daba paso a un luminoso salón con grandes ventanales; una cocina, no muy grande, pero totalmente equipada; un aseo y la habitación principal con un coqueto baño en suite. Los suelos, revestidos en madera de nogal, contrastaban con el blanco inmaculado de las paredes dándole un aire sofisticado al lugar. Para mi suerte el alquiler era más que razonable, ya que pertenecía a la mejor amiga de mi hermano Eric que se acababa de mudar a Londres y prefería que lo ocupase alguien de confianza. Además, quedaba muy cerca de la oficina, lo que implicaba menos madrugones y menos atascos.

Salí del portal, me puse los cascos y comencé un trote suave dando tiempo a mi cuerpo a adaptarse al ejercicio. El reloj marcaba las siete y media de la mañana y a esa hora el tráfico aún era fluido. A pesar de ser tan temprano la temperatura era agradable; el recién estrenado otoño estaba siendo benevolente regalándonos todavía días bastante cálidos.

Una vez hube traspasado la verja de entrada al Retiro aceleré el paso. Me envolvió el olor que desprendían los árboles y las diferentes plantas, húmedas aún por el rocío de la mañana. En esos instantes, rodeada de naturaleza, mi cuerpo pulsando por el ejercicio físico, una enorme sensación de paz me invadía, de tal manera que me transportaba fuera de la realidad. Mi mente quedaba vacía de toda preocupación y solo se centraba en la próxima zancada.

Giré por una de las sendas, concentrada en mi respiración para mantener el ritmo, y de pronto, me encontré, literalmente, por los suelos. Levanté la vista y mi mirada se topó con un muro de anchos hombros y casi un metro noventa. Sus ojos azules me miraban severos bajo un ceño fruncido.

Me tendió la mano para ayudar a levantarme y yo la acepté. Terminé de ponerme en pie y sacudí los pequeños granos de arena que se me habían clavado en las palmas. El coloso, que aún no había abierto la boca, seguía observándome con gesto serio.

Su actitud comenzó a irritarme y de un plumazo hizo que me olvidara de mi estado zen.

—Al menos podría disculparse —espeté malhumorada, cruzándome de brazos en señal de

espera.

—¿Por qué? Yo no soy el que voy atropellando a la gente por no mirar por dónde va — repuso con un ligero acento extranjero.

—Se llama educación. Es algo que tienen las personas civilizadas y la suelen usar cuando interactúan con los demás —lo increpé. Su impertinencia me había cabreado.

—Veo que tú solo debes conocer la definición —replicó con calma.

Eso ya era el colmo. Mi enfado crecía por segundos como una bola de fuego que arrasaba todo lo que encontraba a su paso. Sin embargo, no era el momento ni el lugar, además de ser una total pérdida de energía discutir con un desconocido, por muy maleducado que este fuera. Decidí que lo mejor que podía hacer era irme de allí. Respiré hondo, puse una sonrisa falsa y, con tono irónico, dije al pasar por su lado:

—Ha sido un placer.

Por el rabillo del ojo vi cómo arqueaba una ceja.

—Yo no diría tanto.

Lo dijo en un murmullo, pero lo escuché mientras me alejaba; me pareció que su voz contenía un casi imperceptible matiz de diversión. Conté hasta diez, para evitar darme la vuelta y contestar como se merecía, y seguí caminando de regreso al apartamento.

Las nueve y cuarenta. Miré el reloj en el salpicadero de mi Toyota Prius por cuarta vez desde que había salido de casa. Llegaba tarde.

A esas horas mi mal humor alcanzaba ya cotas alarmantes. La mañana no podía haber comenzado peor. Primero fue el encontronazo con el desconocido del Retiro. Luego en el apartamento, el agua caliente había decidido no funcionar, así que no me quedó más remedio que ducharme con agua fría. Y para rematar, no pude encontrar el secador de pelo en ninguna de las cajas, por lo que, además de perder un tiempo precioso buscándolo, tuve que dejar que mi cabello se secara al aire. El resultado era que lo que de forma habitual se veía como una larga y lisa melena morena se hubiera transformado en un mar de ondas que restaba una pizca de formalidad al aspecto profesional y seguro que quería transmitir ese día.

Esa mañana teníamos una importante reunión con un cliente potencial y la noche anterior había estudiado mi imagen con cuidado, buscando cierto efecto. Elegí mi ropa con esmero: blusa de seda blanca, con cuello redondo y sin mangas; falda de tubo por debajo de la rodilla, gris antracita; y una chaqueta ligera de suave angora gris perla, con manga francesa. Completaba el conjunto con zapatos negros de tacón, de piel de serpiente, y unos pendientes en forma de lágrima, en oro blanco. Todo estaba perfecto, sin embargo, mi pelo... Me miré en el espejo retrovisor y decidí recogerlo en una coleta alta, al menos así disimularía el caos de rizos.

Estacioné el coche lo más rápido que pude en la plaza de aparcamiento y me dirigí al ascensor que llevaba a las oficinas de AvanC.

Ese era otro de los cambios que se habían producido en mi vida en los últimos nueve meses. Mi hermano Eric había decidido asociarse con dos de sus mejores amigos para crear su propia empresa. AvanC nació con la vocación de ayudar a otras empresas, tanto a buscar nuevas inversiones, como a optimizar las que ya tenían. Cada uno de los socios de AvanC estaba especializado en un área de empresa: Eric era el experto en financiero y fiscal, Laura reinaba en marketing y comercial y Martín hacía su magia en recursos humanos. Necesitaban alguien para organización de procesos productivos y pensaron en mí, ofreciéndome unirme a ellos como un socio más.

De todas las decisiones que había tomado en los últimos meses, dejar mi trabajo en Grupo RS

fue la que menos me costó. Adoraba a Laura y a Martín, eran casi como familia para mí, y me ilusionaba poder trabajar con mi hermano. Así mismo, me vendría bien un reto, algo en lo que centrarme y volcar toda mi energía y mis esfuerzos.

Hasta la fecha, consideraba que la decisión había sido acertada. Los últimos cinco meses me notaba más centrada e ilusionada y nunca me había sentido tan gratificada, como en ese momento, en un trabajo.

Abrí la puerta y Eva, que era nuestra administrativa, aunque también hacía las veces de recepcionista, me saludó con una sonrisa.

—¿Ya han llegado? —pregunté apurada.

—Sí, están en la sala de reuniones con tu hermano.

Caminé por el pasillo todo lo rápido que mis tacones me lo permitieron. De pasada por mi despacho entré, solté el bolso sobre la mesa y, a toda prisa, me dirigí a la sala de reuniones.

La sede de AvanC estaba ubicada en la décima planta de un moderno edificio de oficinas rematado con una magnífica fachada de cristal. El espacio del que disponíamos era lo suficientemente amplio para contener la recepción, cuatro pequeños despachos y la sala de juntas. Esta última estancia era, sin duda, la más espaciosa y la que gozaba de mejores vistas, con los inmensos ventanales que iban del suelo al techo. La impresión que transmitía, en un primer momento, era de profesionalidad y elegancia; el cristal y el aluminio gris acero causaban ese efecto. Pero una vez que penetrabas en su interior los sillones de cuero y los cuadros en colores cálidos le restaban rigidez, dándole un aire más acogedor.

Me detuve unos instantes en la puerta para cerciorarme de que estaba presentable y respirar hondo. Llamé suavemente con los nudillos y la voz de mi hermano me indicó que pasara.

Dos hombres ocupaban la sala junto con Eric. El primero de ellos se encontraba de pie frente al amplio ventanal. No pude evitar fijarme en cómo el traje oscuro, de corte impecable, envolvía un cuerpo fuerte y bien proporcionado. Eric charlaba de forma relajada con el otro hombre, sentados a la mesa de juntas. Era un tipo de unos cincuenta y tantos. Moreno de pelo y piel, tenía un rostro atractivo y amable.

—¡Valeria! Llegas justo a tiempo —exclamó mi hermano nada más verme.

Caminé hasta ellos con una sonrisa y me detuve a su lado.

—Anthony Davis, ella es Valeria Peñalver, mi hermana y nuestra experta en organización. —Eric me rodeó los hombros con un brazo protector—. Justo acabamos de revisar el informe preliminar que has redactado y los resultados que expones en él son muy alentadores. Le estaba comentando a Anthony el gran trabajo que vas a hacer en su compañía.

—Eso esperamos —repuso el otro hombre en tono cordial, estrechándome la mano—. Es un placer, Valeria. —Señaló con un gesto hacia mi derecha—. Permíteme que te presente a Derek Blackwell.

Me giré y la sonrisa se me heló en los labios al ver de nuevo esos ojos azules observándome. Esa mañana no lo había reconocido vestido con ropa deportiva y en un ambiente ajeno a la imagen que tenía de él. «¿Cómo podía ser tan estúpida?». Recobré la compostura como pude e intentando mantener una expresión educada le tendí la mano.

—Encantada de conocerte. —Casi me atraganté al pronunciar las palabras.

Derek Blackwell arqueó una ceja, burlón, y estrechó mi mano. Su apretón fue firme y cálido al mismo tiempo y envió una descarga por todo mi brazo que hizo a mi estómago encogerse. Por suerte, su colega habló de nuevo permitiéndome recuperar algo del aplomo con el que había accedido a la sala y que se había evaporado, en un instante, con un simple roce de aquel hombre que no apartaba su intimidante mirada de mí.

—Bueno, Eric, esperamos que nos hagáis llegar el contrato con las modificaciones y la hoja de ruta, a más tardar, a primera hora de la tarde —concluyó, dando así la reunión por finalizada.

—Por supuesto, Anthony. Ahora mismo nos ponemos con ello. —Estrechó la mano que el otro hombre ofrecía—. Y no dudes de que quedaréis más que satisfechos con los resultados, y en especial con Valeria. —Esta vez se dirigió a Derek.

—Estoy seguro de ello, Eric.

No supe por qué ese simple comentario dicho por Derek Blackwell hizo que me recorriera un escalofrío. Todavía podía sentirlo cuando se volvió hacia mí.

—Valeria. —De nuevo estrechó mi mano y yo me quedé mirando cómo salía por la puerta de la sala de juntas con paso seguro.

Aún me sentía algo aturdida cuando mi hermano se abalanzó sobre mí.

—¡Lo tenemos, Val! El contrato con Blackwell ya es nuestro. —Me levantó y giró conmigo en sus brazos.

Sabía lo importante que era esa operación para AvanC. Todo el equipo llevábamos meses trabajando en ella. Si salía bien, sería una oportunidad perfecta de hacernos un hueco en el mercado. La familia Blackwell era conocida por el buen nombre del que sus hoteles, al otro lado del charco, eran merecedores. Estaban asentados en varias de las más importantes ciudades de Norteamérica, incluidas Chicago y Nueva York. Su apellido era sinónimo de calidad, lujo, exclusividad y, también, de un alto grado de exigencia. Sin lugar a dudas, que nuestro trabajo satisficiera sus expectativas sería una publicidad inmejorable para nuestra joven empresa.

—No parece muy contenta —comentó mi hermano ante mi aparente falta de entusiasmo.

—Claro que sí, no seas tonto. —Me sacudí el desconcierto que todavía me embargaba por mi reacción ante Derek Blackwell y le ofrecí una de mis mejores sonrisas—. Es solo que no me esperaba que fuesen a firmar tan rápido.

—Nuestro enfoque les ha parecido innovador. Según sus propias palabras eso era lo que estaban buscando. —Apoyó la cadera en el borde de la mesa—. Derek Blackwell me ha sorprendido. Tiene muy claro lo que quiere y, sin duda alguna, cómo conseguirlo. Es un tipo inteligente y muy intuitivo.

Me abstuve de hacer ningún comentario. Tampoco quería analizar la información que me estaba dando mi hermano en ese instante. La almacenaría en algún lugar de mi cabeza y la revisaría después con más calma.

—Bueno, hay que hacerlo oficial. Esta noche ponte guapa, hermanita, porque vamos a celebrarlo por todo lo alto. —Me besó y salió silbando de la sala de juntas, contento como un niño con zapatos nuevos.

Dejé caer el informe sobre la mesa. Era la cuarta vez que lo leía, no obstante, parecía que mi mente se negaba a sacar algo lógico de todas esas hojas llenas de datos. Estaba segura de que ese estaba siendo el día menos productivo de toda mi carrera laboral. Por más que intentaba concentrarme, mis pensamientos volvían una y otra vez sobre esa mañana. Sabiendo que sería imposible hacer algo útil, me di por vencida.

Derek Blackwell. El desconocido al que había tenido la tentación de estrangular en el Retiro era Derek Blackwell. El destino tenía un peculiar sentido del humor.

Repasé en mi cabeza lo que sabía del chico de oro de la industria hotelera. Tenía treinta y seis años y era el futuro heredero del imperio que llevaba su apellido. Pero no era solo cuestión de sangre, había demostrado su valía con creces creando un nuevo concepto para los hoteles Blackwell que aunaba imagen y experiencias, llevando al cliente a un nuevo nivel y

posicionando sus establecimientos entre los mejores del mundo.

Ahora trabajaba en un nuevo proyecto —de ahí surgía la colaboración con nuestra empresa—, la renovación de dos pequeños hoteles en tierras españolas. Nacido en Chicago, de padre estadounidense y madre española, Derek acababa de heredar por parte de la rama materna de la familia dos edificios, que, aunque hoy en día ostentaban la calificación de hoteles, no tenían nada que ver con lo que la cadena Blackwell representaba. Su reto era crear algo nuevo con ellos que se adaptase a los estándares de excelencia que regían todos sus establecimientos, pero con un estilo diferente. Y ahí entrábamos nosotros. La reestructuración se haría a todos los niveles y se utilizarían los recursos específicos de cada zona en la que se encontraban situados, combinados con las nuevas tecnologías y el lujo y el confort más exclusivos, para hacerlos únicos.

Mi labor era más técnica que otra cosa, consistiría en conocer los procesos y los recursos usados en cada establecimiento para mejorarlos y adaptarlos a los nuevos estándares de eficiencia y calidad, y para ello tendría que visitar todos los establecimientos. Lo haría acompañada de alguno de los ejecutivos de Blackwell Hotels.

Por lo que sabía, solo tendría que volver a ver a Derek Blackwell para la exposición de mi informe final. Eso me tranquilizaba en gran medida. Todavía no había querido pararme a examinar los posibles motivos de las sensaciones que me habían asaltado esa mañana en su presencia. Tenía que concederle que era un tipo muy atractivo: su rostro era anguloso y muy varonil, llevaba el cabello castaño bastante corto y tenía esos ojos azules... No obstante, una cara bonita nunca me había hecho perder la cabeza. Decidí que no iba a continuar dándole vueltas, al fin y al cabo, solo tendría que verlo un par de veces más, con suerte quizá solo una. Más relajada apagué mi ordenador y me dispuse a regresar a casa y seguir las instrucciones de mi hermano: prepararme para una noche de celebración.

La noche iba mejor de lo que había imaginado. Habíamos cenado en un restaurante japonés fantástico al que nos había llevado Laura, cerca del Auditorio Nacional. Estaba ambientado como si fuese un jardín, con sus almendros en flor y sus fuentes, y la comida sabía increíble. Luego, ya alimentados, habíamos decidido ir a tomar unas copas.

El Bristol Bar nos pareció una buena opción, con su look *british* de paneles de madera oscura y tapicerías rojas. Y allí estábamos, entrando por la puerta, felices y llenos. Nos abrimos paso entre la gente y nos acomodamos en uno de los muchos sofás que poblaban el local. Eric y Martín estaban sumidos en su conversación, por lo que Laura y yo decidimos levantarnos a pedir la bebida.

Buscamos un hueco en la barra y esperamos a que alguno de los camareros se percatara de nuestra presencia. Cuando conseguimos llamar la atención de uno de ellos para que se acercara pedimos cuatro Gin Tonics; mientras aguardábamos a que los preparase, advertí que el chico que estaba junto a mí no me quitaba ojo.

Lo miré y él me sonrió.

—¡Hola! —Era guapo y tenía una bonita sonrisa.

Respondí con una sonrisa educada y miré de nuevo al frente.

—Me llamo Marcos. —Su voz se abrió paso entre el ruido de voces y la música.

—Yo soy Valeria.

—Me gustaría invitarte a una copa, Valeria. ¿Quieres tomar algo conmigo y charlar un rato?

—Me miraba a los ojos y podía notar en sus gestos que estaba un poco avergonzado. Me pareció muy dulce. Aun así, lo rechacé.

—Lo siento, pero he venido con unos amigos. Estamos celebrando algo.

Una pequeña mueca de decepción se reflejó en su rostro.

—Bueno, quizá en otra ocasión. —Apuntó su número de teléfono en una servilleta y me lo entregó con otra preciosa sonrisa. Luego cogió las dos botellas de cerveza que descansaban en la barra frente a él y se marchó.

Tras pagar nuestras consumiciones volvimos a la mesa. Nos sentamos y noté que Laura me miraba con un ligero ceño.

—¿Qué? —pregunté con tono inocente.

—¿Cuándo vas a dejar de ahuyentar a todos los hombres que se te acerquen?

—No los ahuyento, solo los rechazo —puntalicé—. No estoy interesada en tener una relación.

—Ni una relación, ni una aventura... si ni siquiera les das la simple oportunidad de invitarte a un café —replicó mi amiga.

—Ya te lo he dicho, no estoy interesada. —Di un sorbo a mi copa.

—Val, cielo, han pasado ya nueve meses. Tienes que seguir con tu vida. —Su tono reflejaba preocupación—. No siempre tiene que salir mal.

—Yo creo que he seguido con ella. Todos los días me levanto, salgo a correr, voy al trabajo. Los fines de semana quedo con vosotros o con Virginia y las chicas. ¿Qué más quieres? —No era la primera vez que teníamos esta conversación y empezaba a estar cansada de escuchar lo mismo—. ¡Si hasta me he mudado de casa!

—Todo eso está muy bien, pero hay más cosas en la vida.

—No vayas a decirme que el amor es una de ellas —advertí—. Es un concepto precioso para las novelas y las películas románticas, pero en la vida real es algo efímero. No creo que forme parte de la ecuación de la felicidad.

Laura negó con la cabeza dándose por vencida.

—Espero que algún día conozcas a la persona adecuada que te haga recuperar la confianza en los demás y te des cuenta de que estabas equivocada —me dijo con cariño, apretándome la mano.

Puse los ojos en blanco y sonreí mentalmente, podía esperar sentada, para mí eso eran cuentos de hadas, no pensaba volver a permitir que nadie se acercase tanto como para tener el poder de hacerme pedazos de nuevo.

Dos

La voz de Laura me hizo levantar la cabeza del montón de papeles que tenía sobre la mesa.

—¿Se puede?

—Claro. —Me froté los ojos, los notaba cargados. Llevaba varias horas sin sacar la vista de esos informes.

Laura se sentó en una de las sillas al otro lado de mi escritorio y me pasó una taza de té americano.

—Tú sí que sabes cómo hacerme feliz. —Le guiñé un ojo cogiendo la taza y la dejé sobre la mesa.

—¿Qué? ¿Cómo vas? ¿Lo tienes todo listo?

—Sí —dije exhibiendo una sonrisa deslumbrante.

Llevaba varias semanas repasando informes del proyecto Blackwell y ya podía decir, sin duda alguna, que lo tenía todo organizado para el trabajo de campo, que de inicio consistiría más en observar que en otra cosa. En dos días tenía que estar en el primero de los establecimientos que iba a visitar y allí me encontraría con la persona que Blackwell Hotels había asignado para que me acompañara el resto del viaje. Me sentía segura y tranquila de hacer un buen trabajo. Después de tanto esfuerzo, al menos durante unas horas, iba a poder relajarme.

Me quité el bolígrafo que sostenía mi cabello en un moño desordenado en la nuca y me recosté en la silla dispuesta a disfrutar de mi té. Laura, con una enigmática sonrisa, dejó caer encima de mis papeles varias hojas grapadas.

—¿Qué es esto? —pregunté mirando el memorándum.

—La planificación del viaje —repuso ella con media sonrisa.

—Gracias, pero ya la tengo impresa. —Hice el ademán de devolverle el documento.

—No, esta es nueva —me informó sin mover los papeles de donde yo los había dejado.

Alcé las cejas, interrogante, mientras cogía las hojas. Laura se mordía el labio, divertida, esperando mi reacción. Comencé a leer y para cuando terminé tenía el ceño fruncido y un nudo de nervios en el estómago.

—Es una broma, ¿no?

Laura negó con la cabeza, ya sin poder disimular su regocijo.

—Tu cicerone por parte de nuestro cliente va a ser el mismísimo Derek Blackwell —exclamó entusiasmada.

Apreté los labios y varias palabras no aptas para oídos sensibles pasaron por mi mente. Estaba empezando a pensar que debí de hacer algo muy malo en una vida anterior y esta era la manera en que el karma me lo hacía pagar. No quería ver a Derek Blackwell, mucho menos tenerlo como mi sombra durante el tiempo que durasen las visitas a los hoteles y de ninguna manera quería viajar con él.

Había planeado utilizar mi coche para desplazarme, me parecía lo más práctico; los hoteles que Blackwell había heredado estaban situados en enclaves poco céntricos. Además, disfrutaba conduciendo; me relajaba el correr de los kilómetros, la soledad, la música. Sin embargo, en las hojas de viaje que tenía en la mano, habían dispuesto que viajaría con «el Sr. Blackwell, en su mismo transporte». Un coche me recogería en mi casa y desde ahí partiríamos hacia nuestro primer destino.

—Contente, chica. Tanta emoción te va a matar —dijo Laura irónica al ver mi mohín de disgusto.

—No me gustan los cambios de última hora y no me gusta que nadie me organice.

Estaba enfurruñada como una niña pequeña, lo único que me faltaba era patalear.

—Pero, Val, ¿no ves que es genial? Hemos debido impresionarlo mucho para que Míster Maravilla —era uno de los apodos que usaba la prensa de su país para referirse a él— te acompañe en carne y hueso. Bueno, más bien en músculo y hueso, porque es francamente imponente —aseguró—. El día que me tuve que reunir con él, te juro que cuando lo vi, casi olvido cómo respirar.

La parte racional de mi cerebro me decía que era solo un asunto laboral y que Laura estaba en lo cierto, era una buena señal que se ocupase él personalmente. Otra parte, más insidiosa, insistía en recordarme su mirada y en que los tipos como él nunca hacían las cosas por motivos simples.

—¿Y quién sabe? Puede que estar cerca de tanta testosterona en estado puro te saque de tu letargo —concluyó mi amiga y socia con tono pícaro mientras se levantaba del sillón.

El bolígrafo que me había quitado del pelo y todavía sostenía en la mano, voló por los aires e impactó contra la puerta que se cerraba tras su rápida salida de mi despacho. Escuché su risa desde el pasillo y no pude evitar sonreír, mejor tomárselo con humor: «si la vida te da limones, haz limonada», me dije. Intentaría aprovechar la oportunidad de trabajar con alguien tan brillante como Derek Blackwell para aprender algo y, ¿quién sabía?, puede que yo también consiguiera impresionarlo con mi trabajo.

El miércoles a las nueve de la mañana, con todo mi equipaje listo, esperaba caminando de un lado a otro del salón del apartamento la llegada del coche que Blackwell Hotels iba a enviar para recogerme. La noche previa no había conseguido dormir mucho; no sabía por qué, pero estaba nerviosa. Bueno, en realidad, sí que lo sabía, aunque no quisiera reconocerlo, y es que el encuentro con Derek Blackwell me alteraba. Y a pesar de que la tarde anterior, tras salir de la oficina, había tratado de relajarme por todos los medios: fui a correr, después me sumergí en la bañera durante largo rato, cené ligero y al acabar puse un poco de música suave, mientras intentaba leer un libro, para ver si así lograba evadirme un rato. Aun así, cuando me metí en la cama no pude conciliar el sueño. El resultado era que en ese momento me encontraba cansada e irritada y eso suponía una mala combinación.

El timbre del portero automático sonó y descolgué para indicar que ya bajaba. Luego cogí la maleta, la bolsa con el portátil y los informes, y el bolso; de un vistazo revisé que todo estaba en orden y me dispuse a salir. El sonido del timbre había desencadenado una especie de explosión en mi sistema nervioso y abrí la puerta con tal ímpetu que si el hombre trajeado que estaba al otro lado no me hubiese sostenido hubiera chocado contra él.

—¿Señorita Peñalver?

—Sí —contesté un poco sorprendida, mientras sujetaba el asa de la bolsa donde llevaba el ordenador, que se había empeñado en resbalar constantemente de mi hombro.

—Mi nombre es Alberto y voy a ser su conductor. —Alargó la mano para cogerme el ordenador y la maleta—. ¿Me permite?

Le cedí los bultos sin decir una palabra, en parte por la sorpresa, pero, sobre todo, por la vergüenza, y lo seguí hasta el ascensor, cuya puerta mantuvo abierta para que yo pudiese pasar, a pesar de que el que iba cargado era él. «Parte del trabajo», pensé.

Una vez llegamos a la calle, depositó mi equipaje en la acera al lado de un flamante Mercedes clase S negro. Tenía las lunas tintadas, por lo que no podía ver si Míster Maravilla se encontraba dentro.

A pesar de las ganas que tenía de pegar la cara al cristal de la ventanilla, esperé lo más quieta

que pude para disimular los nervios que me recorrían como una corriente eléctrica. El chófer se acercó y abrió la puerta invitándome a entrar. Yo me incliné, tensa, preparada para encontrarme de nuevo con esa mirada que tanto me afectaba, pero no fue así pues el lujoso interior del coche se hallaba vacío.

Un tanto confusa, aunque algo más relajada ante su inesperada ausencia, me acomodé en el confortable asiento de cuero. Para mi desgracia, según advertí, también me sentía un poco decepcionada. En lo referente a ese hombre mi mente y mi cuerpo iban por libre, sentían lo que querían, cuando querían, y además sin ninguna lógica; parecía que yo no tenía ningún control consciente.

Por la dirección que estábamos tomando intuí que nos dirigíamos al aeropuerto, ya que eso era lo que figuraba en el plan de viaje que me habían hecho llegar. Tras un rato mirando el paisaje madrileño, no pude aguantar más la curiosidad.

—Alberto, ¿vamos al aeropuerto?

—Sí, señora. De allí viajará en avión hasta Vigo —respondió de forma eficiente.

No obstante, seguía sin tener la información que realmente me interesaba.

—¿El Señor Blackwell volará conmigo? —Le imprimí a la pregunta el tono más profesional que pude.

—No, lo siento. Al Señor Blackwell le ha surgido un contratiempo de última hora y se reunirá con usted en el hotel. —Me dedicó una sonrisa amable.

Bien, así que viajaría sola.

Ya en el aeropuerto, Alberto se aseguró de que un mozo llevase mi equipaje hasta la puerta de embarque. Una vez me hubo entregado una carpeta con toda la información referente al vuelo y al traslado al hotel desde el aeropuerto de Vigo, se despidió deseándome un buen viaje.

Contra todo pronóstico, el vuelo resultó catártico. En un principio había estado un tanto molesta, porque hubieran cambiado mis planes de viaje para, al final, hacerme viajar sola igual; luego decidí que era mejor así. Me dio tiempo a centrarme y ordenar mis pensamientos. Ya no era una niña, tenía veintiocho años y era una buena profesional. No pensaba dejarme impresionar ni intimidar por nadie. Mantendría nuestras interacciones, en todo momento, dentro de un tono profesional, terminaría mi trabajo y volvería a Madrid y a mi vida lejos de Derek Blackwell.

Con las ideas claras y sintiéndome otra vez al mando de la situación bajé del avión. En el aeropuerto de Vigo me esperaba otro chófer. Él sería el encargado de llevarme hasta el primero de los establecimientos que iba a visitar.

La Casa Antigua era una impresionante construcción del siglo XVIII, ubicada en una finca de más de una hectárea, en un paraje rodeado de naturaleza, bordeado por un pequeño río. En su origen se había utilizado como batán de lana y después como aserradero. A principios del siglo veinte, la familia materna de Derek Blackwell compró el terreno con lo que quedaba del edificio, que se encontraba medio en ruinas. Posteriormente lo habían restaurado y convertido en hotel. Justo el primero que íbamos a visitar.

El coche se detuvo y me tomé un momento para admirar el paisaje a mi alrededor. Estaba claro que los antepasados maternos de nuestro nuevo cliente habían tenido buen olfato para los negocios. El edificio era majestuoso. Construido con la piedra típica de la zona, estaba formado por varias naves rectangulares que se unían entre sí.

La fachada se veía interrumpida a intervalos regulares por ventanales bajo los cuales colgaban coloridos macizos de flores. Y en algunas partes, el muro se encontraba recubierto de hiedra.

Seguí al chófer que se detuvo en recepción con mi equipaje. Nada más verme, el recepcionista me recibió con gran amabilidad.

—Buenos días, Señorita Peñalver. Es un placer darle la bienvenida a La Casa Antigua. ¿Ha tenido un buen viaje?

—Sí, gracias. Todo ha ido perfecto —respondí con una sonrisa.

Tecleó en el ordenador y enseguida estuve registrada. Me entregó la llave de la habitación y me dio las indicaciones pertinentes para llegar hasta ella, mientras mis maletas eran llevadas hacia el ascensor.

—Supongo que deseará refrescarse y comer algo después del viaje —ofreció—. Nuestro director la está esperando. Cuando esté lista solo tiene que avisarnos y alguien la acompañará hasta su despacho.

—Muchas gracias. Lo cierto es que no tengo mucha hambre, pero subiré a instalarme primero.

El chico asintió y me despidió con una sonrisa atenta.

Subí en el ascensor hasta la segunda planta y recorrí el pasillo observándolo todo; sin duda el edificio tenía muchas posibilidades. En ese momento la decoración era una mezcla de piedra —los muros que daban al exterior se hallaban en bruto—, papel pintado y antigüedades que le daban un aire acogedor. Con la nueva remodelación se añadiría un toque de modernidad, no obstante, se mantendrían muchos de los elementos originales.

Introduje la tarjeta en el lector de la puerta de mi habitación y me encontré dentro de una amplia suite. La decoración era cálida, aunque para mi gusto un poco recargada. Predominaban los tonos azules y las maderas nobles. El dormitorio, con su inmensa cama, estaba separado de la sala de estar y zona de trabajo por un pequeño pasillo que desembocaba en una puerta de madera de dos hojas. Contaba con un baño inmenso, lleno de luz natural que entraba por un ventanal situado en la pared más alejada de la puerta, y con una ducha de proporciones excesivas, incluso para dos personas. Mi propio pensamiento me pilló desprevenida. Estaba claro que yo no iba a compartir ducha con nadie. Sacudí la cabeza con una sonrisa y volví al dormitorio.

Una vez hube colocado todas mis cosas, pedí algo ligero al servicio de habitaciones. Tras haber comido, me di una ducha, me vestí y me dispuse a entrevistarme con el director del hotel.

Ricardo Lago resultó ser un hombre encantador y de lo más profesional. Debía de rondar los cincuenta años, y era alto y bien parecido. Su trato había sido respetuoso, pero afable. Pasamos algo más de dos horas repasando el plan de trabajo y haciendo los ajustes necesarios para que mi visita interfiriera lo menos posible en el desarrollo normal de las funciones de los empleados y los servicios del hotel. Finalmente nos emplazamos para vernos en los días siguientes, ya que seguro necesitaría aclaraciones en algunas cuestiones.

Terminada la reunión con el director del hotel decidí que mi jornada laboral había concluido por ese día; la mañana siguiente comenzaría las reuniones con los diferentes jefes de servicio y departamentos.

Quería relajarme, había estado bastante tensa desde mi llegada esperando ver aparecer a mi anfitrión en cualquier momento. Sabía que mi actitud resultaba absurda, era consciente de que tendría que tratar con él durante toda esa parte del proyecto. No obstante, no podía evitarlo, estaba comenzando a resignarme a que mi sentido común fallase en todo lo relacionado con ese hombre. Además, me había preparado tan a conciencia para ese primer encuentro, que su ausencia esa mañana y el no saber cuándo ni cómo tendría que vérmelas con él me habían descolocado; tenía la intención de dejar muy claros los términos de nuestra relación desde el primer momento.

De todas maneras, viendo la hora que era, y que aún no había dado señales de vida, supuse que sus asuntos lo habrían entretenido más de lo esperado y que no tendría que verlo hasta la

mañana siguiente, por lo que podía estar tranquila.

Como ya era tarde para salir a correr me pareció una buena idea nadar un rato. El hotel contaba con una piscina cubierta que podía utilizarse durante todo el año. Subí a la suite y cambié mi ropa de trabajo por un bañador y un albornoz; se podía acceder a la piscina directamente desde dentro del hotel, aunque esta se encontraba en un edificio aparte, adosado al final de una de las naves laterales.

Tomé el ascensor hasta el último piso y caminé por el silencioso pasillo. Atravesé las puertas y la cálida humedad del interior me envolvió como en un capullo. Los muros de piedra sostenían una estructura de madera con unas amplias vidrieras por donde penetraba la luz rosada del atardecer y de las paredes colgaban grandes faroles de latón con velas en su interior. Un rumor de música suave se oía de fondo. El lugar era un auténtico remanso de paz. Justo lo que yo buscaba.

Me deshice del albornoz y lo colgué de uno de los ganchos colocados en la pared. Dirigí mis pasos hacia la piscina y me detuve en el borde. La iluminación interior daba al agua un invitador tono azul cristalino.

Creía que estaba sola, pero un movimiento en el otro extremo de la líquida superficie me sacó de mi error. Observé con curiosidad. Mi sigiloso acompañante se deslizaba por el agua con unos movimientos fluidos, casi coreografiados, sin apenas hacer ruido, mientras avanzaba hacia mi posición.

Permanecí quieta hasta que se detuvo a mis pies y el anónimo nadador emergió en la figura de Derek Blackwell. Me tomó tan de sorpresa que di un paso atrás y tropecé. Si él no me hubiera sujetado me habría caído de culo, por segunda vez, en su presencia.

—¿Estás bien? —Me sostuvo con suavidad por ambos brazos y el frío de sus manos me hizo estremecer.

—Sí, gracias. —Me aparté de forma sutil soltándome de su delicado agarre—. No sabía que habías llegado ya —me excusé intentando por todos los medios no mirar cómo los músculos se tensaban bajo su piel húmeda, mientras se secaba con la toalla que acababa de coger.

—Hace treinta minutos escasos. Lo primero que he hecho ha sido venir aquí. Necesitaba algo de ejercicio después de tantas horas dentro de un avión. —Se colocó la toalla alrededor del cuello y se sirvió un vaso de agua de una botella que descansaba sobre una mesa.

Asentí con un movimiento de cabeza mientras mis ojos se deleitaban en el movimiento de su nuez al tragar.

—Siento no haber podido acompañarte en el viaje, unos problemas de última hora en Chicago me retuvieron. ¿Te han tratado bien?

—Sí, muy bien. Todo el mundo ha sido muy amable. —Noté cómo observaba de forma sutil mi cuerpo solo cubierto por el bañador y me ruboricé.

—Bien, me alegro —afirmó—. Pensaba enviarte una nota para que cenases conmigo y así poder comentar las primeras impresiones. Espero que no te parezca mal.

Percibí la ironía en su voz. Estaba claro que no se había olvidado de mi actitud hacia él en nuestros primeros encuentros.

—Por supuesto. No hay inconveniente. —No me daba muchas opciones, no puedes rechazar una simple y formal cena de trabajo con tu mejor cliente, solo porque te tiemblen las rodillas al verlo en bañador.

—Perfecto, entonces. Si te parece bien te espero a las ocho en el restaurante. Disfruta del baño.

Me pareció ver un atisbo de diversión en sus ojos, pero no pude comprobarlo ya que dio

media vuelta y desapareció por la puerta.

Una vez que se hubo marchado y me quedé sola me senté en el borde de la piscina. Sumergí los pies y mientras los miraba moverse dentro del agua intenté entender qué era lo que me pasaba con este hombre en particular. En los últimos nueve meses de mi vida había conseguido mantener alejado a cualquier sujeto de sexo masculino que hubiese manifestado un cierto interés hacia mí; fue relativamente fácil, tenía claro que no quería ningún tipo de relación, encuentro o flirteo. Y aunque me había sentido atraída por algunos de ellos, había sido capaz de ignorar esa atracción sin mucho esfuerzo.

Mis intenciones no habían cambiado, seguía sin querer implicarme en una relación sentimental ni sexual con ningún hombre. Sin embargo, con Derek era diferente, reaccionaba a su sola presencia con una intensidad que no había sentido nunca. ¡Por Dios!, si me había hecho sonrojar como a una colegiala solo la sensación de sus ojos recorriendo mi cuerpo. Suspiré. Encontraría la manera, solo era algo físico, una reacción natural a un hombre atractivo y carismático. Decidí darme un respiro y hacer lo que había planeado cuando bajé a la piscina: nadar y relajarme.

No obstante, entre brazada y brazada comencé a sermonearme, no estaría de más recordarme que era una persona adulta, madura y con las ideas claras.

A la hora en punto, centrada y serena aparecí en la puerta del restaurante. Me condujeron enseguida a una elegante mesa colocada en una esquina para proporcionar intimidad a sus ocupantes respecto del resto de comensales; mi anfitrión ya se encontraba allí.

Derek se puso en pie nada más verme y me saludó de manera amable. Su mirada me recorrió sin disimulo, pero a la vez con la suficiente elegancia para no hacerme sentir incómoda. Me había puesto una falda lápiz que acentuaba mis largas y torneadas piernas, fruto de innumerables horas de danza en mi infancia y adolescencia; y una blusa de seda negra sin mangas. El pelo lo llevaba recogido en un moño de bailarina con la intención de dar una imagen competente y profesional que no dejase lugar a dudas de que ese encuentro se encuadraba única y absolutamente en el plano laboral.

Ocupé un asiento frente al suyo, mientras él, impecable en su traje azul marino de diseño, se acomodaba de nuevo en su silla. Sus movimientos eran fluidos y estilizados. Dejaban patente que era consciente de su atractivo y se encontraba cómodo en su piel. Tomó la copa de vino y aspiró su aroma.

—Es un vino excelente, deberías probarlo. —Hizo una seña al camarero para que me sirviese.

—No, gracias. Preferiría un poco de agua. —Quizá mi voz sonó un poco más estridente de lo habitual, pero no quería correr riesgos innecesarios; alcohol y Derek Blackwell eran un cóctel demasiado potente para mí.

Arqueó una ceja.

—¿Eres abstemia?

—No, en absoluto.

Me miró esperando a que continuase con mi explicación.

—Es solo que cuando trabajo prefiero no beber.

Una chispa de diversión bailó en sus ojos e intuí que sabía a la perfección lo que su presencia les hacía a mis nervios. Bajó la mirada a su copa y la giró con suavidad.

—Es una pena, siempre he pensado que las cosas buenas se disfrutaban más si se hace en compañía... —No había terminado la frase cuando frunció el ceño cómo si una idea horrible acabase de pasarle por la mente—. Pero ¿comer sí comerás?

Tuve que reprimir una carcajada ante su gesto espantado. Era consciente de que estaba bromeando.

—Sí, claro que como. Quizás incluso lo disfrute demasiado. Soy totalmente omnívora — expliqué con una sonrisa.

—Bien, porque me agradan más los compañeros de mesa que aprecian lo que tienen en el plato —aseguró convencido.

Ese comentario me trajo a la cabeza las imágenes de las mujeres con las que lo había visto fotografiado. Todas ellas bellezas de largos y esbeltos miembros y cinturas minúsculas que no aparentaban haberse comido un buen filete o una porción de pizza en su vida.

Un camarero se acercó y nos entregó la carta. Tras estudiarla unos instantes, tanto Derek como yo, pedimos como plato principal solomillo. La coincidencia nos arrancó una sonrisa.

Tras haber anotado la comanda, el camarero recogió las cartas y se retiró.

—Y dime ¿hace mucho que trabajas como consultora, Valeria?

Daba la impresión de sentirse cómodo. Su postura era relajada, ligeramente recostado contra el respaldo de la silla, con una mano sujetando el pie de su copa y la otra doblada en su regazo.

—Desde que salí de la universidad, aunque al principio trabajé en otras empresas. Me incorporé a AvanC hace tan solo unos meses.

—Bueno, algunos piensan que los cambios son arriesgados, en mi opinión la vida consiste en eso y si no arriesgas no ganas. ¿Cuál es tú caso? ¿Qué es lo que te hizo cambiar?

—Para mí fue fácil decidirme. Eric me propuso darme una parte de las acciones de la compañía y hacerme partícipe en la toma de decisiones. Era una oferta que no podía rechazar.

Ese era el motivo oficial. El resto del bagaje emocional que iba aparejado a la aceptación de la oferta de mi hermano como parte de mi esfuerzo por encarrilar mi vida de nuevo lo guardé para mí.

—No lo dudo, tu hermano nos ha dejado muy claro lo competente que eres. Si yo tuviese a alguien como tú a tiro tampoco te dejaría escapar.

Mi confusión debió de ser evidente, porque Derek alargó su explicación.

—No es fácil encontrar personas con verdadero talento que disfruten con su trabajo.

Solté el aire y asentí algo más tranquila.

Llegamos al segundo plato sin apenas darme cuenta. Tras superar mi sobresalto del inicio, la cena iba bien. Derek dirigía la conversación comportándose como el perfecto anfitrión: educado y atento y sin desviarse ni un milímetro de lo profesional. Me di cuenta de que mis recelos se habían mitigado y me encontraba cómoda; todo era perfectamente correcto.

Cuando llegaron los cafés había bajado la guardia.

Derek dio un par de vueltas con la cucharilla en su café y se llevó la taza a los labios.

—¿Y bien? ¿Ha sido tan malo como esperabas? —Lanzó la pregunta con un brillo malicioso en los ojos apoyando la taza de nuevo en el plato.

—¿Cómo? —repliqué descolocada. Me había pillado totalmente desprevenida.

—Está claro que hay algo en mí que te incomoda, Valeria. No intentes disimular.

—Yo, no... —titubé.

Sus comisuras se elevaron en una sonrisa, que a pesar de mi nerviosismo me pareció increíblemente sexy, mientras disfrutaba sin disimulo de mi azoramiento.

Tomé un pequeño sorbo de agua de mi copa para aclararme la garganta y empecé de nuevo.

—Disculpa si te ha dado esa impresión, parece que me has interpretado mal. No tengo nada contra ti, solo creo que empezamos con mal pie —aclaré.

—Me alegro de que no sea algo personal. —Mantuvo su mirada en la mía un instante—.

Porque vamos a pasar mucho tiempo juntos y me gustaría llegar a conocerte bien. —Su voz era cálida y muy masculina y su afirmación me sonó como una promesa.

Me estremecí de pies a cabeza; empezaba a pensar que Laura iba a tener razón, tanto tiempo sin «interactuar» con un hombre me estaba afectando. Todo lo que salía de la boca de mi acompañante sonaba en mis oídos como alguna clase de invitación sensual.

Terminamos los cafés y abandonamos el restaurante. Recorrimos el hall en silencio hasta detenernos frente al ascensor.

—Buenas noches, Valeria. —En vez de tomar mi mano, Derek se inclinó, me besó en la mejilla como si fuésemos viejos amigos y suavemente me hizo entrar en el ascensor. Pulsó el botón de mi planta y esperó fuera a que este se cerrase.

Me quedé mirando cómo desaparecía su imagen tras las puertas. Cuando se hubieron cerrado del todo, me apoyé pesadamente en la pared.

Una vez en mi habitación, me quité los zapatos, dejándolos caer de cualquier manera en el suelo de madera y me tendí sobre la cama. El pequeño interludio de esa noche me había dejado claro que no iba a ser fácil, ese proyecto se me iba a hacer muy largo.

Tres

Me desperté temprano y con ganas de sumergirme de lleno en el trabajo, tras una muy necesitada noche de sueño reparador. Dediqué toda la mañana a mantener reuniones con el personal del hotel. Después tomé algo rápido en el restaurante a la hora de comer y subí a mi suite a hacer el trabajo de oficina: esquemas, diagramas, gráficos... Cuando tuve todo revisado y la lista de dudas y puntos a repasar preparada, llamé a Ricardo Lago para ver si podía atenderme, prefería no dejar las cosas de un día para otro, era más fácil organizar todo cuando aún lo tenía fresco en la cabeza.

La puerta de su despacho estaba abierta, así que di un golpecito con los nudillos y me asomé.

—Valeria, pasa. ¿En qué te puedo ayudar? —Ricardo me recibió de la misma forma cordial que el día anterior.

—Buenas tardes, Ricardo. Perdona que te moleste... —Iba a comenzar con mi perorata cuando me percaté de que no estaba solo. Derek me observaba sentado desde un sofá de piel al fondo del despacho.

De una rápida mirada, advertí sobre la mesa varias carpetas repletas de documentos, su teléfono móvil y una taza de café. Deduje que había estado trabajando desde allí.

—Buenas tardes, Derek. Perdona, no me había dado cuenta de que estabas aquí —me disculpé.

—No te preocupes, de vez en cuando se agradece pasar desapercibido —dijo irónico—. ¿Has tenido un buen día, Valeria?

Había algo cada vez que pronunciaba mi nombre... a sus ojos asomaba un brillo que no conseguía definir. Fruncí el ceño.

—Sí, gracias —dije escueta.

En ese instante el móvil de Ricardo sonó y, con una disculpa, salió del despacho dejándonos a solas.

—¿Otra vez estamos con eso? —Derek señaló mi gesto alzando una ceja—. Y yo que creía que anoche habíamos limado asperezas. —Chasqueó la lengua y se puso en pie—. Vamos a tener que solucionar esto de una vez por todas.

Lo miré sin saber a qué se refería.

—Disimulas muy mal, Valeria. Serías una jugadora de póquer terrible. —Se detuvo a mi lado y pasó su pulgar por las arrugas que se habían formado en mi frente—. ¿Ves? Mucho mejor —afirmó al ver que mi ceño desaparecía—. Tendremos que hacer un segundo intento. Te espero a las siete en recepción.

Abrí la boca para replicar, pero posó un dedo sobre mis labios para detenerme.

En ese instante Ricardo volvió a entrar en el despacho y Derek aprovechó para recoger sus cosas y abandonar la estancia.

—Abrígate —recomendó al pasar por mi lado.

Salí del ascensor y me dirigí a la recepción. Por segunda noche consecutiva me veía atrapada para cenar con Derek. Esta vez no me había dado opción a negarme, porque no me había preguntado ni pedido opinión. Me irritaba su arrogancia y era algo que pensaba «explicarle» en el momento adecuado.

Cuando llegué, hablaba por el móvil. Me vio y con un gesto me indicó que tardaría un minuto. Asentí y, mientras terminaba su llamada, aproveché para estudiarlo. Llevaba puesto un

jersey de punto grueso, azul marino, que intensificaba el color de sus ojos, vaqueros y botas tipo Timberland de color marrón oscuro. Nunca antes lo había visto con otra cosa que no fuese un traje. Estaba igual de imponente, si cabe más, ya que así vestido parecía más joven y accesible; un chico guapo y sexy y no el brillante y seguro ejecutivo.

Me alegré de haber elegido yo también un atuendo algo menos formal. Vestía pantalones pitillo, negros, botas de caña alta del mismo color y un jersey blanco, de punto, de cuello alto. Me había recogido el pelo en una coleta alta y tirante. Siguiendo el consejo de Derek de abrigarme llevaba también un pañuelo para el cuello y un chaquetón cruzado de estilo marinero.

Derek acabó su llamada y caminó hacia mí. Mientras recorría el espacio que nos separaba, examinó mi aspecto y un brillo de aprobación destelló en sus ojos.

—Disculpa la espera. Asuntos de última hora —se excusó al llegar a mi altura.

—No tiene importancia. ¿Algún problema? —Me había parecido percibir cierta tensión en sus facciones, mientras hablaba por teléfono.

—Nada que no se pueda solucionar —aseguró. Con un gesto me indicó que le precediera—. Señorita, su carroza espera...

Nos encaminamos hacia la salida del hotel. Una fina lluvia nos recibió al traspasar la puerta. Sin que eso lo detuviese, Derek tomó mi mano y corrimos hasta un Range Rover negro que esperaba aparcado al otro lado de la rotonda de entrada. Abrió mi puerta, esperó a que entrase y rodeó el coche hasta el asiento del conductor. Mientras él metía la llave en el contacto y arrancaba observé mi mano con disimulo, todavía podía sentir su calor.

Nos pusimos en marcha. Derek conducía en silencio, la música del reproductor y el repiqueteo de la lluvia eran los únicos sonidos dentro del coche. Tras unos minutos, la tensión me estaba matando. A mi acompañante, sin embargo, se le veía relajado; parecía disfrutar del trayecto. Deseando romper el silencio me giré hacia él y pregunté:

—¿Vamos muy lejos?

Sus comisuras se alzaron en una pequeña sonrisa.

—No, enseguida llegamos. Vamos a Pontevedra —aclaró—, pensé que estaría bien aparcar un rato el trabajo y pasar algo de tiempo juntos.

—Así que esta cena no es un asunto laboral. —Fue una afirmación más que una pregunta.

—No, no lo es. —Me miró unos instantes y luego volvió su atención a la carretera.

—Si esa era tu idea, entonces deberías haberme informado —repliqué contrariada—, puede que hubiera declinado tu oferta.

—¿Por algún motivo especial?

—No me gusta mezclar el trabajo y las relaciones personales —repuse tajante.

Habíamos llegado y Derek detuvo el coche.

—¿Por qué te pongo tan nerviosa, Valeria? ¿De qué tienes tanto miedo? —Se volvió en su asiento y me examinó con una mirada tan penetrante que sentí como si estuviese viendo hasta el último de los secretos de mi alma.

—Es solo que me parece poco profesional —mentí con todo el aplomo que pude reunir.

Derek me observó unos instantes más.

—Aclaremoslo entonces. El cliente soy yo, y yo no tengo ningún tipo de problema con ello, así que relájate, por favor, y vayamos a cenar —dijo abriendo la puerta, dándome a entender así que la discusión estaba zanjada.

Cuando salimos del coche ya no llovía y callejamos un poco hasta llegar al centro histórico de la ciudad. Paseamos un rato disfrutando la paz que emanaba de las silenciosas calles empedradas que se encontraban casi desiertas. Yo observaba con deleite los edificios, con sus

balconadas de madera, y las pequeñas plazas que aparecían tras cualquier esquina. Derek caminaba a mi lado atento a mis reacciones.

—¿No habías estado aquí antes?

—La verdad es que no. Normalmente tiendo a ir al sur, me gusta el calor. Aunque tengo que reconocer que esto es precioso. —Dejé vagar la vista a mi alrededor por los edificios de piedra que parecían recién lavados tras la lluvia.

—Sí, no creo que tenga nada que envidiar a otras ciudades más monumentales como Santiago de Compostela. Tiene mucho encanto.

—¿Y cómo es que tú lo conoces tan bien? —pregunté; al fin y al cabo, se había criado en Estados Unidos.

—Por mi madre. Suele venir de viaje todos los años, dice que es importante no olvidar las raíces, que de donde vienes es parte de lo que eres. Cuando era pequeño la mayoría de las veces me traía con ella.

Imaginé a un pequeño Derek correteando por esas calles y una oleada de ternura me recorrió.

Doblamos una esquina y nos adentramos en una pequeña plaza. Bajo los soportales de piedra de los edificios, estufas de gas caldeaban las mesas de varios restaurantes. Nos acercamos a una de ellas y nos sentamos. Enseguida apareció un camarero y pedimos algo para cenar.

Ahí estaba otra vez, esa mirada indescifrable en los ojos de Derek. Nerviosa comencé a jugar con mi copa.

—Tienes unos ojos fascinantes. Nunca pensé que unos ojos oscuros pudieran ser a la vez tan transparentes. Reflejan todas y cada una de tus emociones —dijo con su mirada fija en la mía—. Daría lo que fuera por conocer los secretos que se ocultan tras esos ojos.

—Soy una chica sencilla, no hay nada más que lo que ves. —Encogí los hombros, no quería que la conversación girase entorno a mí.

—Preciosa, inteligente, con carácter. Eso sí. Sencilla..., sería decir demasiado poco. —Dio un sorbo a su copa de vino.

—¿Y qué hay de ti, Derek? ¿Qué se esconde tras la fachada del chico del millón de dólares? Hijo único, heredero de un imperio hotelero, columna de revista de la alta sociedad en cada evento al que acudes con una chica diferente colgando de tu brazo...

Dejó escapar una risa suave.

—No deberías juzgar un libro por la portada, Valeria.

—Ah, ¿no? ¿Acaso todo eso no es cierto?

—En parte lo es, pero hay muchas más cosas. No olvides que en el fondo solo soy un chico de Chicago. Dame buena comida, cerveza y un partido de los Cubs y conquistarás mi corazón. —Me guiñó un ojo—. ¿Y qué me dices de ti? ¿Qué es lo que hay que hacer para llegar a tu corazón?

—Ese camino ahora está cortado por obras. De hecho, la carretera se ha caído y hay un enorme precipicio. —No sabía si su pregunta había sido inocente o no, pero no iba a desaprovechar la ocasión de dejar clara mi postura. Era innegable que entre los dos existía cierta atracción y mi intención era que siguiera siendo solo eso.

Una risa fresca y sincera llenó mis oídos. Ignoré la reacción de Derek e intenté dar un giro a la conversación.

—Este proyecto debe de ser muy importante para ti, para que te implique personalmente hasta el punto de supervisar el trabajo de campo. Pensé que alguien tan ocupado como tú delegaría este tipo de tareas.

El camarero se acercó y dejó varios platos sobre la mesa. Todos tenían un aspecto magnífico.

Tras estudiarlos me incliné por probar un trozo de pulpo que tal como había imaginado sabía delicioso.

—Sí y sí. Sí es importante para mí y sí suelo delegar este tipo de tareas —explicó ante mi cara de confusión.

—Pero no en este caso. ¿Por qué, Derek? —Mi pensamiento se había transformado en pregunta y estaba saliendo de mi boca antes de que me hubiera dado cuenta. «Mierda de sentido común atrofiado».

—No creo que estés preparada para saber la respuesta —aseguró divertido y me echó una mirada que podría derretir los Polos.

Terminamos de cenar y regresamos al hotel. La noche anterior Derek me había acompañado al ascensor y se había despedido. Esta vez cuando se abrieron las puertas me cedió el paso y subió detrás de mí. Pulsó el botón con el número dos.

—Mi habitación también está en la segunda planta —comentó sin mirarme, como si me hubiera leído el pensamiento.

Saber esa información provocó que un hormigueo me recorriera. Mi cuerpo, sin contar con lo que mi yo consciente tuviera que decir al respecto, había decidido que le gustaba que Derek estuviese cerca.

Salimos del ascensor y caminé a mi lado por el pasillo. A medida que nos íbamos acercando a la puerta de mi suite, el corazón me latía cada vez más rápido, golpeando tan fuerte en mi pecho que, aun reconociendo que era improbable, temí que Derek pudiera escucharlo.

Me detuve frente a la puerta y nerviosa comencé a buscar la llave en el bolso, mientras él me observaba apoyado en la pared, con la expresión paciente de quien no va a ir a ninguna parte. Cuando la encontré por fin, suspiré con alivio. «Puedes hacerlo, Valeria. Solo di buenas noches y entra en la habitación».

—Aquí está —anuncié llave en mano—. Gracias por...

Alcé la vista y me encontré atrapada en sus ojos. Estaba muy cerca. Y su mirada recorría mi rostro. Se detuvo en mi boca. Alzó una mano y acarició el óvalo de mi cara con su pulgar.

Me sentí como la presa de una cobra, que aun conocedora de su destino está tan subyugada por su mirada que es incapaz de huir.

Una sonrisa lenta se fue dibujando en su rostro.

—Buenas noches, Valeria. —Se acercó y con una mirada maliciosa me besó con suavidad en la mejilla, muy cerca de la comisura de la boca.

Cuatro

Los días siguientes pasaron rápido, quedaba mucho trabajo por hacer y se había acordado desde el principio del proyecto aprovechar incluso los fines de semana, por lo que apenas coincidí con Derek. Me pasaba el tiempo yendo de acá para allá por el hotel: observando, inspeccionando, tomando notas; y cuando no, estaba en mi habitación pegada al portátil. Lo que no pude sacarme de encima en todos esos días fue la imagen de Derek, todo fuerza contenida centrada en mí, ni el cosquilleo nervioso que aparecía en mi estómago junto con su recuerdo. Deduje que él también debía de estar bastante ocupado, porque las pocas ocasiones en las que tropezamos, en el despacho de Ricardo Lago, estaba pegado al teléfono y un leve movimiento de cabeza fue la única muestra de reconocimiento que recibí.

Siguiendo los dictados de mi recientemente adoptada «personalidad bipolar» —mis sentimientos giraban sin descanso en una montaña rusa emocional desde que había conocido a Derek—, su comportamiento me hizo sentir ignorada y eso me enfureció y entristeció a partes iguales. Lo cual no tenía ningún sentido, ya que yo misma había estado intentando evitarlo a toda costa después de la cena en Pontevedra.

Salí al exterior buscando un poco de calma y soledad. El ritmo de trabajo era intenso, nos levantábamos temprano y nos acostábamos tarde, y aprovechábamos cuantas horas teníamos disponibles. La sensación de tener siempre alguien a mi alrededor me incomodaba y necesitaba desconectar por un rato.

En Madrid, mi casa era mi refugio. La quietud, el silencio confortable y la intimidad de mi hogar me sosegaban. Atesoraba esas horas de soledad escogida en las que me podía relajar, escuchar mis pensamientos y así deshacerme de lo negativo que no me aportaba nada y enfocarme en lo positivo; en definitiva, centrarme.

No siempre había sido así. Las primeras semanas tras la marcha de Aarón me había resultado insoportable estar sola en casa. El silencio me ahogaba y el sentimiento de abandono que me producía no tenerlo a mi lado era tan intenso que me hundía en un mar de miseria y depresión.

Pero, poco a poco, el pasar de los meses mitigó esas sensaciones y me fui acostumbrando a esa soledad. Comencé a apreciar esas horas que eran solo para mí y que se terminaron convirtiendo en una parte indispensable de mi rutina.

Admiré el límpido azul del cielo. La mañana había despertado brumosa, pero el correr del día había disipado la niebla y dejado una mañana despejada y luminosa. El sol de otoño brillaba con intensidad, alto en el cielo, templando el ambiente, que, aunque no dejaba de ser frío, resultaba agradable, siempre y cuando llevases algo de abrigo.

Dejé atrás la casona y crucé la pradera que la rodeaba en dirección a una construcción algo más pequeña que se levantaba a espaldas del edificio principal. Rodeé las paredes de piedra hasta llegar a los portones de entrada que se encontraban abiertos de par en par.

Nada más acceder al interior del edificio, el olor y los sonidos de los caballos me envolvieron. Avancé entre las caballerizas hasta llegar al último cubículo y allí me detuve.

—Hola, precioso. —Alargué la mano para acariciar el hocico del potrillo que se había acercado nada más oírme y sacaba la cabeza por encima de la puerta.

—¿Cómo estás, pequeño? ¿Me has echado de menos? —Le pasé la mano por el cuello deleitándome en el tacto de su pelaje. Zarladeó la cabeza para darme mejor acceso y yo reí mientras movía mi mano de arriba a abajo en una caricia suave.

—Te gusta, ¿verdad?

—Así que es aquí donde te escondes.

El sonido de la voz de Derek me sobresaltó y di un pequeño respingo. Me giré para verlo salir de entre las sombras, no podía saber cuánto tiempo llevaba allí.

Se acercó al *box* y se detuvo junto a mí. Zar resopló sonoramente y tocó su hocico en mi mano como si me besara.

—Vaya, parece que este chico quiere marcar su territorio —dijo divertido Derek esbozando una sonrisa.

—Bueno, el sentimiento es mutuo. No tienes que preocuparte por él, Zar —susurré con voz cómplice—, tú eres mi único amor. —Lo besé y Zar relinchó.

Derek soltó una carcajada.

—Está bien, me ha quedado claro —anunció elevando las manos en señal de rendición—. Ya veo que en este caso no tengo ninguna oportunidad. Tú ganas, muchacho —bromeó mientras observaba cómo el potrillo disfrutaba de mis atenciones.

Nos quedamos en silencio unos instantes hasta que Derek tomó de nuevo la palabra. Estaba apoyado contra la pared, con los brazos cruzados sobre el pecho, y me observaba con atención.

—¿Va todo bien, Valeria?

Lo miré y asentí.

—Sí, solo necesitaba algo de espacio y aire libre —aseguré.

Derek volvió la vista hacia Zar, al que yo no había dejado de acariciar en ningún momento.

—¿Sabes montar? —Señaló con un gesto de la cabeza al animal.

—Hace mucho que no lo hago, pero supongo que será como montar en bici: una vez que aprendes ya nunca lo olvidas.

—Bien, entonces comprobémoslo.

Se marchó, como de costumbre, sin dejarme mostrar mi acuerdo o desaprobación a su propuesta, lo cual me hizo resoplar de fastidio.

Regresó a los diez minutos sujetando las riendas de un imponente caballo, negro como la noche, y seguido de uno de los chicos que se encargaban de la cuadra que traía una hermosa yegua rubia. Ambos animales estaban ensillados y listos para montar.

—No me mires así. Has dicho que necesitabas espacio y aire libre y es lo que vas a tener. Ya sabes que tus deseos son órdenes para mí —dijo burlón tomándose de la mano y acercándose al animal.

—No sé si es buena idea —farfullé nerviosa. Derek me sujetaba por la cintura, mientras el empleado de la cuadra sostenía las riendas de la yegua—. ¿Y si me caigo y me rompo algo?

—Entonces yo te cuidaré.

Lo susurró en mi oído haciendo que me recorriese un escalofrío. Luego me hizo colocar el pie en el estribo y me impulsó para ayudarme a subir a mi montura.

Una vez estuve sentada y segura, con un movimiento ágil se encaramó a su silla. Con gesto diestro dirigió a su caballo y se colocó a mi lado.

Derek esperó junto a mí hasta que reuní el valor suficiente y le hice un gesto para que avanzara. Espoleó a su caballo y este comenzó un paso suave y elegante. Inspiré hondo, le rogué al cielo que me mantuviese sobre la silla y lo seguí.

Nos alejamos despacio de las cuadras, Derek unos pasos por delante y yo tras él. Estaba completamente rígida y tenía todos los músculos en tensión. Mi acompañante se volvía cada poco para preguntarme cómo me encontraba y asegurarse de que continuaba de una pieza.

Poco a poco, comencé a adaptarme al movimiento del caballo y me fui sintiendo cómoda; parecía que mi cuerpo y mi mente comenzaban a recordar. Azucé un poco a la yegua y me

coloqué a la altura del caballo de Derek.

—Veo que le vas cogiendo el truco —dijo con una sonrisa.

—Sí, va a ser verdad eso de que es como montar en bici —afirmé complacida por mis logros—. Tú, por tu parte pareces el mismísimo vaquero de *Marlboro*. ¿Dónde aprendiste a montar?

—Mi regalo de los ocho años fue un caballo —confesó con aspecto culpable.

Lo miré con las cejas alzadas y una mueca de sorpresa.

—Tenemos una casa en el campo a la que solíamos escaparnos cuando mis padres querían evadirse del trabajo y la ciudad. Cuando estábamos allí salía a montar con mi madre todos los días.

—A eso lo llamo yo jugar con ventaja.

Esbozó una sonrisa y se encogió de hombros con una mirada burlona.

Ante su gesto de superioridad le saqué la lengua, apreté los flancos de mi montura y me alejé. Tras un segundo de sorpresa, Derek me siguió decidido ladera abajo. Recorrimos varios kilómetros a medio trote entre verdes pastos. A cada instante que pasaba disfrutaba más de la sensación de libertad y el ejercicio físico, en los últimos días no había tenido apenas tiempo ni de salir a correr y mi cuerpo agradecía el estímulo.

Tras un rato, nos detuvimos en un llano por el que cruzaba un pequeño arroyo. Derek desmontó y luego me ayudó a descender. Nos acercamos a la orilla del pequeño cauce para que los animales pudiesen beber. Una vez que estuvieron saciados aseguramos las riendas en la rama de un árbol y nos sentamos sobre la hierba, uno al lado del otro.

El color verde se extendía combinándose en una variada gama de tonalidades hasta donde me alcanzaba la vista.

—Esto es maravilloso —contemplé el paisaje con la barbilla apoyada sobre mis rodillas flexionadas.

—Sí, es increíble —coincidió Derek—. Esta fue una de las razones principales que me impulsaron a emprender este proyecto. Hasta ahora todos nuestros establecimientos estaban en grandes ciudades, magníficas pero impersonales. Quería hacer algo diferente, más personal e íntimo. Y este entorno es perfecto para ello.

Asentí y dejé que mi vista se perdiera de nuevo en la belleza que nos rodeaba.

Me sentía relajada y en paz. Doblé el abrigo que me había quitado unos momentos antes, ya que el ejercicio físico de la cabalgada me había hecho entrar en calor, y lo coloqué en el suelo, detrás de mí, para que me sirviese de almohada. Me recosté sobre la hierba y observé el nítido azul del cielo amplio, en todo su esplendor, sin contaminación ni obstáculos.

—Aún no me has dicho dónde aprendiste tú a montar.

La voz de Derek me llegó desde muy cerca. Giré la cabeza y me encontré con su preciosa cara. Se había tumbado boca abajo y me observaba con la cabeza apoyada sobre los antebrazos.

—Cuando tenía quince años mis padres me mandaron a un campamento de hípica durante el verano. Allí aprendí. —Una sonrisa se dibujó en mis labios al recordar aquellos meses muy lejanos ya—. Fue un gran verano.

Derek examinó mis ojos brillantes y mi enorme sonrisa.

—Sí, por la cara que se te ha puesto parece que lo fue. Y apuesto algo a que en eso tuvo algo que ver un chico —concluyó.

—Pues sí. Acertaste —admití riendo—. Había un chico guapísimo que se llamaba Manuel y era gaditano. Él me dio mi primer beso y fue perfecto.

—¡Ah, joder! —Negó con la cabeza y enterró la cara entre sus brazos—. Creo que me estoy poniendo celoso de un chico de quince años.

Volví a reír y cerré los ojos recreándome en mi dulce recuerdo de la adolescencia.

—Fue bonito.

Derek alzó la cabeza y me miró.

—Me alegra que tengas un buen recuerdo. Las primeras veces son importantes. —Estiró el brazo y dejó resbalar el dorso de sus dedos por el contorno de mi rostro—. Deben ser dulces. —Detuvo el recorrido de su mano en mi barbilla—. Y tomarse con calma para así ser capaz de descubrir el tacto de una piel ajena, su textura —su pulgar recorrió mi labio inferior—, su sabor.

Tan despacio que me pareció que pasaban minutos completos fue acercándose, cerrando la distancia entre nuestras bocas hasta que sus labios quedaron a escasos milímetros de los míos. Nuestras respiraciones se entrelazaron. Tras unos segundos, se separó y volvió a su posición inicial a mi lado. Yo cerré los ojos y me mantuve en silencio, escuchando los rápidos latidos de mi corazón. Ni siquiera había sido un beso, sin embargo, lo había sentido en lo más hondo. Mientras notaba cómo mi ritmo cardíaco se iba acompasando, tuve la certeza de que siempre lo recordaría.

Cinco

Me encontraba terminando de colocar las últimas prendas en la maleta cuando el timbre de mi teléfono móvil rompió el silencio en la habitación. En la pantalla apareció el nombre de mi hermano.

—¡Hola, Eric!

—¡Hola, Val! ¿Cómo está mi hermana favorita? ¿Qué tal va todo?

Escuchar la voz de mi hermano me alegró, hacía días que no hablábamos y lo extrañaba, me había acostumbrado muy rápido a verlo a diario. Antes de trabajar en AvanC, nuestra relación había sido estrecha. Hablábamos todas las semanas y también quedábamos a menudo a comer o a tomar unas copas con Martín y Laura, pero no nos veíamos todos los días. Eso cambió cuando me incorporé a la empresa, y lo disfrutaba muchísimo.

—Bien, acabo de terminar la maleta y me iba a poner a hacer una última revisión de la documentación. Aquí ya hemos acabado y mañana salimos para Asturias. —Me senté delante de la mesa en la que estaban esparcidas las notas para los últimos informes.

—¡Esa es mi chica! Siempre eficiente —bromeó cariñoso mi hermano.

—Y vosotros. ¿Qué tal por allí? —le pregunté.

—Bastante liados con el proyecto de Olive Divine. Mañana salgo hacia Barcelona. Tengo varias reuniones con ellos la próxima semana.

Olive Divine, uno de nuestros últimos clientes, era una marca de venta de ropa y complementos online que había crecido de manera exponencial en el último año y necesitaba estructurarse urgentemente para adaptarse a su nueva realidad. Nos habían contratado para ayudarles en el proceso.

—¿Cómo va el proyecto, hermanita? ¿Todo en orden? —preguntó—. Ya sabes que confío en ti.

Eric aprovechaba cualquier ocasión para darme ánimo y apoyo. Siempre se había sentido protector hacia mí, como buen hermano mayor que era. De hecho, en el colegio, ninguno de los niños de mi clase se había atrevido a meterse conmigo desde que, a mis seis años, le hundió la cabeza en un charco a uno de ellos por tirarme un poco de barro. Tras lo que había pasado con Aarón ese sentimiento de protección se había agudizado.

—¿Qué tal es trabajar con Derek? ¿Te entiendes bien con él?

Sopesé la pregunta unos instantes. ¿Que si nos entendíamos bien? Bueno, eso era algo difícil de decir. Decidí ser cauta.

—Es... interesante —dije finalmente, y esperé que mi hermano no quisiese saber mucho más.

Parece que los hados está vez se compadecieron de mí, porque el pitido de una llamada entrante sonó en la línea.

—Te tengo que dejar, Val —anunció—. Me está entrando otra llamada. Hablamos pronto.

—Ok. Que tengas un buen viaje. Te llamo la semana que viene y me cuentas cómo va todo.

—Sin problema. Buen viaje para vosotros también. Un beso.

Me despedí enviándole un beso y colgué. Miré los papeles sobre la mesa, estaba exhausta. Sin darme tiempo a pensarlo mejor y que la tentación de meterme en esa mullida y enorme cama ganase la partida, me senté delante del portátil y seguí con el plan establecido.

A la mañana siguiente me levanté a las siete, agotada. La noche había sido larga. Revisar los informes me había llevado más tiempo del que creí en un principio y terminé acostándome tarde;

solo había dormido cuatro horas.

Me preparé un té y me metí en la ducha con la esperanza de que el agua me espabilara un poco.

Una hora después, vestida y maquillada, esperaba en la planta baja con mi equipaje. Revisaba los emails en el móvil, sentada en una butaca algo apartada, cuando Derek salió del ascensor.

Se detuvo en recepción. Desde mi discreta posición observé cómo le decía algo a la chica que estaba tras el mostrador, con esa sexy sonrisa suya. La pobre muchacha, aunque intentaba disimular, estaba claramente deslumbrada. No la podía culpar. Era todo un espectáculo. El pelo le brillaba aún algo húmedo por la ducha que, supuse, acabaría de tomar, y daban ganas de pasar las manos por él. La elegante camisa blanca, que esta vez llevaba sin corbata y con un par de botones abiertos, perfilaba un tronco vigoroso. Y los pantalones de franela gris, caían perfectos sobre sus caderas envolviendo sus fuertes piernas.

Terminó sus asuntos en recepción y caminó hacia donde me encontraba sentada. En el momento que estuve dentro de su campo de visión su mirada se hizo más intensa. Siempre era así, algo cambiaba en los ojos de Derek en el instante en que se posaban en mí. Sus pupilas se oscurecían en un azul tormentoso que amenazaba con engullirme. Tras unos instantes, la tormenta desaparecía, pero el fulgor de su fuerza seguía allí.

—Buenos días, Valeria. —Tomó asiento en la butaca contigua a la mía—. ¿Lista para irnos?

—Buenos días. —Esbocé una sonrisa—. Sí, ya lo tengo todo preparado.

Un breve timbre sonó en su móvil. Miró la pantalla y tecleó algo con rapidez.

—Vamos, el coche ya está aquí. —Se puso en pie y me tomó de la mano para ayudarme a levantarme.

Además de sus miradas penetrantes, otra de las cosas que había advertido en Derek es que le gustaba tocarme o, al menos, eso parecía. Propiciaba leves contactos de forma constante: apoyaba su palma en mi espalda cuando caminábamos o nos deteníamos, y me tomaba de la mano a la menor ocasión. Me imaginé que en esferas más privadas debía de ser un tipo cariñoso.

El conductor se acercó y tomó mi equipaje del suelo. Derek me guio, sin soltarme la mano, hasta el reluciente Mercedes negro y sostuvo la puerta para mí. Una vez que me acomodé, cerró con suavidad y se dirigió a su sitio.

Aunque el coche era espacioso y una consola central separaba nuestros asientos, me sentía demasiado cerca de él, así que opté por ponerme a trabajar para intentar obviar la sensación de intimidad que me provocaba su presencia.

Saqué una carpeta de la bolsa donde llevaba el portátil y comencé a leer y hacer anotaciones. De vez en cuando, echaba una mirada furtiva a mi compañero de asiento que me observaba con gesto serio. Tras varios minutos sintiendo su escrutadora mirada me rendí.

—¿Pasa algo? —pregunté.

—Pareces cansada. —Miró las sombras bajo mis ojos—. Tenemos cuatro horas de viaje por delante, relájate un poco y descansa. —Cogió la carpeta apoyada en mi regazo y la cerró apartándola a un lado—. Ya tendrás tiempo de seguir cuando lleguemos.

Fui a quejarme, pero su teléfono sonó y Derek descolgó. Resignada, me recosté en el confortable asiento y observé el paisaje que corría a través de la ventana. El día había amanecido nublado, pero ahora el sol empezaba a abrirse paso tras las nubes y unos tímidos rayos cubrían todo con un manto dorado. Me acomodé mejor en el asiento y decidí que no era tan mala idea descansar un rato.

El silencio y la quietud me despertaron. Por un momento, me sentí desubicada, luego la

bruma del sueño se fue despejando y recordé dónde me encontraba. Al final, el movimiento del coche y la cadencia de la voz de mi acompañante, habían logrado que me quedase dormida.

Me incorporé en el asiento y me coloqué el pelo y la ropa con disimulo. Reparé en mis botas de ante que estaban colocadas en el suelo una al lado de la otra y, avergonzada, miré mis pies desnudos solo cubiertos por las medias.

—Parecías incómoda —dijo Derek sin darle mayor importancia. Seguía dentro del coche, sentado a mi lado, observándome.

—¿Ya hemos llegado? —pregunté, simulando estar muy ocupada calzándome para ocultar mi azoramiento.

—Sí, hace unos diez minutos.

Lo miré y leyó la pregunta en mis ojos.

—Se te veía tan relajada y vulnerable, tan diferente a lo habitual, que quería disfrutar el momento. No he podido despertarte. —Sonrió culpable—. ¿Has acabado?

Terminé de subir la cremallera de mis botas y asentí. Todavía no estaba preparada para decir nada. Me sentía mortificada.

Derek bajó del coche y al instante estuvo en mi puerta. Con un gesto cortés me tendió su mano para ayudarme a salir. Cuando la tomé no pude evitar sonrojarme al pensar en esas manos cálidas y fuertes rozando mis piernas, mientras me descalzaba. El gesto me resultó tan íntimo que la sola imagen en mi cabeza me erizó la piel de todo el cuerpo.

Con mi mano siempre en la suya, caminamos hacia la puerta de entrada. En esta ocasión el registro ya estaba hecho y las maletas habían sido subidas a las habitaciones, por lo que solo tuvimos que recoger las llaves.

Una vez llegó el ascensor Derek se despidió.

—¿No subes? —Tenía curiosidad por saber si esta vez también nos encontrábamos alojados en la misma planta.

—No, tengo que hacer algunas cosas primero. Tú ve e instálate y cuando estés lista, llámame.

—No tengo tu teléfono —dije sin mirarlo. Era una tontería, pero me sentía cohibida como si le estuviera pidiendo su número para una cita.

Derek extendió su mano y yo deposité mi móvil en ella. Con gestos rápidos anotó el número y me lo devolvió.

—Ya lo tienes. Puedes utilizarlo siempre que quieras. —Percibí el matiz juguetón en su voz—. Tómame el tiempo que necesites para instalarte, no hay prisa. —Me dio un suave beso en la mejilla y se marchó.

El breve contacto de sus labios hizo que una oleada de calor me recorriera. Suspiré. ¿Por qué se empeñaba una y otra vez en difuminar la línea?

Tomé el ascensor y subí a la primera planta. En esta ocasión, el establecimiento tenía un estilo distinto al que habíamos visitado durante la semana anterior. El Ensueño, que era como se llamaba, se situaba en un enclave que distaba pocos kilómetros de las principales ciudades del Principado. Estaba asentado sobre lo que había sido un antiguo palacete que databa del siglo ^{xii}, perteneciente a una conocida familia burguesa de la zona. Era una construcción más pequeña que contaba con solo dieciocho habitaciones y, aunque la atención no dejaba de ser profesional, translucía un aire más familiar. En lo que sí coincidía con La Casa Antigua era en el maravilloso entorno natural que lo rodeaba; un valle envuelto entre suaves colinas tapizadas de verdes pastos.

Las habitaciones eran muy acogedoras. En concreto la que me habían asignado era un espacio de techos abuhardillados, con las vigas de madera a la vista y un ventanal rectangular a ras de suelo que ocupaba toda la pared frontal y desde el que se divisaba el espectacular paisaje.

Al igual que el resto del edificio, las habitaciones, aunque amplias y luminosas, tenían un tamaño menor que en el anterior hotel, lo que no me permitía tener en ella un espacio para trabajar. Tendría que hablar con Derek al respecto; podría usar una sala que no utilizasen o incluso compartir alguno de los despachos del personal de administración, si no tenían inconveniente.

Una vez hube terminado de colocar mis cosas, llamé al número que Derek había grabado en mi teléfono. Descolgó al segundo tono y me dio unas breves indicaciones para que me dirigiese a una de las dos salas multiusos con las que contaba el hotel para pequeñas reuniones de empresa, cursos y cosas de ese tipo.

Cuando llegué a mi destino, entré y lo encontré apoyado en el borde de una mesa hablando por teléfono. Se le veía fresco como si no hubiese pasado las últimas casi cinco horas dentro de un coche y tan atractivo que tuve que contener un suspiro.

—¿Qué te parece? —dejó el aparato sobre la superficie de madera pulida del escritorio.

Eché un vistazo a mi alrededor. La sala tenía un tamaño medio. La pared del fondo la ocupaba una pantalla de proyección y la zona central, donde supuse que normalmente debería encontrarse un grupo de mesas colocadas en *U* o en *escuela*, había sido despejada y solo se veían dos mesas de despacho con sus respectivas sillas.

—Demasiado grande para mí sola. Me habría apañado con una mesa en cualquier lugar tranquilo.

—Ya, bueno. Yo prefiero tener espacio...

El tono de voz y su sonrisa me pusieron en alerta. «*No, no, no, no*».

En ningún momento se me había ocurrido pensar que Derek fuese a usar también esa sala para trabajar, imaginaba que preferiría otro lugar más privado. El hecho era que si compartíamos despacho pasaríamos juntos la mayor parte del día y yo no quería eso. Si uno estaba a dieta lo más inteligente para mantenerla no era, en ningún caso, comenzar a trabajar en una pastelería, ¿no?

Si conservaba alguna pequeña esperanza de que solo estuviese allí para enseñarme el lugar, esta se desvaneció cuando apareció uno de los empleados del hotel con una pila de carpetas y un ordenador portátil y lo colocó todo en la mesa frente a la que Derek se había sentado. Lo miré y apreté los dientes, resignada a que con él nunca fuesen las cosas como yo esperaba.

Decidida a afrontar mi destino con estoicismo comencé a organizar mi material de trabajo en la otra mesa. Sin embargo, mi expresión no debía de ser muy alegre, ya que capté cómo mi nuevo «colega» intentaba mantener a raya una sonrisa.

Seis

Tras varios días trabajando junto a Derek descubrí que la experiencia no estaba siendo tan mala como esperaba. Ambos estábamos muy ocupados; él pasaba la mayor parte del día pegado al teléfono, cuando no repasaba planos con los arquitectos o atendía a subcontratistas. Manteníamos nuestro ritmo de trabajo y durante esas horas nos centrábamos cada uno en nuestras cosas, aunque de cuando en cuando notaba su mirada sobre mí —para ser justa he de reconocer que yo también lo miraba cuando creía que no se daba cuenta—.

Ese día en concreto casi no habíamos cruzado una palabra, de hecho, apenas nos habíamos visto, ya que Derek estuvo entrando y saliendo durante todo el día. De tal manera que para el momento en el que cerré mi ordenador y abandoné nuestro improvisado despacho él aún no había vuelto.

Mientras subía en el ascensor para ir a mi habitación solo podía pensar en darme una ducha y pedir algo de comer al servicio de habitaciones. Pensaba quedarme tumbada en la cama sin hacer nada más que leer o escuchar algo de música.

Acababa de salir de la ducha y estaba terminando de vestirme con algo cómodo cuando sonaron dos golpes en la puerta. Miré extrañada; aún no había llamado al servicio de habitaciones para pedir la cena.

Caminé hasta la puerta y cuando la abrí, allí estaba Derek. Se apoyaba con una mano en el marco y tenía la vista fija en algún punto del suelo. Aún vestía la misma ropa con la que lo había visto marcharse por la tarde, lo cual indicaba que acababa de llegar y que se había dirigido directamente a mi habitación; lo que me sorprendió y me agradó a la vez.

—Hola.

Al oír mi voz, levantó la vista y me sonrió. Fue una sonrisa radiante, como si el verme fuera lo mejor del día, y miles de mariposas aletearon en mi estómago.

—¿Has cenado?

—No, pero...

—Bien.

No pude acabar la frase, porque me tomó de la mano y tiró de mí sacándome de la habitación. Apenas me dio tiempo a cerrar la puerta, mientras avanzaba tras de él por el pasillo.

Entramos en el ascensor y Derek pulsó el botón de su planta. Me solté de su agarre y crucé los brazos sobre el pecho con cara de pocos amigos.

El ascensor abrió sus puertas y Derek esperó a que yo saliese para guiarme hasta su habitación. Introdujo la tarjeta en el lector y se apartó para dejarme paso. Enseguida me di cuenta de que esa estancia era más amplia que en la que yo me encontraba alojada. La decoración era similar y también contaba con un ventanal que permitía disfrutar las hermosas vistas del campo asturiano, solo que en este caso el mismo ocupaba una pared completa y quedaba dividido por una arcada de piedra que separaba la zona donde se encontraba la habitación, propiamente dicha, de otro espacio que hacía las veces de salón con un sofá rinconera, un par de sillones de cuero oscuro, una mesa de centro de madera maciza, un televisor enorme y, lo que más me gustó, una acogedora chimenea que estaba encendida.

Mientras Derek deambulaba por la habitación dejando sus cosas, yo me detuve frente al fuego. Me fascinaba el loco danzar de las llamas, así que me centré en ellas dejando que el calor y el movimiento me apaciguasen.

Derek se colocó junto a mí frente la chimenea. Me miró un par de veces de reojo, al ver que

yo me mantenía en silencio suspiró resignado.

—Pareces molesta.

—Eso es porque lo estoy.

Me miró arqueando las cejas, interrogante.

—¿Nunca te han dicho que eres un arrogante, un déspota y un desconsiderado?

Un asomo de sonrisa se dibujó en su boca.

—No, creo que no.

Habitualmente, me consideraba una persona educada y serena. Tenía carácter, pero conseguía mantenerlo a raya y trataba de ser considerada y amable con los demás. Con todos excepto con Derek; él sacaba el demonio que vivía en mi interior con una facilidad pasmosa.

Arrepentida por mi arranque de mal genio traté de disculparme.

—Perdona, estoy agotada y no soy capaz de controlar mi carácter. No obstante, deberías saber que no es agradable que te secuestren de tu habitación en plena noche.

—Vaya, hasta el momento nadie se había quejado —repuso divertido, y ante mi gesto hosco añadió—. Aunque a partir de ahora lo tendré en cuenta.

Mientras hablaba puso sus manos sobre mis hombros y me dirigió hacia el sofá. Yo me dejé hacer y me senté pesadamente sobre los mullidos cojines.

—Ya te advierto que sea lo que sea en lo que pretendes que trabajemos esta noche, no te doy ninguna garantía. Mis neuronas están casi todas en coma por exceso de trabajo —le advertí mientras buscaba una postura que me permitiera estar cómoda.

Derek se inclinó un poco hacia mí como si fuera a compartir un secreto.

—En realidad, lo único que tenía en mente para esta noche era pasar algo de tiempo contigo. —Se irguió de nuevo y me acarició la mejilla—. Estás trabajando mucho y he pensado que una noche de calma te vendría bien.

Me mantuve en silencio, no sabía qué decir. Me tentaba la idea de poder pasar una velada tranquila con Derek, descubrir un poco más acerca de él, pero presentía que no era una buena idea profundizar demasiado en nuestra relación. Al final, decidí que un par de horas en su compañía no iban a provocar ningún desastre y me relajé.

Al ver el cambio en mi expresión, Derek esbozó una sonrisa y me tendió el mando a distancia del televisor.

—He pedido que suban algo de cenar, ¿por qué no eliges alguna película del videoclub online mientras me doy una ducha? —Me dio el mando y desapareció tras el arco.

Reapareció unos minutos más tarde con el pelo húmedo por la ducha, una camiseta de manga corta azul que insinuaba cada músculo de sus brazos y su torso, y unos pantalones sueltos de algodón gris.

Estaba concentrada pasando las portadas de las películas en la pantalla del televisor cuando me percaté de que se encontraba de pie a mi lado. Creo que nunca lo había visto más sexy, tanto fue así que no pude evitar quedarme mirando su imagen, absorta. Mi escrutinio duró mucho más tiempo de lo que podría parecer casual e incluso educado, pero no podía apartar los ojos de él. A su vez Derek me miraba con un brillo inquietante en sus iris a los que la luz del fuego les confería unos matices azules casi sobrenaturales.

Dos golpes suaves en la puerta rompieron el hechizo y me devolvieron a la realidad.

Me pareció que Derek emitía algo semejante a un gruñido cuando se giró para encaminarse hacia la puerta. Una vez se hubo dado la vuelta y estuve fuera de su campo de visión, suspiré, apoyé la cabeza en el respaldo del sofá y me cubrí los ojos con la mano. Conté hasta diez con los ojos cerrados tratando de tranquilizarme. Luego retomé mi postura inicial en el sofá y compuse

la expresión más serena que pude, aunque por dentro todavía me sentía temblorosa. Por un momento, me había olvidado de todas mis precauciones y reservas, del trabajo y de todo lo que nos rodeaba, y solo había visto la imagen del hombre. Un hombre que me atraía, me intrigaba y estimulaba mis sentidos devolviéndolos a la vida. Dejándome con la sensación de que me estaba perdiendo algo y haciéndome desear alcanzarlo, fuera lo que fuese.

Un camarero accedió a la habitación empujando un carrito y, tras dejar sobre la mesa el contenido del mismo bajo las indicaciones de Derek, se despidió deseándonos que disfrutásemos de la cena y se marchó.

Derek se sentó a mi lado.

—Espero que la cena esté a la altura de tus expectativas. —Me miró y con mucha pompa levantó las campanas plateadas que cubrían los platos.

En el momento en que su contenido quedó expuesto ante mí, no pude evitar soltar una carcajada.

—¿Bocadillos? —Observé los platos sorprendida y divertida a la vez.

Derek asintió.

—Bocadillos y cerveza —dijo a la vez que retiraba la servilleta que cubría una cubitera que contenía varias botellas de cerveza—. Pareces muy sorprendida.

Negué con la cabeza y sonreí.

—La verdad es que esperaba algo más sofisticado —reconocí mientras observaba cómo Derek tomaba un cuchillo y comenzaba a trocear con pericia el contenido de los platos.

—No solo de caviar vive el hombre —bromeó a la vez que me ofrecía uno—. Esto es lo que significa para mí una cena relajada. —Me guiñó un ojo y le dio al *play* para que comenzase la película que yo había elegido.

Aún no era de día cuando desperté acurrucada en mi cama. Me encontraba envuelta en la calidez de las mantas y el confortable colchón me recogía en su suavidad. Esbocé una sonrisa sin abrir los ojos y me estiré disfrutando de la caricia de las sábanas contra la piel desnuda de mis piernas, decidida a volver a los confines del reino de Morfeo. Sin embargo, una sensación extraña bailaba en mi cabeza impidiéndome volver a conciliar el sueño. Había algo que no encajaba.

No recordaba haber vuelto a mi habitación ni mucho menos haberme desvestido y metido en la cama. Buceé entre los recuerdos de la noche anterior y lo último que hallé fue mi imagen sentada al lado de Derek en el sofá de su habitación, junto al fuego. Habíamos terminado de cenar y estábamos viendo una película. Me encontraba a gusto y relajada, por lo que me recosté para ponerme más cómoda.

Lentamente vinieron a mí reminiscencias de unas sensaciones tan vívidas que tuve que descartar que fueran retazos de un sueño: unos brazos que me levantaban y me acunaban contra un pecho sólido; el olor y el roce de una piel cálida contra mi mejilla; la caricia fresca y delicada de las sábanas contra mi piel.

Durante un momento, no quise dar crédito a lo que los hechos sugerían. Luego, muy despacio, abrí los ojos y giré la cabeza sobre la almohada. Las cortinas no estaban corridas del todo y la luz de la luna que entraba por la ventana caía sobre el rostro y el cuerpo de Derek sumiéndolos en un juego de claros y sombras.

Volví la cabeza como si su sola imagen me quemara y me mordí los labios ahogando un gemido. No podía ser, no debía ser y no quería que fuese, pero lo era: estaba en la cama con Derek.

Me quedé muy quieta, mi mirada fija en el techo, mientras trataba de calmar los latidos frenéticos de mi corazón. Tenía que irme y tenía que ser ya.

Con movimientos lentos y medidos comencé a moverme hacia el borde de la cama. Cuando tanteé con el pie el borde del colchón, traté de deslizar el resto del cuerpo hasta allí con la mayor suavidad posible.

Había conseguido bajar un pie y apoyarlo en el suelo y me disponía a levantar las sábanas para salir de debajo de ellas cuando la voz de Derek sonó muy cerca de mi oído.

—¿Tratando de escapar con nocturnidad y alevosía? —Tenía el matiz ronco de quien acaba de despertarse.

Me quedé inmóvil, con las manos aferradas al borde de la ropa de cama y la respiración acelerada.

—¿Dónde vas a estas horas, Valeria? —El tono de Derek era suave con la cadencia lenta que solo da el sueño.

—Yo..., tengo que irme. Esto..., esto no está bien. —Hice el amago de salir de la cama, pero el brazo de Derek me atrapó por la cintura en un movimiento delicado y firme a la vez, atrayéndome hacia el centro del colchón, junto a su cuerpo.

—Todavía es de noche, cariño. No es el momento de andar vagando por los pasillos desiertos.

—Pero yo..., yo no puedo quedarme aquí —balbuceé. Estaba muerta de miedo por la intensidad de las emociones que me asaltaban.

—Solo estamos durmiendo. No te preocupes, confía en mí. —Noté cómo su otra mano comenzaba acariciarme el pelo con suma delicadeza.

Poco a poco la rítmica caricia, la cadencia tranquila de su respiración y el calor que emanaba de su cuerpo consiguieron que me relajase y caí dormida de nuevo, esta vez entre los brazos de Derek.

Cuando volví a abrir los ojos, la luz de la mañana iluminaba toda la habitación. Me encontraba sola en la cama, lo cual agradecí. Todavía no sabía cómo iba a enfrentarme a Derek. Me moría de vergüenza. Me incorporé y me pasé las manos por el pelo tratando de ponerlo un poco en orden. Respiré hondo y salí de la cama; era absurdo posponerlo más.

Encontré mis pantalones doblados en una butaca y me los puse. Luego me dirigí al baño. Me eché agua fría en la cara para despejarme. Me lavé los dientes con un cepillo que encontré todavía dentro de su funda de plástico y me recogí el pelo en una trenza suelta. Cuando acabé de componer mi aspecto lo mejor que pude, me miré en el espejo. Tenía la piel tersa y las ojeras que lucía la noche anterior, casi habían desaparecido. Mi aspecto era bueno y lo cierto era que me sentía descansada.

Avancé unos pasos hasta situarme junto a la pared que dividía los dos espacios en la habitación. Derek estaba sentado a la mesa con una taza de café en la mano y el ordenador a su lado. Parecía concentrado en lo que estaba leyendo.

Un rugido en mi estómago lo alertó de mi presencia y levantó la vista de la pantalla para recibirme con una de esas sonrisas que hacían que me temblasen las rodillas.

—Buenos días.

—Buenos días —respondí a media voz. No podía quedarme allí parada, así que caminé los pasos que me separaban de la mesa y me senté en una silla situada frente a él. Al menos, ese pequeño espacio me proporcionaba algo de seguridad.

Derek me sirvió una taza de té y me la acercó.

—¿Te apetecen unas tostadas? —me preguntó mientras añadía un poco de leche a mi té.

Asentí sin levantar la vista del mantel.

—Te has levantado muy silenciosa. ¿Siempre te despiertas así de callada? —Había cerrado el ordenador y me miraba desde detrás de su taza.

Haciendo acopio de valor, alcé los ojos y lo miré a la cara. Su expresión era relajada, como si la situación fuera de lo más normal. Su actitud me irritó. Quizá para él fuese común compartir cama con sus socios comerciales, pero para mí no. Además, estaba el hecho de que esa situación desdibujaba por completo los límites, esos que yo tanto me había esforzado en mantener y que él se había cargado de un plumazo.

—¿Por qué me metiste en tu cama anoche?

Derek alzó una ceja mientras daba un sorbo a su café.

—¿Hubieras preferido que te dejase en el sofá? —preguntó sin variar un ápice su expresión.

—No, hubiera preferido que me despertases para que regresara a mi habitación —espeté molesta.

—Lo intenté, pero te abrazaste a mi cuello y parecías tan agotada que decidí que lo mejor sería dejarte dormir —hizo una pausa—, en un lugar confortable.

—Ya veo. Qué conveniente. —Saqué la cucharilla de mi taza y la apoyé en el plato. Si seguía removiendo el té con tanto ímpetu acabaría derramándolo.

Derek observó mi gesto, se reclinó contra el respaldo de la silla y esperó a que lo mirase.

—¿Cuál es el verdadero problema, Valeria? ¿Crees que necesito inventarme excusas para llevar a una mujer a mi cama?

En ese momento, me sentí estúpida. Quizás estaba dando demasiadas cosas por sentadas acerca del posible interés de Derek hacia mí. Mi expresión debió delatarme, ya que extendió su mano a través de la mesa para coger la mía, acortando el espacio que nos separaba.

—Créeme si te digo que anoche no pasó nada por lo que debas sentirte molesta o avergonzada. Solo fuimos dos personas compartiendo un espacio. También duermes junto a tu compañero de asiento en un avión, ¿no es así? —Cerró sus dedos, entrelazándolos con los míos—. Me importas y no haría nada que te ofendiese. Debes confiar en mí.

Su tono de voz expresaba total sinceridad, así que asentí. Observé nuestras manos unidas y una sensación dulce se deslizó por mi pecho. Confiaba en él.

Siete

Después de esa noche, el hielo entre nosotros pareció romperse y, de manera natural, fuimos adoptando rutinas como la costumbre de comer juntos. Cuando mi indisciplinado estómago comenzaba a rugir, anunciando que, según su criterio, era hora de alimentarse, Derek dejaba su mesa, me tomaba de la mano obligándome a abandonar lo que estuviese haciendo, sin importarle mis protestas, y me llevaba al comedor.

Cuanto más tiempo pasaba con él más me gustaba, aunque quisiese convencerme de lo contrario. Era inteligente, divertido, atento. Me sorprendía, me retaba. Y lo que era peor para mí, me cuidaba. Sin saber cómo, parecía estar sintonizado con mi estado de ánimo y mis necesidades. Si me empezaba a notar cansada, antes de que pudiese pensar en levantarme a prepararme algo, una taza de té aparecía sobre mi mesa. Si me bloqueaba, dejaba lo que estuviese haciendo y me llevaba a dar un pequeño paseo por los alrededores del hotel. Cualquier cosa que necesitase la tenía sin necesidad de pedirla y eso me aterrorizaba. Había conseguido mantener a raya mis sentimientos durante mucho tiempo, no quería necesitar a nadie de nuevo, no quería volver a sentir ese dolor, esa indefensión.

Levanté la vista de la pantalla del ordenador y me froté el cuello. Lo tenía dolorido; no sabía cuánto tiempo llevaba sin moverme de la silla. Desvié la mirada con disimulo hacia Derek que tecleaba absorto. Suspiré. Estaba hecha un lío. Cada día veía mi voluntad flaquear un poco más. Aunque seguía decidida a mantener nuestra relación como algo platónico, a veces me sorprendía pensando en cómo sería sentir el tacto de esas manos fuertes y elegantes recorriendo mi cuerpo desnudo o deseando saborear sus labios cálidos. Por supuesto, Derek no ayudaba nada a ello con sus comentarios y miradas provocativas. Parecía que su principal fuente de diversión fuera tentarme.

La luz que entraba por la ventana se había vuelto anaranjada, estaba comenzando a atardecer. La vista previa de un nuevo correo electrónico apareció en la esquina derecha de mi pantalla. Hice doble clic y el correo se abrió a pantalla completa.

De: Derek Blackwell ▾

Para: Valeria Peñalver ▾

Asunto: Deberías sacar un rato tu preciosa nariz de detrás de ese ordenador

El resto del correo estaba en blanco. Lo leí y no pude contener una sonrisa. Pulsé el icono de responder.

De: Valeria Peñalver ▾

Para: Derek Blackwell ▾

Asunto: ¿Alguna sugerencia?

Dudé un momento y pulsé enviar.

No tardó en llegar su respuesta. Era un disparate, pero estaba nerviosa mientras la abría.

De: Derek Blackwell ▾

Para: Valeria Peñalver ▾

Asunto: Mi sugerencia

Conozco un guía estupendo que por un módico precio te llevaría de ruta turística.

Tecleé mi respuesta y la envié.

De: Valeria Peñalver ▾

Para: Derek Blackwell ▾

Asunto: Tu sugerencia

¿Qué entiendes por módico precio? ¿Tu guía es de fiar?

En menos de dos minutos tenía otro correo de vuelta.

De: Derek Blackwell ▾

Para: Valeria Peñalver ▾

Asunto: ¿Dudas?

Estoy seguro de que el precio te parecerá justo. Respecto a la honorabilidad del guía me ofenden tus dudas; por supuesto que sus intenciones NO son honestas, ¿por quién me has tomado? Y ahora que he aclarado tus preguntas espero que aceptes y estés preparada a las siete. Te recogerá en tu habitación.

Contuve una risa nerviosa, seguro que estaba bromeando. Contesté con un simple «ok» y volví a mi trabajo; mejor no pensar demasiado en ello.

Con el tiempo justo para prepararme, cerré el ordenador y salí del despacho en dirección a mi habitación. Derek me miró y una sonrisa curvó sus labios.

A la hora en punto, dos golpes suaves sonaron en mi puerta. Me pasé las manos por las perneras de los vaqueros, me sentía como si fuera una adolescente en su primera cita con el macizo de último curso. Eché una mirada rápida al espejo; no estaba mal. El pelo caía suave y suelto enmarcando mi cara. Los ojos me brillaban y un pequeño rubor teñía mis mejillas. Cogí mi chaqueta y fui hacia la puerta.

Abrí y contemplé la imagen del hombre que tenía ante mis ojos. Podría pasar sin dificultad por el modelo de la portada de cualquier revista. Con el jersey de lana de cuello alto y unos simples pantalones vaqueros estaba imponente.

—¿Señorita Peñalver? —Una sonrisa bailaba en su boca.

—Sí, soy yo. —Le seguí el juego.

—Me llamo Derek y soy su guía para esta tarde.

No pude evitar una carcajada. Derek alzó las cejas, interrogante.

—¿Qué es lo que te hace tanta gracia?

—Nunca hubiera creído que el heredero de Blackwell Hotels estuviera pluriempleado.

—Soy toda una caja de sorpresas. —Me guiñó un ojo—. ¿Vamos?

Cerré la puerta tras de mí y lo seguí hasta el ascensor.

Un Range Rover igual al que habíamos utilizado para nuestra salida a Pontevedra nos esperaba en la puerta.

—¿Los compras a pares? —pregunté, mientras me abría la puerta del lado del copiloto y yo me acomodaba en su interior.

Vi cómo una sonrisa curvaba sus labios.

—No, hice que alguien lo trajese. Siempre me gusta tener mi propio coche disponible.

—¿Y por qué, simplemente, no vinimos en él?

—Paso la mayoría del tiempo pegado al móvil, eso, unido al hecho de que ya no conozco tan bien las carreteras por aquí, hizo que me pareciese mejor opción usar el coche de la empresa. —Se sentó tras el volante e introdujo la llave en el contacto—. ¿Hubieras preferido que viniésemos en este?

Sopesé sus palabras, me encantaba viajar en coche. Durante unos instantes un río de recuerdos de un pasado no muy lejano me invadió.

—Te has quedado muy callada —dijo Derek, desviando la vista de la carretera un instante

para mirarme.

Sus palabras me sacaron de mi abstracción.

—Pensaba en un viaje que hice hace unos años por Italia. Recorrimos el país de norte a Sur en un Fiat 500 L. Fue una experiencia memorable, disfruté muchísimo. —Sonreí, pero la alegría no llegó a mis ojos.

Tres años atrás, Virginia, su por entonces novio, Mateo, Aarón y yo habíamos pasado los quince días de las vacaciones de verano haciendo una ruta por Italia. Alquilamos un coche y fuimos de Turín a Roma pasando por Milán, Génova, Padua, Venecia, Bolonia y Florencia. Había sido uno de los mejores viajes de mi vida.

—¿Cuánto tiempo hace que rompisteis?

La pregunta me sorprendió tanto que no supe que contestar.

—Vamos, Valeria. No es ningún secreto —dijo Derek con voz suave—. Está claro que has pasado por una mala relación.

—No era una mala relación.

Mi tono fue brusco. No tenía lógica, pero sentía la necesidad de defenderme. Él no sabía nada de mi relación con Aarón. Yo creí que nos amábamos profundamente, sin embargo, el sentido común y los hechos me decían lo contrario; una persona que te ama no te abandona así. Sabía que mi pensamiento era autodestructivo, no obstante, estaba segura de que nunca podría volver a encontrar nada igual, la experiencia me había enseñado que ese tipo de amor era irreal, no existía.

—Entonces ¿por qué se acabó?

Su tono era sereno y había un interés sincero en él, pero yo no estaba preparada para darle una respuesta a esa pregunta. Ni siquiera era capaz de responderla ante mí misma.

Derek respetó mi mutismo y no insistió.

Estuve tan absorta en mis pensamientos el resto del viaje que no me di cuenta de que habíamos llegado a Gijón hasta que Derek detuvo el coche. Agarré el tirador para abrir mi puerta, pero el contacto de su mano en mi brazo me detuvo. Me giré hacia él con expresión interrogante.

—¿Estás bien? —Una pequeña arruga de preocupación surcaba su frente.

—Sí, no te preocupes. Es agua pasada. —Le mostré mi sonrisa más deslumbrante y bajé del coche sin esperar a que me abriese la puerta. Lo último que quería era descubrir mis heridas delante de él.

El paseo por las calles de la ciudad me despejó y apaciguó mi ánimo. Recorrimos las calles del barrio de Cimavilla en una cómoda camaradería, hablando de todo y de nada en especial. El tiempo que estábamos pasando juntos había creado un vínculo y un nuevo sentimiento de complicidad flotaba entre nosotros.

Quería saber más cosas sobre Derek, así que le pregunté sobre su infancia y su familia. Me contó que sus padres se conocieron en la universidad y que tras terminar los estudios se habían casado. Su padre había continuado con la tradición familiar —Derek era la tercera generación en Blackwell Hotels.

—Mi madre era restauradora de arte. Dejó de trabajar cuando yo nací. —Caminaba con las manos en los bolsillos del abrigo—. Mis padres querían formar una gran familia con montones de niños correteando por la casa, pero su deseo nunca se llegó a cumplir. En el momento de mi nacimiento hubo complicaciones y tras el parto los informaron de que no podrían tener más hijos.

—Vaya, cuánto lo siento. Me imagino que debió de ser duro.

—Sí, pero mi madre es una mujer fuerte. Me gustaría que la conocieras algún día, a veces me recuerdas a ella.

Sus ojos esa noche mostraban un azul diáfano y me miraban con un matiz de ternura que me deshizo por dentro.

—¿Y nunca has echado de menos tener hermanos?

—Quizá cuando era pequeño, no lo sé. —Se encogió de hombros—. A pesar de ser hijo único, tuve una infancia muy feliz. Tengo unos padres cariñosos y atentos que me han estimulado y me han apoyado de forma invariable. No me puedo quejar.

Ahora entendía de donde provenía esa arrolladora seguridad que irradiaba, que a menudo rozaba la arrogancia.

Cuando Derek terminó fue mi turno. Le hablé sobre mi hermano, de nuestra relación y las trastadas que me hacía cuando éramos pequeños. También de mis padres. Del cáncer que nos había arrebatado a mi madre cuando yo tenía dieciocho años. Y de la estupenda relación que mantenía con mi padre, a pesar de que ahora nos veíamos poco, ya que se había vuelto a vivir al pueblo de Salamanca donde había nacido.

Hablamos de la universidad, de nuestros gustos musicales y sobre mil cosas más. Cuando nos cansamos de caminar nos dedicamos a recorrer las diferentes sidrerías que se repartían por el casco antiguo. Comimos, bebimos y reímos al intentar aprender a escanciar la sidra directamente de la botella al vaso, con pésimos resultados. En un momento dado Derek me rodeó con sus brazos por la cintura y me atrajo hacia él. Tenía una sonrisa en los labios y sus ojos brillaban con alegría.

—Creo que eres mi media naranja —bromeó rozando su nariz contra la mía.

—Siento destrozar tus ilusiones, pero lo nuestro no tendría futuro —repuse en el mismo tono despreocupado. Me zafé de sus brazos y me apoyé en la barra para pedir otra botella de sidra. Con seguridad, Derek pensaría que mis palabras habían sido solo una burla, no obstante, yo estaba convencida de que eran la verdad. Nunca podría haber un futuro entre él y yo. Y cuanto antes lo asumiéramos todas las partes, mucho mejor.

De vuelta al coche me notaba un poco achispada. También me sentía contenta y despreocupada, la desazón que desde hacía más de nueve meses me acompañaba de forma continua se había mitigado hasta casi desaparecer.

Las farolas del paseo marítimo iluminaban la noche que había caído como un manto sobre la ciudad. Arrebatada por la vista del mar, que batía lentamente contra la arena marcando una ronca melodía acompasada, me detuve a contemplar la vista de la playa de San Lorenzo.

—Es precioso. —Apoyada en la barandilla, observé cómo la silueta iluminada del casco antiguo se recortaba contra la oscuridad del mar y el cielo que parecían ser solo uno.

Derek asintió.

—Gracias por una noche fantástica. Creo que deberías dejar el negocio hotelero y dedicarte en exclusiva al turismo, eres un guía estupendo —bromeé.

—Ha sido un placer —afirmó mirándome con una sonrisa—. Y esta vez lo digo con total sinceridad. —Se puso una mano sobre el corazón.

Reí y negué con la cabeza. La humedad y el frío se hacían más patentes. Ahuequé las manos sobre mi boca y exhalé buscando algo de calor.

—¿Tienes frío? —preguntó volviéndose hacia mí. Parecía cómodo con la temperatura. Se había criado en Chicago, por lo que imaginé que unos pocos grados positivos no serían demasiado para él.

—Un poco. Olvidé coger los guantes. —Daba saltitos de un pie a otro intentando entrar en calor.

Derek tomó mis manos y poniéndolas entre las suyas las frotó con vigor. Una dulce calidez se extendió desentumeciendo mis dedos.

—¿Mejor? —dijo casi en un susurro. Su tono sonó ligeramente ronco.

Asentí y él siguió rozando sus manos contra las mías, en silencio, sin apartar su mirada de mis ojos. Estábamos muy cerca, tanto que su olor me envolvía. Abrió su abrigo y con suavidad llevó mis manos alrededor de su cintura por debajo del grueso tejido. Luego me rodeó con sus brazos pegándome a él.

Me dejé llevar por la sensación de paz que me proporcionaba ese cuerpo grande y cálido abrazándome. Aunque yo no era baja, medía algo más del metro setenta, Derek me envolvía por completo. Apoyada sobre su pecho podía escuchar el firme latir de su corazón. Noté cómo posaba su barbilla sobre mi pelo.

—¿Sigues teniendo frío? —Inclinó su rostro hacia mí, sin soltarme, para poder verme mejor la cara.

Negué con un movimiento de cabeza y nuestras miradas se trabaron. Pudo ser la sensación de seguridad que se instalaba en mí cuando estaba con él, unida a la ligera euforia del alcohol, pero en ese momento deseaba que me besase como no había deseado nada en la vida.

Su mirada abandonó la mía para recorrer mi rostro a la vez que sus dedos tiernos trazaban el mismo camino que hacían sus ojos. Mis párpados se cerraron impulsados por mis sentidos saturados de sensaciones cuando su boca se posó en mis labios. Primero fue una caricia leve, apenas piel con piel. Luego aumentó la presión, se introdujo en mí entrelazando su lengua con la mía. Sus manos se movían por dentro de mi abrigo deslizándose por mi espalda, mi cintura, mis caderas disparando mi adrenalina y haciendo a mi corazón bombear a toda prisa, dejándome sin aliento. Besaba mi cuello, mis párpados....

—Para —pedí con un murmullo jadeante.

Se apartó al instante, no obstante, siguió ciñéndome contra su cuerpo.

—Lo siento. Yo..., no puedo —balbuceé intentando recobrarme un poco. Me sentía temblorosa.

Derek entrecerró los ojos escrutando mi rostro como si allí pudiese hallar una respuesta. Luego relajó el gesto y me besó en la frente. Me tomó de la mano y comenzó a caminar.

—¿Dónde vamos? —Andaba tan rápido que me costaba seguirlo y tenía que ir un paso por detrás.

Me dedicó una de sus miradas indescifrables y continuó caminando. Cuando llegamos al coche, abrió mi puerta y esperó a que subiese. Me quedé parada arrebujándome en mi abrigo. Estaba nerviosa y confusa. Miré la puerta abierta y luego a Derek. Ante mi vacilación enarcó una ceja interrogante. Fruncí el ceño, aún sin decidirme.

—¿Entras o piensas quedarte aquí?

Lo dijo en un susurro, pero su mirada no invitaba a replicar, así que no intenté discutir. Subí y cerró la puerta tras de mí con suavidad.

La energía que emitía Derek me llegaba en oleadas y provocaba que en el interior del coche la tensión fuera como un ente vivo. Podía notarla y sentir cómo crecía por momentos, tragándome.

Tras diez minutos conduciendo, giró tras una señal que indicaba un merendero y se internó por un camino bordeado de árboles que se desviaba de la carretera. Unos metros más adelante llegamos a un claro libre de vegetación y detuvo el coche.

—Y bien ¿dónde estamos? —Pretendí iniciar una conversación sobre cualquier cosa para tratar de disipar ese ambiente repleto de promesas sensuales no pronunciadas.

Lo cierto es que me daba igual dónde estuviésemos, lo que en realidad hubiera querido preguntar era «para qué» estábamos allí, pero por una vez mi sentido común funcionó y la prudencia se interpuso a la curiosidad. Era muy consciente de la imponente figura que compartía el limitado espacio conmigo y aún podía notar su sabor en mi boca. Mi yo consciente quedó relegado a un lado y mi cuerpo tomó el control. Por mi mente desfilaban un variado montón de «para qué», la mayoría de los cuales nos implicaban a mi acompañante y a mí, sin ropa. Empecé a sudar.

—En una zona neutral —dijo Derek con calma.

—¿A qué te refieres con neutral? ¿Y neutral para qué? —Al final solté el dichoso «para qué». Estaba claro que con Derek cerca no podía esperar demasiado de mi atolondrado cerebro.

Estábamos en su coche, solos, en medio del campo y cerca de la media noche, si para él eso era una zona neutral a qué llamaría zona de conflicto.

—¿Nunca te han dicho que eres muy preguntona?

Crucé los brazos sobre el pecho y puse mi mejor cara de Rottenmeier.

—Necesitamos hablar, Valeria —aclaró—. Y no creo que ni tu habitación ni la mía sean el lugar más indicado para ello. —Sus comisuras se elevaron en una sonrisa sensual.

—Siento disentir, pero no creo que haya nada de qué hablar. Colaboramos juntos en un proyecto, tú eres mi cliente y tenemos una relación cordial. Fin de la historia.

Lo siguiente que supe es que Derek me besaba de nuevo. Sus labios se fundían con los míos, mientras su lengua exploraba mi boca con pasión. Gemí y me pegué a él, necesitaba sentirlo más cerca.

Sin previo aviso, de la misma manera que había comenzado el beso lo terminó. Abrí los ojos y pasé la lengua por mis labios, aún húmedos y calientes, con la mirada perdida en la neblina del deseo. Derek me observaba con las cejas alzadas y una sonrisa burlona. Había probado su punto de vista, sin lugar a dudas.

—Está bien. Hablemos —dije con un mohín de fastidio cuando logré serenarme.

Derek sonrió ante mi actitud infantil.

—Valeria, la paciencia no es una de mis virtudes y no me gusta andarme con rodeos. No te voy a negar que disfruto con el juego previo, pero ¿cuánto tiempo crees que podremos seguir manteniendo este juego?

—Yo no estoy jugando. —Crucé los brazos a la altura del pecho, incómoda. Él quería hablar, perfecto. Eso no significaba que yo debiera colaborar en esa conversación. Tenía las emociones a flor de piel después de haberlo sentido tan cerca y, si me presionaba lo más mínimo, no creía que fuera capaz de mantenerme firme en la mentira de que entre nosotros solo existía una relación laboral. Ese argumento ya no resultaba creíble ni para mí misma.

Con un dedo giró mi cara para que lo mirase.

—Cariño, se podría iluminar el árbol del Rockefeller Center con la tensión sexual que oscila entre tú y yo —afirmó con suavidad—. ¿Vas a continuar negando que te atraigo? Porque creía haber probado ya ese punto.

Lo miré con ojos entrecerrados y bufé indignada.

—¿Siempre eres tan arrogante?

Soltó una carcajada.

—Está bien. Veo que no lo vas a poner fácil. —Suspiró divertido. Luego su gesto se tornó más serio—. Mira, no sé qué hay en tu pasado, aunque querría creer que cuando estés preparada

me lo contarás. Pero el pasado, la propia palabra lo dice, ya ha quedado atrás y el futuro es incierto. Mientras sigas anclada en uno y centrada en lo que pueda suceder en el otro, te estarás perdiendo el presente. —Hizo una pequeña pausa y clavó sus ojos en los míos—. Valeria, no te estoy pidiendo matrimonio, ni un compromiso, solo que disfrutes un poco del presente, conmigo.

Tomó mi barbilla entre el pulgar y el índice y me besó con anhelo. Me sentí desfallecer.

—Y ahora, volvamos. Me parece que por el momento ya te he dado suficiente en lo que pensar.

Rodé en la cama, las sábanas estaban calientes y arrugadas. Era incapaz de dormir. Los pensamientos se agolpaban en mi cabeza que intentaba ordenar los acontecimientos de la noche. No sabía qué me había ocurrido, mientras Derek me besaba en el paseo marítimo; lo deseaba, lo deseaba de veras y por un momento ese sentimiento de estar perdido en la otra persona, de no tener ninguna barrera que le impidiese acceder a mi ser, me embargó. Y al principio fue bueno, sentirse tan confiado, seguro y arropado por alguien como para querer entregarte y dejarte llevar. Pero advertí su ternura, que la pasión no podía enmascarar, y me hizo sentir frágil. No era solo mi cuerpo lo que estaba en juego, podía perder lo poco que quedaba de mí. Entonces el pánico me dominó y me refugié en el dolor, tan familiar como un viejo amigo, aislándome.

Apreté los párpados con rabia intentando contener las lágrimas que amenazaban con escapar en torrente al recordar la sensación de los labios de Derek moviéndose con delicadeza sobre los míos; «¿qué me has hecho, Aarón?». Me había convertido en una sombra de la persona que era. Me había despojado de mi seguridad y la capacidad de confiar. Había mancillado mis recuerdos de la persona feliz y enamorada que un día fui, desterrándola para siempre con su traición y dinamitando mi fe en el amor. Y me había robado el futuro, ya que mis miedos no me permitirían volver a entregarme a nadie, porque no tenía nada que dar solo un inmenso vacío donde debiera haber estado mi corazón.

Ocho

La mañana llegó y, al contrario de cómo me había acostado, me desperté sintiéndome en paz conmigo misma. La noche había sido larga y había pasado por varias fases: confusión, pánico, ira, tristeza y, finalmente, aceptación. Hasta un ciego podría darse cuenta de que entre Derek y yo existía algo. Quería pensar que, aunque intensa, solo era pura atracción y que una vez explorada, esta iría remitiendo hasta desaparecer.

Aceptar ese hecho me había liberado de alguna manera y, tras mucho pensar, había tomado una determinación. Nunca había sido una persona cobarde, sin embargo, me estaba comportando como tal en lo que se refería a mi vida sentimental. Seguía teniendo claro que no podría volver a enamorarme, pero ¿qué había de malo en disfrutar de un poco de sexo caliente y apasionado con un hombre atractivo que me había dejado muy claro que me deseaba? Todo quedaría reducido al plano físico y cuando el deseo se agotase podríamos despedirnos sin rencores ni reproches. Tras llegar a esa conclusión había tomado una decisión: iba a tener una aventura con Derek Blackwell.

Claro que una cosa era pensarlo y otra muy distinta llevar ese pensamiento a cabo. Notaba la garra de los nervios atenazando mi estómago, mientras caminaba por el pasillo que conducía a la sala que esos días hacía las veces de despacho. Me sudaban las palmas de las manos cuando agarré el tirador para abrir la puerta. La decisión estaba tomada, sí, lo que no sabía era cómo iba a planteárselo a Derek. En la conversación que habíamos mantenido en el coche me pidió que pensara en su proposición y quedaba implícito que me iba a dar tiempo para que lo hiciera. Pero ahora que estaba resuelta a ello no quería esperar. Sin embargo, tampoco era cuestión de lanzarme a su cuello nada más tenerlo enfrente... —Abrí la puerta y una visión de Derek sin camisa me dejó clavada en el sitio sin respiración—. ¿O quizá sí?

Carraspeé ligeramente para hacer notar mi presencia. Derek volvió la vista hacia mí y al notar mi rubor una sonrisa se dibujó en su boca.

—Buenos días. —Sacó una camisa de una funda colgada en el perchero y se la pasó por los brazos—. ¿Cómo estás hoy? ¿Has dormido bien?

Caminé hasta mi mesa y, sin levantar la vista, dejé mi bolso sobre ella y encendí el ordenador.

—Eh..., sí, gracias. —Por el rabillo del ojo podía ver los músculos de su pecho tensarse mientras se abotonaba los puños de la camisa. Noté cómo una fina capa de sudor perlaba mi piel en algunas zonas debajo de la ropa.

—Valeria, ¿te encuentras bien? —Su voz tenía un matiz burlón. Se acercó hasta quedar a escasos centímetros de mí, mientras terminaba de abrocharse.

—Sí, claro. —Me afané en colocar las carpetas que se apilaban sobre mi mesa en perfecto orden.

Cuando Derek hizo ademán de soltar el botón de la cinturilla de su pantalón para meter la camisa por dentro exploté.

—¿Es que no tienes una habitación para vestirte?

Una cristalina carcajada llenó mis oídos.

—Perdona, pero me manché la camisa de café y tengo una conferencia en unos minutos, por lo que he tenido que pedir que me bajasen una camisa limpia. —Se giró y terminó de vestirse.

Vi una camisa blanca con una mancha marrón en el pecho que descansaba sobre una silla. Intentando serenarme me senté delante del escritorio y comencé a leer las notas que había tomado el día anterior. Derek se acomodó en una esquina de la mesa y estudió mi rostro.

—¿Has podido descansar? Ayer parecías alterada cuando te dejé en tu habitación. —Se inclinó hacia mí y me colocó un mechón de pelo con ternura detrás de la oreja—. Respecto a lo de anoche... Quería disculparme si desperté viejos demonios. —Su pulgar se movió con suavidad por mi mejilla.

—En realidad, Derek, de eso quería hablarte. —Me mordí el labio intentando encontrar la forma menos vergonzosa de comunicarle mi decisión—. Yo... —Notaba cómo el calor ascendía por mi rostro. No me estaba resultando nada fácil. Las palabras permanecían atoradas en mi garganta sin querer salir.

Derek me observaba con atención esperando a lo que tuviese que decir. Me aclaré la garganta y empecé de nuevo.

—He estado pensando en lo que me dijiste...

Una melodía comenzó a sonar en su ordenador. Tenía que atender su vídeo conferencia. Miró por un instante al logotipo de Blackwell Hotels que parpadeaba en la pantalla y luego de vuelta a mí.

—Lo siento, debo contestar. Es importante. —Sujetó mi barbilla y perfiló la línea de la mandíbula con su pulgar—. Pero no te olvides, tenemos una conversación pendiente.

Asentí con un gesto. Mantuvo su mirada fija en mí durante unos segundos más. Luego se levantó y se dirigió a su mesa para acomodarse frente a la pantalla del portátil. Contemplé con frustración cómo pulsaba el botón para responder y saludaba a su interlocutor con tono profesional.

Me levanté de mi silla y caminé hacia la puerta de la sala pretendiendo darle más intimidad, aunque lo cierto era que la que necesitaba de intimidad en ese momento era yo.

Cerré la puerta tras de mí con suavidad y me dirigí al cuarto de baño. Una vez allí dejé el agua del grifo correr y me mojé las muñecas y la nuca. Estaba furiosa conmigo misma. Me contemplé en el espejo y juré entre dientes. Por Dios, tenía veintiocho años, era una mujer adulta y no una quinceañera. Si bien era cierto que no había mantenido muchas relaciones, ya que había estado con Aarón la gran mayoría de mi vida adulta, nunca había sido tímida y me relacionaba a la perfección con el sexo opuesto. Sin embargo, Derek era otra cuestión. Poseía una fuerza y una intensidad que podían hacer que se me doblasen las rodillas con una sola mirada. ¿Qué pensaría de mí si aparecía ante él como una niña temblorosa y balbuceante? ¿Seguiría deseándome? Él era un hombre experimentado; y no solo por los ocho años de diferencia de edad que existían entre nosotros. Mientras yo había dormido todas las noches con el mismo hombre durante los últimos años, Derek exhibía una nueva belleza en cada fiesta y acto benéfico. Creía recordar haber leído en la prensa que en los últimos tiempos había mantenido una relación larga con una bella violinista. Al parecer esta terminó cerca de un año atrás y era la única que se le había conocido.

Cuando regresé tras ir a por un té, algo más sosegada y decidida a no dejar pasar el asunto ni un segundo más, la sala estaba vacía, no había rastro de mi inquietante compañero. Advertí un papel amarillo pegado en la pantalla de mi ordenador. Me acerqué y despegué la nota. Era de Derek. Esbocé una sonrisa pesarosa, siempre tan considerado me informaba de que pasaría el resto del día fuera debido a unos problemas que habían surgido en aduanas con unas piezas de mobiliario de cocina que venían de Italia. Se despedía recordándome que debía alimentar a la bestia que habitaba en mi estómago, ya que no deseaba que por mi mala cabeza a su vuelta me hubiese devorado. Firmaba con una simple «D.»

Sonreí por su comentario y su despedida tan familiar. Acto seguido comprendí que, de momento, no solo no podría hablar con él, como había pensado hacer, sino que tampoco disfrutaría de su compañía en todo lo que quedaba de día y eso hizo que una oleada de decepción

calara hasta mis huesos. Quise disfrazar esa sensación justificándola con la impaciencia por aclarar lo que a partir de ahora quería que sucediera entre nosotros, para así poder disipar esa tensión sexual que nos envolvía. Sin embargo, lo cierto era que me estaba acostumbrando muy rápido a tenerlo cerca.

En vista de que lo único que podía hacer por el momento era resignarme y esperar, me senté delante de mi escritorio y encendí el ordenador. Al menos, mientras trabajase mantendría los pensamientos sobre Derek a raya durante unas horas.

Pulsé el botón de *intro* y me acerqué hasta la impresora. Esperé, pero tras varios siseos y golpeteos la bandeja de salida seguía vacía. Una luz parpadeaba en la pantalla del aparato e indicaba que el documento se había atascado. «Mierda».

Traté de sacar el papel que estaba atorado en la bandeja trasera, sin éxito. Tiré de nuevo y esta vez se rasgó. Suspiré y volví a mi silla, donde me dejé caer y, resignada, le envié un *email* al técnico de informática para ver si podía pasar en algún momento y desatascar el equipo.

Miré por la ventana y observé cómo unos tímidos rayos anaranjados se colaban a través de las cortinas. Viendo que no iba a poder continuar trabajando y que eran cerca de las seis, di la jornada por concluida. Me iría a mi habitación y descansaría un rato.

Cogí la americana de mi traje, que un rato antes había colgado del respaldo de la silla, y el móvil y dejé el despacho. Según iba caminando hacia los ascensores mi mente voló directa a Derek.

Media hora después, ya duchada y con ropa cómoda, seguía dándole vueltas al mismo tema. Bufé y apoyé sobre la cama el libro que había estado intentando leer durante más de diez minutos, sin conseguir pasar del primer párrafo. Fui al armario y me vestí con unos vaqueros y un jersey calentito, cogí el abrigo y el bolso y salí de la habitación. Estaba claro que necesitaba distraerme si no quería terminar con un dolor de cabeza monumental.

Oviedo quedaba cerca del hotel y no lo conocía, por lo que decidí que esta sería una buena ocasión para hacerlo. Bajaría y preguntaría en recepción la mejor manera de llegar hasta allí, ya que no tenía coche.

Justo cuando salía del ascensor una voz a mis espaldas me detuvo.

—Valeria, espera.

Me giré para encontrarme con la expresiva sonrisa de Marina, una de las chicas que trabajaba en administración. Me detuve y esperé hasta que estuvo a mi altura. La saludé con una sonrisa.

—Hola. —Advertí que llevaba puestos el abrigo y la bufanda—. ¿Ya te vas?

—Sí, por hoy he acabado. ¿Y tú? ¿Ibas a algún sitio? —Miró mi ropa con interés.

—Me dirigía a recepción a ver si averiguaba cómo llegar hasta Oviedo. He decidido hacer un poco de turismo.

—Genial, pues si quieres te llevo, que yo también voy para allá. He quedado para tomar algo con unos amigos. —Sin dejar que me negara me cogió del brazo y me llevó casi a rastras hasta un Volkswagen Escarabajo verde.

—¿Este es tú coche? —Me reí divertida mientras Marina pulsaba el mando y asentía con una sonrisa.

Nos acomodamos en el interior y Marina introdujo la llave en el contacto. La música de la radio comenzó a sonar a todo volumen. Rápidamente la bajó y nos pusimos en marcha.

Tras bastantes horas de reuniones y consultas y varios cafés compartidos, había surgido una especie de amistad entre la peculiar administrativa y yo. Marina era una asturiana grandota, de fuerte carácter y muy extrovertida. Era divertida y cariñosa y pronto habíamos congeniado.

—¿Y dónde has dejado a ese adonis que trabaja contigo? —inquirió con ironía, quitando la vista de la carretera un instante para mirarme.

Desde el momento que habíamos aparecido en el hotel, todo el personal femenino andaba alborotado. En cuanto me descuidaba empezaban a llover las preguntas acerca de Derek, la mayoría de las chicas eran sutiles, por supuesto, pero alguna de ellas había conseguido hacerme ruborizar. Había empezado a asumir que siempre sería así en su compañía. Su atractivo y su encanto, unidos a ese aire de seguridad, no dejaban indiferente a ninguna mujer.

—Creo que tenía algunos asuntos que resolver en la ciudad —contesté vagamente con el tono más indiferente que pude.

Siempre que hablaba de Derek intentaba aparentar un total desinterés. Daba a entender que nuestra relación era solo profesional y que yo era inmune a sus encantos. Nada más lejos de la realidad.

—De verdad, cielo, que no sé cómo lo haces. Si yo tuviese que trabajar todos los días al lado de semejante espécimen de hombre, a estas alturas habría ardido por combustión espontánea —dijo con un gesto de lo más elocuente. Me guiñó un ojo y las dos estallamos en carcajadas.

Y la verdad era que no sabía hasta qué punto tenía razón, cada vez que pensaba en él era como si un incendio empezase en mi vientre y se extendiese por el resto de mi cuerpo, justo como estaba pasando en ese momento. Respiré hondo y deseé que llegase pronto la noche.

Un par de horas después estaba de vuelta en el hotel. Me sentía bien, tranquila. La caminata por la ciudad me había sosegado. Aunque la meteorología no me había acompañado del todo para hacer turismo —caía una lluvia fina, pero incansable, y la temperatura no era demasiado alta— había disfrutado el paseo, pertrechada bajo mi paraguas, y ese estado de lentitud en que la lluvia sumía a la ciudad.

Entré en la habitación, solté las bolsas y me dejé caer en la cama, exhausta. La salida había resultado mucho más entretenida y más agotadora de lo que yo imaginé.

Me deshice de los zapatos dejándolos caer al suelo y me tumbé todo lo larga que era en la cama, los pies y las piernas me estaban matando. Giré la cabeza sobre la almohada y me topé con la pequeña bolsa color champán con asas de raso negro. La miré durante largo rato, indecisa. Luego alargué la mano y saqué la caja que contenía. No sabía en qué estaba pensando cuando lo compré. Para qué engañarme, sí que lo sabía, pensaba en Derek.

Abrí la caja y retiré el envoltorio de papel con cuidado. Acaricié la delicada tela, su roce sobre la piel desnuda debía de sentirse como una caricia. Me levanté de la cama y saqué una percha del armario. Coloqué los finos tirantes sobre la madera y colgué la percha de la puerta.

Desanduve el camino hasta la cama y me senté de nuevo para observar las líneas y texturas. Era muy sexy. El encaje negro se mezclaba con el tul transparente en un intrincado dibujo que una vez sobre el cuerpo creaba una fantasía de desnudez.

Me levanté de nuevo, descolgué la percha y me desnudé. Lentamente pasé las delicadas tiras por mis brazos y cerré el broche en mi espalda. Deslicé la suave tela por la piel de mis piernas hasta llegar a mis caderas. Quería ver si la mujer sensual y provocativa que me había observado desde el espejo del probador de la tienda aún estaba ahí.

Un pitido salió de mi bolso. Saqué el teléfono y leí el texto que aparecía en la pantalla iluminada:

¿Has tenido un buen día?

Era él. Una sensación de júbilo me invadió.

Bastante bueno, aunque un poco solitario. ¿Y tú?

Un infierno. No hemos podido solucionar nada. Esta noche tendremos que quedarnos aquí.

]

Sentí cómo la decepción anidaba en mi pecho. Había tenido la esperanza de que volviese esa noche.

Lo siento

]

No te preocupes las cosas no siempre salen bien a la primera. Si no falla nada mañana estaré allí para la hora de la cena

]

Eso estaría bien.

]

Quería decirle que me moría por verle, pero no lo hice.

¿Ya has cenado? Sabes que no me gusta que desatiendas a la fiera que vive en tu estómago, puede volverse peligrosa.

]

Muy gracioso... Tomé algo en Oviedo. Fui de compras.

]

¿Y me has comprado algo bonito?

]

Lo primero que se me ocurrió fue una contestación mordaz, pero por el rabillo del ojo vi el perfil de mi cuerpo que revelaba el espejo. Dudé un instante, no era muy propio de mí... Sin embargo, sería una buena manera de hacerle ver que ya había tomado una decisión. Sin darme tiempo a arrepentirme, tomé una foto de mi imagen reflejada en el espejo.



Juzga por ti mismo.

]

Pasó un minuto, dos. El teléfono seguía en silencio. Empecé a ponerme nerviosa. Seguro que había metido la pata. Eso me pasaba por querer ir de mujer de mundo.

Piii. La pantalla se iluminó de nuevo. Casi con miedo bajé la vista.

Joder, Valeria, creo que eres la primera persona que me deja sin saber qué decir desde que tenía tres años.

Solté el aire que estaba reteniendo con una sonrisa. Decidí jugar un poco.

¿Entonces te gusta tu regalo?

Me muero por desenvolverlo.

Empecé a notar cómo una agradable calidez se extendía por el interior de la piel de mis muslos.

Quizá mañana...

Cariño, no juegues conmigo. A mi edad es posible que mi corazón no pueda soportarlo.

Entonces me limitaré a desearte buenas noches y dulces sueños.

Perdí la esperanza de dormir cuando vi tu cuerpo semidesnudo en esa foto. Dulces sueños, preciosa.

Me dejé caer de espaldas en la cama con el teléfono aún apretado en la palma de mi mano. Sentía como si un volcán derramara su lava repartiendo su calor hasta el último rincón de mi cuerpo. En ese momento supe que Derek no iba a ser el único esa noche que iba a tener problemas para poder dormir.

Nueve

Me desperté con la sensación de pérdida flotando en mi cerebro. Estaba sudorosa, tenía el pelo revuelto y mi piel hormigueaba. Tomé un poco de agua de la botella que había dejado en la mesilla la noche anterior y apoyé de nuevo la cabeza en la almohada. Retazos de imágenes desfilaron ante mis ojos. Unas manos fuertes deslizándose sobre mi piel caliente. Una boca inquisidora trazando los contornos de mi cuerpo. Y un hermoso rostro de ojos azules con los rasgos endurecidos por la pasión. Noté cómo mi vientre se tensaba. Tenía que serenarme o el día iba a ser muy largo.

Salí de la cama y fui directa al cuarto de baño. Me di una ducha con agua ardiendo para relajar mis músculos tensos, me vestí y bajé al despacho. Mientras dejaba que el chorro de la ducha golpeará sobre mi espalda había estado reflexionando. Nunca me había sentido tan sexual en mi vida como en ese momento. Era muy consciente de mi cuerpo, de mis necesidades. Que llevase sin practicar sexo una gran cantidad de meses era una buena razón para que ahora ante un estímulo mi cuerpo se revelase, pero estaba segura de que era más que eso. Era la conexión que experimenté desde el primer momento con Derek, ese tirón que sentía en lo más profundo cada vez que estaba cerca.

Pasé todo el día trabajando sin pausa hasta que no pude retrasar más la hora de subir a vestirme. Mi mente se enfrentaba a una dicotomía. Por un lado, estaba impaciente por encontrarme con Derek, por otro, me asustaba horrores lo que sabía que iba a pasar. Desde luego que no era virgen, sin embargo, me sentía tan nerviosa como si lo fuera. Me di un cachete mental, tenía que dejar mis miedos de lado, así que me concentré en vestirme y maquillarme.

Mientras cerraba la puerta de la habitación me llegó una algarabía de risas y gritos que se acercaba peligrosamente. Me hice a un lado y dos figuras menudas pasaron raudas por mi lado, dejando un eco de carcajadas tras ellas. Contemplé cómo una vez ante el ascensor iniciaban una lucha para ver quién era capaz de pulsar antes el botón de llamada. Para mi sorpresa, de los dos chicos, el más menudo demostró ser más rápido y ágil. Se escabulló por entre las piernas del otro chico más alto y corpulento y con una sonrisa triunfante consiguió apretar el botón.

Me detuve a su lado, seguida de una pareja que supuse que eran los padres de los pequeños, ya que en cuanto los tuvo delante la mujer les dedicó una cariñosa regañina por correr por los pasillos. Con disimulo, observé divertida la mirada de orgullo que el más pequeño dirigía de manera subrepticia al otro chico a su lado, mientras con cara seria asentían a las instrucciones de su madre.

En cuanto las puertas del ascensor se abrieron en el vestíbulo, los dos pequeños salieron pitando de nuevo, casi arrollándose.

—¡Ay!, disculpa. Son incorregibles. —La madre me miró avergonzada.

Le dediqué una sonrisa comprensiva.

—No te preocupes, son niños. Tienen que desgastar toda esa energía que guardan en sus pequeños cuerpos.

—Sí, quién diría que dos cosas tan pequeñas pueden resultar tan agotadoras —dijo dedicándoles una mirada cargada de amor.

Los observé mientras se perdían tras la puerta y pensé con cierta añoranza que yo no viviría ninguna de esas embarazosas situaciones. En mi perfecta vida anterior lo tenía todo planificado, y dentro de ese plan maestro incluía formar una familia; me encantaban los niños y había soñado

mil veces, en el pasado, cómo sería cuando tuviese los míos. Una punzada atravesó mi pecho. Inspiré hondo y me sacudí el manto de tristeza que me envolvía. Había aprendido en los últimos meses que uno tenía que ver la vida, no cómo quería que fuese, sino cómo era en realidad y afrontar los hechos; de poco valía lamentarse.

Abandoné el ascensor y caminé hacia el vestíbulo. La afluencia de gente ya se empezaba a notar. Los dos próximos días sería la celebración del Magüestu y según me había informado Luisa, una de las recepcionistas, el hotel estaba casi al cien por cien de ocupación.

También por Luisa había descubierto que el Magüestu era en realidad una fiesta tradicional asturiana y de muchas otras provincias del norte, que tenía como elementos principales las castañas y el fuego. La fiesta consistía en realizar una hoguera y, una vez había brasas, colocar sobre ellas un cilindro metálico con agujeros en su base, llamado tambor. Sobre este recipiente se extendían las castañas que una vez asadas se pelaban y se comían acompañadas de sidra dulce.

Las castañas que se iban a asar durante los siguientes días las habían ido recogiendo los huéspedes de El Ensueño en los bosques circundantes durante los fines de semana del mes de octubre. También habían recogido manzanas, ya que se instalaría un pequeño lagar donde se llevaría a cabo la fabricación y cata de sidra del duerno, que era la primera que se obtenía de machacar las manzanas en el lagar.

Crucé el vestíbulo, que estaba a rebosar, y con un gesto saludé a Luisa que se encontraba tras el mostrador de recepción. Dirigí mis pasos hacia el porche acristalado que se abría desde la parte trasera del edificio a un encantador jardín. En verano las cristaleras se podían plegar y los dos espacios quedaban unidos. Esa tarde solo mantenían abierta una de las amplias puertas de doble hoja por donde se colaban los inconfundibles aromas del otoño, que se fusionaban con el olor a leña y castañas asadas que impregnaba el aire dentro de la sala. Fuera, los tonos malvas y rosados del crepúsculo iban tomando fuerza compitiendo con los retazos de gris y blanco de los difusos jirones de nubes que se repartían en el cielo como pinceladas sobre un lienzo. Los últimos rayos del sol se colaban por los grandes ventanales tiñendo de calidez las sombras de la tarde que comenzaba a despuntar.

Caminé por entre los grupos de personas que charlaban de forma animada. El ambiente era distendido y familiar. Los niños se apiñaban alrededor de la enorme chimenea donde se había dispuesto el tambor y disfrutaban observando las castañas chisporrotear sobre las brillantes ascuas. Mientras, los mayores bebían sidra y comían del formidable bufé dispuesto al fondo de la sala, donde se podían degustar una variedad de platos elaborados con la protagonista de la noche. Todo un verdadero deleite para los sentidos, pero yo no me veía capaz de probar ni un bocado, tenía el estómago cerrado.

Me detuve cerca de una de las puertas que daban al jardín, contemplando la gente a mi alrededor e intentando contagiarme de la atmósfera festiva y relajada. Al fondo de la sala divisé a Marina, que se acercaba junto con otra de sus compañeras. Venían cargadas con varios vasos de sidra en la mano.

—Toma, reina, que tienes cara de necesitarlo —aseguró Marina cuando llegó a mi altura.

Se lo agradecí con una sonrisa y cogí uno de los vasos. Tomé un trago largo y dejé que el sabor dulce con matices ácidos de las manzanas invadiese mi boca y bajase por mi garganta para calmar el nudo de nervios que sentía en el estómago.

—Es cierto. ¿Te pasa algo, Valeria? Tienes una expresión de lo más rara —la secundó Deva, que era otra de las chicas que trabajaba en el departamento de administración.

—¿Rara? ¿Quién, yo? No, qué va. Estoy perfecta, más que bien —dije terminando de un trago la sidra que quedaba en mi vaso.

Las chicas me miraron como si estuviera loca. Estaba divagando. Derek aparecería en cualquier momento y tenía los nervios tensos como la cuerda de un piano. Me había llamado pronto esa tarde para decirme que por fin había conseguido solventar los problemas en aduanas y quería cenar conmigo. La conversación fue breve, ya que lo estaban esperando, pero el escuchar su voz me dejó con un sentimiento de anhelo que aún no había conseguido hacer desaparecer.

Perdida en mis pensamientos, viendo las llamas danzar en un baile alocado, mis sentidos se pusieron en alerta al percibir el peso de una mirada sobre mí. Despacio, alcé la vista de la chimenea; el objeto de mi deseo cruzaba la sala con paso tranquilo directo hacia mi posición. Sus ojos no reparaban en nada excepto en mi persona. El corazón comenzó a darme volteretas en el pecho. Intenté sosegar mi respiración y aparentar tranquilidad.

Unos metros antes de llegar hasta el rincón donde me encontraba, Derek fue interceptado por un hombre de cabello cano y porte erguido. Por un instante un brillo de impaciencia centelleó en el azul de sus iris. Se detuvo y devolvió el saludo con cordialidad. El hombre charlaba despreocupado ante un Derek que asentía en los momentos adecuados y respondía en las pausas, pero su atención seguía centrada en mí, sus ojos no me perdían de vista. Tras unos minutos, por fin, pudo excusarse y poner fin a la conversación. Al instante lo tenía a mi lado.

—Buenas tardes, señoritas. ¿Lo estáis pasando bien?

Me dedicó una de sus sonrisas sexys y noté un cosquilleo suave en el estómago.

—Buenas tardes, Señor Blackwell —contestaron las chicas casi a coro.

—Siento que ya lo he repetido mil veces, pero os agradecería que me llamaseis Derek —las instó con una sonrisa deslumbrante destinada a hacerlas babear, que por supuesto surtió el efecto esperado.

Yo aún no había dicho una palabra. Mis ojos repasaban su imagen con avidez, apenas llevaba treinta y seis horas sin verlo y mis retinas eran incapaces de apartarse de él. Vaqueros grises, camisa negra y botas negras. Era como una perfecta representación del ángel caído. Con sus atractivos rasgos cincelados reflejando su determinación y sus calculadores ojos centelleando.

Las chicas y él charlaban animados. Derek se había colocado a mi lado de espaldas a la pared y su mano se movía trazando círculos en mi espalda. Me estaba resultando casi imposible seguir el hilo a lo que decían. Mi mente solo se centraba en el calor que su mano repartía por mi piel. Cogí aire intentando sosegarme y centrarme en la conversación. Con disimulo, froté las manos en el vuelo de mi vestido, las palmas me sudaban.

—Valeria, ¿estás bien? No tienes buena cara.

Seguí la voz de Derek hasta su boca y me recorrió un escalofrío. Sus ojos brillaban.

—Eso mismo estábamos diciendo —aseguraron las chicas totalmente ajenas a los tejemanejes de mi acompañante—. Quizá deberías salir a tomar un poco el aire, estás muy colorada.

—Sí, pareces un poco sofocada —corroboró Derek, todo inocencia—. Será mejor que te acompañe fuera. Si nos disculpáis. —Con suavidad, me guio hasta la puerta que daba al jardín y salimos al exterior.

El aire frío de la noche fue como una caricia sobre mi piel. Nos detuvimos cerca de un pequeño estanque. Derek fue el primero en romper el silencio. Su mirada era indescifrable.

—Bueno, según creo recordar tú y yo teníamos una conversación pendiente —dijo con voz pausada.

—Pensé que ya había quedado claro, después de la..., bueno de la foto.

El calor que el aire otoñal había conseguido calmar volvió con fuerza y un violento sonrojo se extendió por todo mi rostro.

—Puede que para mí no esté tan claro el mensaje. Se me ocurren muchas cosas que podría

significar y no querría equivocarme y malentender tus intenciones. —Cruzó los brazos sobre el pecho con aire expectante.

—El caso es..., yo he pensado en lo que me dijiste...

Nada, ni un gesto ni una palabra, solo el silencio que se extendía. Cada vez me sentía más avergonzada y el arrepentimiento se mezclaba junto con la vergüenza. ¿Y si había cambiado de opinión y solo estaba jugando conmigo?

—Olvidalo, la verdad es que no tiene importancia, mejor lo hablamos en otro momento. Yo..., creo que voy a subir a la habitación estoy un poco cansada y...

—Dilo, Valeria.

Lo miré confundida.

—Quiero escucharte decirlo.

Sus ojos me atravesaban. Tragué saliva y me armé de valor, era ahora o nunca.

—Te deseo. Quiero acostarme contigo —fue casi un susurro, pero en mis oídos mi voz sonó como un disparo que se hubiera alzado por encima del murmullo amortiguado que nos llegaba desde el interior.

Con cautela, levanté la vista. Derek permanecía impasible mirándome a los ojos. Una sonrisa lenta perfiló su boca. Despacio, sin decir una sola palabra, aferró mi mano y comenzó a caminar de vuelta. Sorteó los distintos grupos repartidos por la sala dirigiéndose a la salida. Yo caminaba a su lado luchando por mantenerme erguida, pero las rodillas apenas me sostenían, parecían de gelatina.

—¿Dónde vamos? —pregunté con voz ahogada, se me había secado la garganta—. Podemos dejarlo para otro momento, no es necesario que lo hagamos ahora.

Derek alzó una ceja, burlón, y me di cuenta del doble sentido de la frase. «*Mierda*». Volví a sonrojarme.

—¿No lo vamos a hablar? —pregunté casi con miedo de conocer la respuesta.

Derek sacudió la cabeza. Se detuvo junto al ascensor y pulsó el botón de llamada.

—¿Ahora entonces?

Me miró y asintió apenas con una sonrisa que me calentó la piel. El deseo que vi en sus ojos me sorprendió y un cosquilleo de anticipación me recorrió desde el nacimiento del pelo a los dedos de los pies.

De pie a su lado luchaba por hacer llegar el aire a mis pulmones, pero lo único que conseguía eran respiraciones cortas y rápidas, y en mis oídos sentía el retumbar de los latidos enloquecidos de mi corazón.

Las puertas del ascensor se abrieron y en una zancada estábamos dentro. Derek pulsó el botón de la planta y, con nerviosismo, advertí que nos dirigíamos a su habitación.

Me mantuve en silencio, con mi mano atrapada en la suya, mirándolo de reojo, mientras el ascensor ascendía.

—Valeria, me está costando hasta el último gramo de mi autocontrol portarme como un caballero hasta tenerte en mi habitación. Si sigues mirándome así no voy a poder evitar empezar aquí algo que, desde luego, no es apropiado para un lugar público.

Me tragué un gemido e intenté mantener la vista fija al frente; ya me alteraba bastante la situación sin añadir el riesgo de que cualquier persona pudiera descubrirnos en una actitud íntima.

El ascensor se detuvo y Derek me guio por el pasillo. Se detuvo ante una de las dos puertas al fondo del mismo. Sin soltarme deslizó la tarjeta por el lector y empujó la puerta suavemente, apartándose para dejarme paso.

Me adentré en la penumbra de la habitación. Las contraventanas de madera estaban abiertas y la luz de la luna iluminaba la estancia con su sutil claridad.

Oí el chasquido de la puerta cerrándose a mi espalda. Permanecí quieta, parada en el centro de la habitación, expectante. Unas pisadas suaves me indicaron que Derek se acercaba. Se detuvo detrás de mí, tan cerca que podía sentir el calor que emanaba de su cuerpo. Con deliberada lentitud ciñó mi cintura con uno de sus fuertes brazos y me pegó a él. Notaba los latidos de su corazón, firmes y rápidos en mi espalda, y la palpitante presión de la prueba de su excitación contra la curva de mis nalgas. Me retiró el pelo, dejando expuesta la delicada piel del cuello que se volvió de gallina al sentir la caricia de su respiración.

—Dios, hueles de maravilla.

Posó sus labios y me besó la línea donde mi pulso latía desenfrenado. Inspiré con fuerza al sentir el calor de sus labios. La presión de su boca desapareció y yo gemí mostrando mi decepción. Una risa suave me envolvió mientras me giraba despacio hasta que quedamos frente a frente. La tenue luz de la noche que nos rodeaba impedía que pudiera disfrutar del azul increíble de sus ojos, lo que no evitaba era que percibiera la intensidad de su mirada al contemplarme.

—Tu imagen en ropa interior lleva torturándome desde anoche. He contado los segundos que faltaban para poder tenerte así.

Jadeé con los labios entreabiertos sintiendo sus manos deslizarse por la espalda de mi vestido hasta bajar por completo la cremallera, para seguir descendiendo hasta aferrar mis caderas. No recordaba haber estado nunca tan excitada, sentía un anhelo imposible de calmar creciendo en mi interior.

Paseó su vista por mi rostro como si quisiera memorizar cada una de mis reacciones y me besó. No fue un beso delicado, fue un beso lleno de pasión. Movía sus labios sobre los míos con firmeza, separándolos para profundizar con su lengua en mi boca, incitándome a seguirlo. Así lo hice, me aferré a su cuello y profundicé el beso. Mis pechos se presionaron contra su pecho. Sus manos encontraron el borde de la falda de mi vestido y se deslizaron por mis muslos hasta agarrar mi trasero. Sus dedos apretaban la tela de seda masajeando y acariciando.

El timbre amortiguado de mi teléfono resonó en la habitación mezclándose con el eco de nuestras respiraciones agitadas. Hice intención de apartarme para cogerlo, pero Derek me retuvo a su lado. Su respiración era rápida cuando separó sus labios de los míos.

—Déjalo sonar —dijo en un murmullo ronco volviendo a cubrir su boca con la mía.

Pero el dichoso chisme no se callaba. Sin muchas ganas rompí el beso y me deshice del agarre de Derek, que se dejó caer sobre la enorme cama con un bufido.

—Tengo que cogerlo —me disculpé yendo hacia la mesa donde había dejado el bolso.

Fuera quien fuese lo despacharía y volvería al único sitio donde deseaba estar en ese momento: los brazos de Derek.

Abrí el bolso y bucéé en el mar de cosas que normalmente lo llenaban. Para mi asombro localicé el móvil a la primera, «no hay nada como estar motivado», pensé mientras leía el nombre de mi hermano en la pantalla iluminada y pulsaba el botón para contestar.

—Hola, Eric. No me queda casi batería y el teléfono se va a apagar, mejor te llamo luego. — Fui tan concisa que rayé la grosería. Ya me disculparía en otro momento.

La voz al otro lado de la línea hizo que un escalofrío me recorriera como un mal presentimiento. Era una voz de hombre, sin embargo, era una voz desconocida, no pertenecía a mi hermano.

De pronto fue como si estuvieran drenando todo el calor de mi cuerpo, un frío helador se apoderó de mis huesos y comencé a temblar. Sentí cómo el color iba abandonando mi cara y las

ideas se agolpaban en mi cerebro que intentaba desesperado procesar las palabras que llegaban a través del teléfono: colisión, herido, hospital.

Intenté hablar, pero las frases balbuceantes perdían sentido antes de salir de mi boca. Lo siguiente que sentí fue la calidez de un fuerte brazo rodeándome, mientras con delicadeza, la otra mano, soltaba el teléfono de mis dedos crispados para, sin dudar en ningún momento, ocupar mi lugar en el aparato.

A partir de ese momento las horas transcurrieron como un borrón, mientras me sumía en la preocupación y la ansiedad por conocer el estado de mi hermano; los recuerdos mezclados como en una nebulosa. Sentada quieta como una muñeca desmadejada en el borde de la cama de mi habitación, donde Derek me había llevado nada más colgar el teléfono, mi conciencia sobrevolaba la estancia, disociada de mi cuerpo observando como una mera espectadora mientras él se hacía cargo y asumía el mando de la situación.

Apenas fui consciente de las diferentes llamadas y decisiones que adoptó. Creí haber oído que llamaba al aeropuerto para comprobar a qué hora salía el primer vuelo con destino a Madrid. Recuerdo vagamente verlo moviéndose por la habitación sacando ropa de los cajones y el armario. Y también que me preguntaba si había alguna persona a quien pudiese llamar para que fuera al hospital hasta que llegásemos nosotros.

Durante esas horas Derek fue la constante que me mantuvo a flote. La presencia segura y serena a mi lado que me envolvía en su fuerza y calidez impidiendo que me derrumbara.

Diez

Abrí los ojos despacio. Sentía los párpados pesados. La oscuridad era casi total en el habitáculo del Range Rover, solo la mitigaba las tenues luces que iluminaban el cuadro de mandos. El silencio me rodeaba y por un breve instante experimenté una engañosa calma que al momento fue barrida como el humo arrastrado por el viento cuando los recuerdos de las últimas horas volvieron a mí.

Derek me miró desde el asiento del conductor. Los ángulos de su rostro se perfilaban en la oscuridad de la noche y le daban cierta aura de misterio.

—¿Cómo te encuentras? ¿Has podido dormir algo?

—Un poco. —Inspiré profundo y me recosté en el asiento con los ojos cerrados.

—Quedan unos treinta kilómetros para llegar a Madrid —me informó.

Me giré hacia él y esperé hasta que volvió la vista hacia mi asiento.

—No sé cómo agradecerte todo lo que estás haciendo por mí. —Coloqué la mano sobre su antebrazo.

—No tienes nada que agradecer. —Su mano cubrió la mía y la acarició—. ¿Crees que te hubiera dejado conducir sola hasta Madrid? Cariño, yo cuido de lo que me importa y el próximo avión no salía hasta primera hora de la mañana; te hubieras muerto de la inquietud. Además, mis motivos no son tan altruistas; mi complejo de caballero andante no hubiera podido resistirlo.

Esbocé una pequeña sonrisa consciente de que bromeaba intentando aligerar mi tensión.

Giramos en una calle y ante nosotros apareció la enorme mole de cemento y cristal que ocupaba el hospital. Seguimos las señales que indicaban el camino hacia la zona donde se encontraba ubicado el aparcamiento del servicio de urgencias. Derek aparcó en la primera plaza libre que encontró, sin preocuparse de que fuera mucho más estrecha de lo que se recomendaría para un coche como el Range Rover, y sacó la llave del contacto.

Indecisa, me detuve con la mano apoyada en el tirador de la puerta, mientras miraba a través de la ventanilla el mostrador de admisión que se divisaba a través de las puertas correderas de cristal de la entrada. Tras ellas las dos puertas abatibles que franqueaban el acceso a la zona de enfermos se acababan de cerrar detrás de dos enfermeros que empujaban una camilla. La imagen de mi hermano, tumbado en una de esas camillas traspasando esas mismas puertas, mientras su vida pendía de un hilo, se clavó en mi mente como un alfiler. Me quedé en blanco, no podía oír ni ver nada, solo esa atroz imagen repitiéndose una y otra vez en mi cabeza. Y de pronto, sentí que me ahogaba. Mi respiración se volvió superficial y por más que lo intentaba no conseguía llevar aire suficiente a mis pulmones.

No podía estar pasando, no de nuevo, no podía perder a nadie más. El miedo, la rabia, la impotencia, esos sentimientos que tan familiares se habían hecho para mí durante la enfermedad de mi madre, habían atacado con fuerza otra vez tras el abandono de Aarón; aunque en ese caso el dolor tan intenso de la pérdida abrió una herida diferente con un escozor que me carcomía hasta no dejar nada, ya que ni siquiera podía refugiarme en el duelo puesto que no había sido el destino quien me lo había arrebatado, sino que fue él quien eligió traicionar mi amor. Y ahora, todos esos sentimientos se enroscaban de nuevo en mi pecho ahogándome.

La voz calmada de Derek sonó en mi oído.

—Respira, Valeria.

Con tono tranquilo y suave repetía la frase una y otra vez como si fuera una letanía. Sus manos marcaban una cadencia cálida al deslizarse arriba y abajo por mi espalda y los latidos de

mi corazón se fueron acompasando a ella. El pánico comenzó a ceder.

Inspiré y espiré hasta que el oxígeno volvió a recorrer mis pulmones.

Derek se apartó.

—¿Estás lista? —Buscó mis ojos—. Eres fuerte, puedes hacerlo. Y me tienes aquí. Estoy contigo, no me voy a apartar de tu lado ni un segundo.

Me reconfortó que no emplease ninguna de las habituales trilladas frases vacías de contenido. No quería escuchar a nadie decirme que todo iba a ir bien. No quería albergar unas esperanzas cuando menos inciertas y que en muchos casos eran totalmente falsas. La vida se había encargado de demostrarme que nadie se encuentra a salvo del sufrimiento. Las tragedias ocurren sin más. Me conformaba con saber que iba a estar a mi lado, su presencia me reconfortaba y en ese momento ni podía ni quería pensar en los motivos.

Logré recomponerme un poco y asentí sin dejar de mirarlo.

—Bien, entonces vamos. —Bajó del coche, llegó hasta mi puerta, la abrió y me tomó de la mano.

Caminó con paso firme hacia las puertas de acceso mientras yo solo podía dejarme guiar. En ese momento era mi faro en la tormenta. Necesitaba apoyarme en él y alimentarme de su fuerza. Más adelante ya me pararía a valorar las consecuencias.

A medida que nos acercábamos a la entrada, un ligero temblor comenzó a recorrerme. Derek apretó mi mano.

—Tranquila.

Tras pasamos las puertas de cristal y preguntamos en el mostrador de admisión. Nos indicaron que debíamos dirigirnos a la sala de espera que se encontraba situada unos metros más adelante en esa misma planta. La única información que pudieron facilitarnos fue que la ambulancia ya había llegado y que mi hermano estaba en manos del personal sanitario. También nos indicaron que en cuanto fuera posible un médico del equipo que lo estaba atendiendo saldría para darnos noticias de su estado.

La sala de espera del servicio de urgencias era un espacio aséptico, decorado en tonos neutros. Uno de los laterales estaba conformado por cristalerías opacas iluminadas desde el interior intentando crear una ilusión de luz natural. Dejé vagar la vista por la estancia hasta localizar a Laura. Estaba sentada en una fila de asientos pegada a la pared. Su expresión era de abatimiento y cansancio. Martín, a su lado, le sujetaba la mano.

Cuando alzó la cabeza y me vio, se puso en pie de inmediato y corrió hacia mí. Me solté del brazo que Derek mantenía firme a mi alrededor para salir a su encuentro y nos fundimos en un fuerte abrazo.

—Valeria, gracias a Dios que estás aquí.

—¿Cómo está? ¿Han dicho algo?

Negó con la cabeza.

—Aún no sabemos nada. Martín fue hasta el lugar del accidente en cuanto nos llamasteis. Habló con la policía. —Me miró con sus ojos verdes llenos de preocupación—. El coche debió de patinar y se salió de la calzada. Dio varias vueltas de campana. El vehículo está destrozado, los bomberos tardaron más de una hora en sacarlo...

No pudo acabar la frase sin desmoronarse. Los sollozos la sacudían. Martín se apresuró a llevarla contra sí para consolarla.

La cabeza me daba vueltas. Intenté mantenerme firme, pero fracasé; la realidad era demasiado desesperanzadora y las lágrimas que durante horas había conseguido retener comenzaron a escapar de mis ojos en torrente. Derek me envolvió en su calor y me apretó contra su pecho,

acunándome como a una niña pequeña.

Las puertas de la sala se abrieron.

—¿Familiares de Eric Peñalver?

Los cuatro nos volvimos de inmediato al oír el nombre de mi hermano.

Un médico joven cruzó la sala aproximándose. Su rostro no demostraba emoción alguna. Todas mis terminaciones nerviosas se pusieron alerta. El rugir de la sangre corriendo a toda velocidad por mis venas era un latido sordo en mis oídos. Recorrí con rapidez el espacio que nos separaba hasta quedar delante de él, seguida de cerca por Laura, Martín y Derek.

—¿Son ustedes los familiares de Eric Peñalver? —preguntó en tono profesional.

—Sí, soy su hermana. ¿Está...? —No pude continuar, la voz se me quebró.

—Por el momento está estable —me tranquilizó—. Ha sufrido una conmoción cerebral, fractura de clavícula y de varias costillas, y contusiones y laceraciones en el rostro y extremidades. Parece que no tiene hemorragias internas, pero para asegurarnos durante veinticuatro horas lo mantendremos en observación en la unidad de cuidados intensivos hasta ver cómo evoluciona. El horario de visitas por las mañanas es de doce y media a una y media, y por las tardes de seis y media a siete y media. Las visitas solo pueden realizarse de dos en dos. Les aconsejo que se vayan a casa hasta entonces y descansen un rato, aquí no pueden hacer nada. Si hubiese cualquier cambio en estas horas, los avisarían de inmediato en el teléfono de contacto que han indicado en admisión.

—Está bien. Muchas gracias, doctor.

El médico asintió con un gesto y siguió su camino.

El alivio fue abriéndose paso entre las capas de angustia que oprimían mi pecho. Me recosté contra el cuerpo de Derek, que no se había movido de mi lado, y él me envolvió en sus brazos. Cuando mis emociones estuvieron de nuevo bajo control abandoné el refugio que me proporcionaba su abrazo y me dejé caer en uno de los asientos.

Laura se acercó, se sentó a mi lado y me rodeó con uno de sus brazos dejando descansar su cabeza contra la mía. Me conocía lo suficiente para saber que no tenía intención de moverme de esa sala de espera hasta que pudiera ver a mi hermano.

—Val, cielo, lo mejor es que nos vayamos a casa. Aquí no puedes ayudar y todos necesitamos descansar. Tienes que reponer fuerzas para cuando Eric salga de la UCI —dijo con suavidad.

Martín se unió haciendo frente común con Laura.

—Valeria, si te quedas, nos vas a obligar a quedarnos contigo y así lo único que vamos a lograr es estar todos agotados cuando Eric realmente nos necesite. Por favor, no seas cabezota esta vez y haznos caso.

Miré sus rostros cansados y llenos de cariño. Ellos querían a Eric tanto como yo y tenían razón: allí no iba a poder hacer nada. Aunque una parte irracional de mi cerebro insistía en que debía quedarme al lado de mi hermano, lo cierto era que lo único que conseguiría insistiendo sería perjudicar más que ayudar; ya estábamos todos lo suficientemente exhaustos para añadir unas cuantas horas más de inútil espera en esas incómodas sillas.

—Tenéis razón, no tiene sentido. Durmamos un poco y por la mañana volveremos a la hora de visita a ver qué novedades hay —dije incorporándome.

Caminamos todos juntos y en silencio hacia la puerta. Una vez en la salida, me detuve y me fundí en un abrazo con Martín y Laura.

—Gracias por todo. No sé qué haría sin vosotros. —Las lágrimas volvían a rodar por mis mejillas.

—Cariño, para eso está la familia —dijo Laura dándome un beso.

Y así era, no teníamos la misma sangre, pero nuestros lazos eran tan fuertes como los de una familia de verdad.

—¿Necesitas que te llevemos? —ofreció Martín.

—Gracias, pero estáis agotados. Id a casa, Derek me acercará.

No me hizo falta consultarle, estaba segura de que así sería.

Los abracé de nuevo y me despedí. Caminamos por el aparcamiento. La noche era fría y comencé a tiritar. Derek pasó un brazo sobre mis hombros y me llevó contra él.

Ya en el coche, le di la dirección de mi casa para que la introdujese en el navegador y me hundí en el asiento, agotada. Hicimos el camino en silencio. Cuando llegamos a mi edificio, pulsé el botón de apertura de la puerta del garaje.

—Puedes dejarlo en esa plaza. Es para las visitas.

Derek no hizo ninguna pregunta, se limitó a aparcar y a seguirme hasta el ascensor.

Deslicé la llave en la cerradura y encendí la luz del recibidor. Dejé caer el llavero sobre la repisa de cristal del taquillón que dominaba el espacio y me dirigí a mi habitación para deshacerme de los zapatos y el abrigo.

Derek esperaba de pie en el salón cuando regresé.

—Será mejor que me vaya, ha sido una noche muy larga. —Se acercó a mí y me retiró el pelo de la cara en una caricia llena de ternura—. Mañana vendré a buscarte para ir al hospital. —Me besó en la frente y se giró para marcharse.

—Quédate, por favor. —Tomé su mano.

Se volvió y me miró como si buscara algo en mis ojos que le indicara lo que debía hacer. Lo debió encontrar, porque asintió y me dejó guiarlo hasta mi habitación.

Saqué mi pijama de debajo de la almohada y me dirigí al cuarto de baño a cambiarme y lavarme los dientes. Cuando regresé a la habitación Derek se había quitado la camisa y se encontraba sentado en la cama desabrochándose las botas. Me deslicé a su lado en el espacio libre y al poco sentí el siseo de las sábanas al levantarse y el peso de otro cuerpo hundiendo el colchón. Notaba el calor de su piel, aunque no me rozaba. Me eché hacia atrás, hasta que mi espalda tocó su pecho. Durante un momento sentí la rigidez que tensó todos sus músculos, pero al instante se relajó y me atrajo más hacia su cuerpo rodeándome la cintura con su brazo. El agotamiento producido por la tensión y el bajón de adrenalina no me permitía mantener los ojos abiertos. Lo último que mi cerebro registró, mientras me adentraba en el mundo de los sueños, fueron los labios de Derek rozando mi pelo y la sensación de sentirme a salvo entre sus brazos.

El aroma a café jugueteó en mi nariz haciendo que mis neuronas, poco a poco, fuesen volviendo a la vida. Aunque nunca lo tomaba, su olor me resultaba reconfortante, sobre todo por las mañanas. En esos momentos cuando tu cuerpo está laxo, rodeado del calor de las sábanas, y tu mente, aún en calma, comienza a espabilarse me olía a hogar, trayéndome recuerdos de cientos de mañanas de domingo en las que me despertaba ese mismo olor y, guiada por él, entraba en la cocina de la casa de mis padres para encontrarlos conversando en perfecta armonía. Tenía esa imagen grabada en la retina, la dulce sonrisa de mi madre y la ternura de mi padre, mientras le acariciaba la mano en un gesto casi inconsciente, sus ojos rebosantes de amor. Eso era lo que siempre había pensado que tendría en mi futuro, pero me equivocaba. Ahora sabía que esa clase de amor era casi imposible de conseguir.

En cuanto me despejé, mis pensamientos volaron hacia mi hermano. No habíamos tenido ninguna noticia desde que nos marchamos del hospital. Me sentí más animada, en este caso la falta de noticias suponía buenas noticias.

Miré el reloj que tenía en la mesilla y vi que eran cerca de las diez y media. Había dormido algo más de cinco horas en un reposo sin sueños. Aun así, me sentía cansada. Me estiré y mi cuerpo dolorido se quejó como si hubiera corrido una maratón; efectos secundarios de la tensión de las últimas horas. Noté las sábanas arrugadas al otro lado de la cama y mi mente se centró en Derek.

Se estaba portando de maravilla. Se había hecho cargo de todo, había estado a mi lado en todo momento y me había sostenido y reconfortado cuando lo necesité. Sin duda existía mucho más debajo de la imagen del exitoso y duro ejecutivo que reflejaban los medios. Era un hombre fuerte y seguro de sí mismo, al que no le temblaba el pulso para conseguir lo que quería, pero también era leal y cariñoso. Era la clase de hombre que podía meterse bajo tu piel sin que te dieras cuenta, eso lo convertía en alguien peligroso y me recordaba que debía mantenerme alerta.

Salí de la cama, el tacto suave de la madera pulida acarició mis pies. Me retorcí el pelo en un nudo en lo alto de la cabeza para retirar los mechones alborotados que cosquilleaban en mi cara y me dirigí a la cocina. Me detuve unos segundos en la puerta y examiné la imagen del hombre sentado a la mesa leyendo el periódico con una taza de café en la mano. Su semblante estaba relajado, debía haber tomado una ducha, porque aún brillaban algunas gotas en su pelo y se había cambiado la ropa de la noche anterior por unos vaqueros desgastados y una simple camiseta blanca. Esa escena cotidiana, tan común y doméstica, removió algo en mi interior. Un sentimiento de nostalgia me atrapó, haciéndome añorar otros días de momentos corrientes compartidos. Sin embargo, había algo más mezclado con ese sentimiento, algo que me asustó horrores y que identifiqué como anhelo. Anhelo por tener eso a diario.

Como si me hubiese presentido, Derek alzó la vista del periódico. Una sonrisa cálida apareció en sus labios cuando me vio apoyada en el marco de la puerta.

—Buenos días. Pensé que dormirías un rato más, aún hay tiempo hasta las doce y media.

Se levantó de su asiento y se acercó a mí que no me había movido, demasiado sorprendida por las sensaciones que me habían asaltado instantes antes.

—¿Cómo estás? ¿Has podido descansar?

Su voz contenía un matiz de ternura y sus ojos escrutaban mi rostro con una chispa de preocupación.

—Algo, aunque todavía me encuentro cansada. Me duele todo el cuerpo.

Me colocó tras la oreja un mechón de pelo que se había escapado de mi moño improvisado y el contacto de su mano en mi piel fue como una descarga que me sacó de mi estado de inercia. Me erguí y lo rodeé, queriendo escapar de su cercanía, pues no me veía capaz de lidiar con ella, mientras esas intensas emociones se agitaban en mi interior. Avancé hasta la mesa y me dejé caer en una silla.

—Ha llamado tu padre hace un rato. Ha dicho que ya venía de camino para Madrid y que te veía en el hospital. Quería ir directo para allá.

—¿Has hablado con mi padre? —No sabía por qué, imaginarlo hablando con mi padre me alteraba.

—Sí, ha llamado a tu móvil. Me pareció que podía ser importante, dadas las circunstancias, y lo cogí. Espero que no te haya molestado. —Me miró por encima del hombro a la vez que sacaba la leche de la nevera.

Mientras observaba cómo Derek se movía con soltura por mi cocina, abriendo armarios y cajones, recordé que le había dejado un mensaje a mi padre la noche anterior poniéndolo al corriente de lo sucedido a mi hermano y tranquilizándolo acerca de su estado.

Derek dejó una taza con té americano encima de la mesa y un plato con dos suizos. Mi mirada

sorprendida pasó del plato a su rostro.

—Bajé a por algo de ropa y vi la panadería en la esquina. Supuse que te vendría bien un poco de azúcar para empezar el día —explicó quitándole importancia.

—Gracias —dije ahogando un gemido.

—De nada. —Me guiñó un ojo y se sentó de nuevo frente a su taza de café.

—No, de verdad, gracias. No sé qué habría hecho si a Eric le hubiese pasado algo y no sé qué habría hecho si tú no hubieras estado conmigo en ese momento. —Bajé la mirada a la taza que sostenía entre mis manos intentando contener las lágrimas, la tensión vivida me tenía con los sentimientos a flor de piel y las atenciones de Derek habían conseguido emocionarme. Mi mente era un total y absoluto caos emocional.

—Eh, eh. Nada de lágrimas. —Se arrodilló junto a mí y secó la humedad de mis mejillas con sus pulgares—. No hay motivos para llorar, son solo unos cuantos huesos rotos. Una temporada de reposo y tu hermano estará bien.

—Ya lo sé, perdona, cuando estoy agotada mi cabeza tiende al drama. —Esbocé una sonrisa compungida—. Pero estoy en deuda contigo, te he hecho dejar todas tus cosas por acompañarme.

Advertí cómo algún tipo de intensa emoción centelleaba en sus pupilas antes de que Derek consiguiera ocultarla.

—Valeria, mírame a los ojos y escucha con atención, porque quiero que entiendas bien lo que voy a decirte. Quiero que te quede claro más allá de toda duda. —Sujetó mi cara entre las palmas de sus manos y acercó su rostro hasta que quedó frente al mío—. En este momento no hay nada, y repito, nada, más importante para mí que estar aquí contigo. Si me necesitas siempre me vas a tener, yo no huyo de los problemas, los afronto y, si puedo, los soluciono. ¿Entendido?

Asentí, sintiendo cómo las lágrimas calientes se volvían a deslizar sobre mi piel, y los labios de Derek tomaban los míos en un beso dulce.

Once

Observé el color gris del cielo que había amanecido saturado de nubes que amenazaban lluvia. La plomiza claridad envolvía el día en una atmósfera de tristeza que combinaba a la perfección con la melancolía que me atenazaba. Estaba cansada, confusa y, por qué no reconocerlo, asustada. Asustada por el hecho de que podía haber perdido a mi hermano y confusa por lo que Derek despertaba en mí. Y toda esa maraña de sentimientos afectaba a mi estado de ánimo.

Derek me miró, mientras caminábamos por los silenciosos pasillos hacia la UCI.

—¿Ocurre algo? Has estado muy callada desde que hemos salido de tu casa.

—No, solo estoy algo nerviosa por ver cómo se encuentra Eric —mentí no queriendo hacerlo partícipe de mis más profundos sentimientos. Al menos, lo que le había dicho era una parte de la verdad.

—No creo que haya motivo para que estés preocupada. Según dijo el médico ayer se encontraba fuera de riesgo. Todo va a estar bien, confía en mí. —Apretó mi mano y se la llevó a los labios para besar la palma.

Esbocé una pequeña sonrisa y asentí, fingiendo una tranquilidad que no sentía y que solo tenía que ver en parte con el estado de Eric.

Giramos por el pasillo a la derecha y una sensación de alegría mezclada con alivio me invadió cuando reconocí la figura alta y recia parada frente a uno de los médicos. Estaba de espaldas a nosotros y mi mirada recorrió con amor esos anchos hombros que tantas veces me habían transportado cuando era niña. A pesar de su edad, mi padre seguía siendo un hombre imponente. Además de ser la persona en la que yo más confiaba en este mundo.

Llegamos a su altura justo cuando se despedía del doctor con un breve apretón de manos. Se giró y se pasó la mano por su espeso cabello entrecano. Todavía no nos había visto. Aunque normalmente parecía más joven, la preocupación que reflejaba su rostro hacía que ese día aparentase cada uno de los sesenta y siete años que tenía. Levantó la mirada y sus ojos se encontraron con los míos. Una sonrisa llena de amor apareció en su cara y en un segundo lo tuve junto a mí.

—Mi niña. —Me acogió en sus fuertes brazos y sentí que parte de la tensión me abandonaba.

—Hola, papá. —Lo besé y el familiar olor de su colonia me envolvió devolviéndome otro poco de paz.

—¿Cómo está? —Señalé con un gesto hacia la sala que se abría detrás nuestro, donde mi hermano descansaba en una cama.

—El médico dice que sigue estable y que no hay indicios de que tenga ninguna lesión interna. La conmoción cerebral no parece que haya producido daños graves, así que podemos considerar que está fuera de peligro. Si su estado se mantiene así, en unas horas lo subirán a una habitación. Le han administrado unos calmantes para los dolores y ahora está dormido.

Me sentía tan aliviada que tenía ganas de llorar. La vista se me nubló y mis ojos vidriosos me delataron. Mi padre me atrajo de nuevo a sus brazos.

—Ya pasó, pequeña, ya pasó —murmuró contra mi pelo.

—Estaba tan asustada. Eric y tú sois lo único que tengo, no podía perderlo a él también —sollocé en su hombro.

—Lo sé, mi niña. Pero tu hermano está bien, solo un tanto magullado, así que déjalo ir. Ya no hay motivo para tanta angustia —aseguró secándose las lágrimas que resbalaban por mis

mejillas.

Me separé de esa calidez que me era tan conocida y sonreí. Ese era mi padre, siempre poniendo las cosas en perspectiva. Reparé en que estudiaba sin ningún disimulo a Derek, que se había mantenido unos pasos atrás para darnos intimidad, y recordé que no se conocían más allá de una breve conversación telefónica.

—Papá, él es Derek Blackwell.

—Encantado, Señor Peñalver. —Se dieron un breve apretón de manos.

—Manuel, por favor, las fórmulas de cortesía me hacen sentir viejo —explicó con una sonrisa afable.

—Manuel, entonces —convino Derek sonriendo a su vez.

Sin duda mi padre sentía curiosidad, a juzgar por la expresión de su cara, por lo que decidí adelantarme antes de que me pusiera en un compromiso con alguna de sus preguntas directas.

—Trabajamos con Derek en un proyecto para renovar dos hoteles en el Norte. Estábamos visitando uno de ellos, en Asturias, cuando me llamaron. Me encontraba muy nerviosa y Derek ha sido muy amable al acompañarme —expliqué tratando de parecer desapasionada, aunque era consciente de que para mí había supuesto mucho más que un mero transporte y que Derek no lo había hecho por sentirse obligado por algún tipo de cortesía profesional; esto iba más allá.

—Bien, entonces debo agradecerte que hayas cuidado tan bien de mi niña —ofreció mi padre palmeando a Derek en la espalda con afecto.

—No tiene por qué, tengo por norma cuidar bien de lo que aprecio...

Abrí los ojos alarmada al escuchar sus palabras.

—Y la ayuda de Valeria y Eric está siendo inestimable en este proyecto —concluyó con corrección.

Suspiré aliviada, aunque advertí cierto brillo calculador en los ojos de Derek.

Mi padre aceptó su comentario sin un gesto, sin embargo, su mirada me dijo que sabía que había algo más, lo había percibido. Para él yo era un como un libro abierto, nunca había podido engañarlo.

—Voy a entrar a ver a tu hermano, ¿vienes, pequeña? —Señaló con un gesto de la cabeza hacia la sala de cuidados intensivos.

—Sí, dame un minuto.

Asintió y se encaminó hacia las puertas dobles que separaban la estancia del pasillo.

Me giré hacia Derek, que miraba algo en la pantalla de su teléfono, y en ese momento fui consciente de que ya no había ninguna razón que lo retuviera en Madrid, excepto yo y su exagerado instinto protector, y me sentí culpable.

También descubrí en ese momento que no quería que se fuese. A pesar de las circunstancias y del caos de emociones que me provocaba, todavía podía sentir la huella de la tensión, de ese algo que había crecido entre nosotros en las últimas semanas. Y, aunque era consciente de que tenía fecha de caducidad, Derek volvería a su vida y sus negocios en algún momento, no quería renunciar a ello sin haberlo empezado. Sin embargo, tampoco quería ser egoísta o incluso ponerlo en una situación incómoda. Ni siquiera sabía si explorar esa atracción mutua entraba ya en sus planes. De pronto, esa posibilidad hizo que la decepción provocase una presión desagradable en mi pecho.

—Necesitas algo antes de que me vaya.

La voz de Derek interrumpió mis pensamientos.

—No, no te preocupes. Estaremos aquí hasta que termine la hora de visita y luego me imagino que mi padre querrá ir a dejar sus cosas a casa de Eric. No creo que seamos capaces de

separarlo de su lado en los próximos días —aclaré con un nudo en la garganta. Tenía que hacerlo, decir las palabras que lo eximiesen de cualquier obligación que se hubiese creado hacia mí, pero me costaba encontrarlas.

—Bien, entonces me marchó. —Se inclinó y me dio un pequeño beso en la mejilla.

Me quedé inmóvil sintiendo cómo el calor de sus labios me abandonaba y esa sensación de abandono se extendía por mi pecho.

Derek examinó la expresión abatida de mi rostro, a medio camino entre la decepción y el pesar, y arqueó una ceja.

—¿Qué ocurre? —preguntó y un pequeño ceño de preocupación apareció en su cara.

—Nada. —Esbocé una sonrisa que no me llegó a los ojos intentando disimular lo mucho que me afectaba su marcha, porque en mi cabeza ya la estaba viendo como una despedida y no una cualquiera, sino «la despedida». No hemos tenido tiempo de hablarlo, pero si no tienes inconveniente, quería tomarme unos días hasta que Eric esté mejor antes de reincorporarme al proyecto. Te puedo llamar cuando lo tenga todo resuelto. —Lo había hecho, le había puesto en bandeja la puerta de salida.

La mirada burlona que apareció en los ojos de Derek me desconcertó.

—O si prefieres podemos enviar el nuevo *planning* a tu oficina —insistí, por si no había sido suficiente.

Una sonrisa depredadora se perfiló en sus labios.

—Así que es eso —comenzó, mientras daba un paso hacia mí invadiendo mi espacio personal—. Crees que ya he cumplido y que vas a poder deshacerte de mí. —Negó con la cabeza, a la vez que sus comisuras se alzaban un tanto más y se acercaba para susurrar en mi oído—. Demasiado fácil. No pienso alejarme de ti por ahora, así que vete acostumbrando. Ya te dije que no soy de los que abandonan.

Observé sus ojos, mientras intentaba discernir si su afirmación era una promesa o una amenaza.

—Te llamo más tarde para ver qué tal va todo. —Rodeó mi cintura con su brazo y me atrajo hacia él. Recorrió con su mirada unos segundos mi rostro y con una sonrisa satisfecha dejó caer un beso suave justo en el borde de mis labios.

Permanecí en el pasillo viendo cómo se alejaba y no pude evitar un ramalazo de satisfacción al saber que no iba a marcharse, al menos no todavía.

—¿Va todo bien, pequeña?

La voz de mi padre se impuso al bullicio de la cafetería.

—¿Decías algo, papá? —Levanté la vista del contenido del vaso al que llevaba rato mirando sin ver.

—Decía que pareces distraída. —Cubrió mi mano con la suya—. ¿Va todo bien? —interpeló de nuevo.

«Bien», repetí; era una buena pregunta. En apariencia sí, todo iba bien. Eric estaba mejor, y poco a poco se iría recuperando —tras pasar algo más de veinticuatro horas en la UCI, lo estaban preparando para subirlo a una habitación— y el resto de mi vida seguía igual; mi trabajo, mis amigos. Todo salvo Derek. Las horas en el hospital se hacían eternas y estaba teniendo mucho tiempo para pensar. Todo había cambiado en los últimos días. Sentía el cosquilleo de algo nuevo, no podía definirlo todavía. Y me empezaba a parecer que cualquier tipo de intimidad entre nosotros quizá no fuese buena idea. No estaba muy segura de poder manejarlo sin implicarme más de lo que ya lo había hecho. Por otra parte, disfrutaba de su presencia, de su fuerza y su

ternura y aún no estaba preparada para dejarlo ir. Las cosas se estaban complicando demasiado.

—Sí, solo es un poco de cansancio acumulado. —Sonreí y tapé su mano con la que me quedaba libre apresándolo entre mis palmas—. He dormido poco y los nervios me tenían agotada.

—Deberías ir a descansar un rato, no tienes buena cara. —Me acarició la mejilla con ternura.

—Ni lo pienses. No pretendo moverme de aquí. —Me aferré a su brazo y recosté la cabeza sobre su hombro.

—Está bien. No voy a insistir. Ya sé que a cabezota no te gana nadie, lo llevas programado en los genes. Eso sí, esos son de la rama materna —afirmó besando mi coronilla.

—¿Interrumpo algo?

La voz risueña de Laura me llegó desde atrás y alcé la cabeza. Esbocé una sonrisa a modo de saludo.

—Nada de eso. —Mi padre ya se estaba levantando para besarla—. ¿Tú te has visto? Estás preciosa. —Se separó un paso con las manos de mi amiga y socia entre las suyas para observarla mejor.

—Muchas gracias, Manuel. Contigo da gusto. Haces que se me eleve el ego —rio divertida, mientras se acomodaba en una de las sillas libres alrededor de la mesa.

—¿Has venido sola? —Me extrañaba no ver a Martín.

—No, me ha traído Martín. —Me pareció que su expresión se volvía más sombría por un segundo, pero acto seguido esbozó una sonrisa—. Justo cuando hemos llegado subían a Eric a planta. Estaba despierto, así que se ha quedado con él y yo he bajado a buscarlos.

—Entonces será mejor que vaya —anunció mi padre levantándose de su asiento—. Todavía no he tenido ocasión de echarle a mi hijo una buena reprimenda por el susto que nos ha dado. —Nos guiñó un ojo—. Os espero arriba.

Permanecí un instante mirando el asiento vacío que había dejado mi padre y aunque sabía que bromeaba en lo referente a la reprimenda, no pude evitar pensar en el sufrimiento que, como padre, le habría causado la noticia del accidente. Suspiré, volviendo mi atención hacia Laura, lo peor había pasado y Eric estaba bien, eso era lo importante.

Observé a mi amiga que parecía estar también sumida en sus pensamientos.

—¿Te apetece un café? —Mi voz la sacó de su ensimismamiento.

Fijó su mirada en mí y asintió con una sonrisa.

—Si no te importa, sí. Estoy muerta. Casi no he pegado ojo. —Estiró los brazos por debajo de la mesa con disimulo—. ¿Y tú? ¿Cómo estás?

Parecía ser la pregunta del día.

—Tampoco he dormido mucho. —Me levanté para ir a la barra.

Laura asintió y volvió a sumirse en sus pensamientos, mientras me alejaba.

Volví con un café para Laura y una Coca-Cola para mí y me senté de nuevo. Mi amiga me miró en silencio con una expresión misteriosa, mientras se echaba el azúcar y lo removía. Sacó la cucharilla de la taza y la apoyó en el plato. Luego alzó las cejas en un gesto interrogativo y esperó.

La situación me empezaba a poner de los nervios. La conocía lo suficiente para saber que era una experta en manipulación, no en vano utilizaba sus habilidades a diario, era una parte de su profesión y en ese momento estaba tratando de usarlas conmigo. Era consciente de que quería sonsacarme algo y podía imaginarme sobre qué versaba ese algo. Sin duda, pretendía desconcertarme para que le contase lo que quería saber.

—¿Piensas seguir así mucho rato? —dije con voz de hastío y una sonrisa burlona, haciéndole

saber que ya conocía su juego.

—Solo el tiempo suficiente para que me cuentes lo que hay entre tú y nuestro estimado y muy valorado cliente, Derek Blackwell —repuso maliciosa devolviéndome una pequeña sonrisa.

Justo lo que yo pensaba, quería hablar sobre Derek, precisamente el último tema sobre el que a mí me apetecía charlar. Claro, que nuestros gestos el día anterior habían sido lo bastante elocuentes como para que no me tuviese que molestar siquiera en intentar negar delante de Laura que había algo entre nosotros diferente a una mera relación profesional. Y teniendo en cuenta quién era mi interlocutora, podía tener seguro que no me iba a dejar en paz hasta que le contase lo que quería saber. Suspiré resignada y me dispuse a relatarle los hechos. ¿Quién sabía? Quizá el hablar de ello me ayudase a aclararme.

—«Haber», en el sentido estricto de la palabra, podría decir que no hay nada —comencé.

Laura alzo una ceja con cara de «ve a otro con ese cuento» y esperó a que prosiguiese.

—Derek está interesado en mí y cuando digo interesado me refiero en el sentido físico. Y yo la verdad es que me siento atraída hacia él —continué—, por lo que, mientras estábamos en Asturias decidí que podría ser buena idea romper toda la tensión sexual que había entre nosotros y de paso disfrutar un poco con ello. Hubieran sido unos pocos días y luego si te he visto no me acuerdo. Cada uno volvería a su vida sin mayores consecuencias.

Laura me miraba en silencio analizando lo que había dicho y seguro que lo que no había dicho y ella había leído entre líneas, también. Nos conocíamos demasiado bien.

—Ya veo. ¿Y eso tú cómo lo sabes? —Se irguió en la silla y cruzó los brazos sobre el pecho adquiriendo una expresión cauta.

—¿Que cómo sé el qué? —repuse confundida. Para mí estaba todo muy claro.

—Pues todo. Cómo sabes que solo quiere algo físico de ti y que vuestro rollo...

Puse mala cara, nunca me había gustado esa palabra para definir una relación, aunque esta solo fuera algo trivial entre dos personas.

—Vale, ¿te gusta más romance? o ¿prefieres aventura? Porque a mí me suena un poco arcaico —advirtió divertida.

Sonreí.

—Perfecto, llamémoslo aventura pues, para que la señorita se sienta más cómoda —aceptó burlona—. Como iba diciendo, que cómo sabes que vuestra «aventura» —hizo comillas con los dedos— iba a ser solo eso, algo rápido, superficial y sin implicaciones emocionales. Y lo que es más importante ¿por qué usas como tiempo verbal el pasado para hablar de ello?

—Creo que está todo bastante claro. Yo ni puedo ni quiero implicarme emocionalmente con nadie, sabes que eso es imposible para mí. —Miré a mi amiga unos segundos a los ojos para que pudiera ver en mi interior—. Ya no soy capaz de confiar, ni de darme. Además, con todo esto, puede que nuestro momento haya pasado —expliqué convencida de mis argumentos.

Laura se pasó un mechón de pelo tras la oreja y se acomodó en la silla.

—Está bien. Ahora te voy a explicar cómo lo veo yo. —Se llevó la taza a los labios, dio un sorbo a su café y volvió a apoyar la taza con suavidad en el plato. Luego la apartó unos centímetros—. Veo a un tipo increíble, guapo y cariñoso que ha dejado todas sus obligaciones sin dudarle un momento por ti; por acompañarte, consolarte y cuidarte.

Abrí la boca para matizar sus palabras, pero Laura alzó su dedo a modo de advertencia, por lo que me mordí la lengua y esperé a que acabase con su argumentación.

—Créeme si te digo que alguien como Derek Blackwell no hace eso si no tiene un interés más allá del sexual. Y desde luego, te puedo asegurar, amiga mía, que ese interés no ha desaparecido ni se ha esfumado lo más mínimo, es más que evidente en cómo te mira y te toca. Te protege,

pero con la misma delicadeza que si fueras una joya o una pieza muy valiosa.

La miré desconcertada, se había vuelto loca.

—Cielo, creo que estás convirtiendo una cosa real y sencilla como un poco de atracción en el argumento de una novela romántica —me mofé con cariño.

—Y yo creo que tú intentas frivolizarlo todo por miedo a volver a sentir, a que se abra una pequeña grieta en la muralla que has construido alrededor de tu corazón. Eso te aterroriza. Aunque en mi opinión llegas tarde, cariño. —Se acercó y me miró a la cara con un afecto verdadero—. Porque ese hombre no solo ha roto el muro, sino que está consiguiendo pasar a través de él.

Durante unos instantes dejé que las palabras de Laura calaran en mí, sabiendo en lo más profundo, aunque quisiera negarlo con todas mis fuerzas, que tenía razón.

Terminamos nuestras bebidas y abandonamos la cafetería.

—¿Quieres un consejo?

El ascensor iba vacío salvo por nosotras dos. Laura me observaba apoyada en la pared frente a mí.

Quité los ojos de la pantalla que iba marcando el pasar de las plantas y la miré a la vez que asentía.

—Suelta amarras, sé valiente y disfruta sin pensar en nada más. Deja que lo que tenga que pasar, pase. —Me besó con cariño y salió del ascensor que se había detenido y abrió sus puertas.

La puerta de la habitación quinientos veinticinco permanecía entornada y de su interior salía un rumor de voces. Esbocé una sonrisa al distinguir el tono grave de mi hermano. Empujé la hoja de madera con suavidad y accedí al interior del cuarto seguida por Laura. Eric reposaba tumbado en la cama, con mi padre sentado en una butaca a su lado y Martín, unos metros a su derecha, ocupando una de las tres plazas de un sofá situado bajo un ventanal que daba luz a la habitación. Justo en ese momento comenzó a reír por algo que había dicho nuestro socio, pero al instante una mueca de dolor crispó su rostro y su mano fue derecha a sus costillas.

—Yo diría que es un poco pronto para tanta juerga —lo amonesté con cariño, mientras me acercaba a la cama.

Volvió la cara hacia el lugar de donde provenía mi voz y esbozó una sonrisa.

—Bueno, ya ves que, aunque quiera, este cuerpo achacoso no me lo permite. —Se quedó mirándome sin decir una palabra más esperando mi reacción.

Me senté en el borde de la cama y examiné su rostro. Tenía varios cortes y golpes con tonalidades que iban desde el malva hasta el púrpura intenso. Miré sus ojos oscuros, iguales a los míos, y el amor con el que me observaban y me eché a llorar.

Eric me abrazó llevándome contra él y rodeándome con cuidado con el brazo que tenía ileso.

—Shh, Val, estoy bien, estoy bien —murmuró la frase una y otra vez contra mi pelo hasta que logró calmarme un poco.

Me incorporé secándome las lágrimas y soltando aún algún que otro sollozo.

—Te prohíbo que vuelvas a darme un susto así, ¿entendido? —amenacé esgrimiendo mi dedo índice ante su cara, aunque con una sonrisa.

—Perfectamente claro, creo que con una vez ya he tenido suficiente —lo dijo con tono despreocupado, pero no se me escapó la tensión que endureció su expresión por un instante.

La experiencia me decía que no lo admitiría, pero que había sido un trance duro también para él. Me agaché y lo besé con cuidado de no hacerle daño en el rostro maltratado.

Doce

Mi boca se abrió en un nuevo bostezo. Me arrepentí al instante de no haber aceptado el ofrecimiento de Laura y Martín cuando anunciaron que iban a por unos cafés. Ahora, si quería espabilarme, no me quedaba otro remedio que levantarme e ir yo misma a por un té. Aunque pensándolo bien tampoco era tan malo, aprovecharía para estirar las piernas. Empezaba a sentirme entumecida de estar sentada en ese sofá.

Pregunté a mi padre y a Eric si querían algo y ante su negativa cogí el monedero de mi bolso y salí de la habitación. Bajé una planta por el ascensor y enfilé el pasillo para dirigirme a la zona donde se encontraban las máquinas de bebidas.

Doblé la esquina y, al fondo, divisé a Martín y a Laura que hablaban frente a la máquina de café. Esbocé una sonrisa y justo cuando estaba a punto de decir algo para hacer notar mi presencia, Laura se giró dejando a Martín con la palabra en la boca. Este, en un intento de retenerla, puso la mano sobre su antebrazo. Mi amiga se volvió de nuevo hacia él, muy despacio, como si ese único movimiento le supusiese toda su energía y cuando vi su rostro me preocupé. Tenía los rasgos desencajados y la boca apretada en una fina línea, nunca había visto una expresión igual en su cara, con tal mezcla de dolor y rabia. Sorprendida me detuve y semioculta por la pared observé la escena.

La voz de Laura me llegaba como un murmullo a través del silencio del pasillo.

—Suéltame, Martín. Ya te he dicho que no tenemos nada de lo que hablar.

—Esto es absurdo. —Martín retiró la mano, pero no se apartó.

—Tú lo decidiste así. —El tono de Laura era de clara acusación.

—Joder, Laura. De eso hace ya ocho años. —Se mesó el pelo con desesperación—. Éramos unos críos.

Laura lo observaba y el sufrimiento que reflejaban sus ojos me encogió el corazón.

—No puedes entrar y salir de mi vida a tu antojo. —Lo señaló con un dedo acusador—. Me dijiste que no querías perderme, que era tu mejor amiga, así que luché por mantenerme a tu lado, a pesar del dolor que me provocaba verte continuar con tu vida. Me esforcé en transformar lo que sentía en algo filial. Somos buenos amigos, los mejores. No puedes saltarte las reglas, ocho años después, de un plumazo.

—Las cosas han cambiado. Lo que siento por ti ha cambiado —murmuró Martín.

Laura negó y cuando habló su voz era pura tristeza.

—No me hagas esto, por favor...

En ese punto, decidí que mi invasión de la intimidad de mis amigos había llegado demasiado lejos. Sin hacer ruido, volví sobre mis pasos y regresé con mi hermano.

Diez minutos después Martín y Laura entraron de nuevo en la habitación. Ambos se comportaban con normalidad. Los estudié con disimulo y noté que existía entre ellos cierta tensión que antes no había advertido. Los conocía desde hacía años ¿cómo no me había dado cuenta? Vi cómo Martín desviaba la mirada varias veces hacia nuestra amiga y socia y suspiré. Al parecer no era yo la única que se movía en aguas turbulentas en el plano sentimental.

El resto de la tarde transcurrió tranquila. Martín y Laura se habían marchado tras un par de horas de acompañarnos, para dejar descansar al enfermo, y nos habíamos quedado mi padre y yo solos. Eric estaba bastante dolorido y le habían administrado varios calmantes que hacían que alternara el sueño con algún que otro momento en el que permanecía despierto. Su estado en

general, apenas cuarenta y ocho horas después del accidente, aunque muy magullado y con varias fracturas de costillas y clavícula, era bueno y la presión que sentía en el pecho fruto del miedo a perderlo se había desvanecido.

Un par de golpes suaves en la puerta me hicieron desviar la atención de las páginas del libro que estaba leyendo. Alcé los ojos y me sorprendió ver a Derek en el umbral. Me había llamado varias veces a lo largo del día para interesarse por el estado de Eric. Se había ofrecido, también, a recogerme para llevarme a casa, pero yo había declinado su oferta; quería pasar la noche en el hospital. Aunque al final mis planes habían cambiado —mi padre me había convencido, o más bien obligado, para que me fuese a casa puesto que en su opinión era totalmente innecesario que nos quedásemos los dos y él no pensaba moverse de allí—, Derek no lo sabía, no había querido molestarlo, bastante había hecho ya por mí. Por lo que había decidido que cuando me fuera tomaría un taxi hasta casa.

Dejé a un lado la tableta y salí al pasillo donde Derek aguardaba apoyado en la barandilla metálica. Estaba de espaldas, mirando por las enormes cristaleras que daban al jardín interior.

—Hola —lo saludé con una sonrisa colocándome a su lado, me alegraba que hubiera venido—. No te esperaba.

—Solo quería ver si necesitabas algo. —Se giró hacia mí—. ¿Cómo sigue Eric?

—Dolorido, pero bien. Es más que probable que mañana le den el alta.

—No sabes cuánto me alegra oír eso. —Sus labios se extendieron mostrando una sonrisa sincera—. ¿Y tú? ¿Cómo estás?

—Mucho más tranquila.

—¿Has cenado algo?

—Pues no. Pensaba prepararme algo cuando llegase a casa.

Derek cruzó los brazos sobre su pecho y alzó una ceja inquisitiva.

—Mi padre ha decretado que se va a quedar él esta noche y ha decidido prescindir de mi compañía. Derecho de veteranía ha dicho, que para algo él es el padre. —Me encogí de hombros—. Pretendía esperar un rato más y luego irme a casa —expliqué. Me sentía como una niña pequeña a la que hubieran pillado en una falta.

—Y pensabas irte....

—En taxi —respondí a la defensiva.

—Ya veo.

Sonreía, sin embargo, yo no lograba discernir si era diversión, irritación o ambos a partes iguales lo que reflejaba esa sonrisa.

—Bien, pues tu taxi ya ha llegado —afirmó haciendo un gesto hacia sí mismo—. Cuando quieras marcharte solo tienes que decirlo.

Observé la expresión de suficiencia en su rostro y negué con una sonrisa, su seguridad en sí mismo había veces que rayaba la arrogancia. No obstante, no iba a negar que sería mucho más agradable aceptar su oferta que buscar un taxi en el frío de la noche, por no hablar de que añoraba su compañía. Miré mi reloj y asentí.

—Está bien, dame un minuto para recoger mis cosas y despedirme, y nos vamos.

—Aquí estaré —repuso con un matiz ligeramente burlón.

Entré en la habitación intentando no hacer ruido para no despertar a mi hermano. Guardé el teléfono y la tableta en el bolso y me acerqué a mi padre que dormitaba en la butaca junto a la cama. Lo sacudí con suavidad, hasta que abrió los ojos, y le indiqué que me iba. Él asintió aún adormilado. Lo besé y salí de la habitación en silencio.

Derek seguía esperándome en el pasillo, en el mismo sitio en el que lo había dejado. Se irguió

cuando llegué a su altura.

—¿Lista?

—Sí, ya lo tengo todo.

Alargó la mano y con delicadeza me sacó por la cabeza el pesado bolso que llevaba cruzado en bandolera y se lo colgó del hombro, mientras nos dirigíamos hacia el aparcamiento.

El trayecto hasta mi casa resultó agradable. Música suave sonaba en el reproductor del coche, mientras Derek conducía por las calles ya anochecidas de Madrid. Una vez llegamos a mi calle se detuvo en la entrada al garaje sin preguntar, esperando a que pulsase el mando a distancia para abrir la puerta. Una vez esta se deslizó por el carril hasta la pared, accedió por la rampa hasta la plaza de invitados y aparcó el enorme todoterreno.

Derek bajó del coche, lo rodeó y abrió mi puerta. Era un detalle que me gustaba, puede que algunas personas lo considerasen algo arcaico o machista, sin embargo, para mí era agradable, un acto que me hacía sentir cuidada. Tomó mi mano para ayudarme a bajar y luego fue hasta el maletero. Abrió el portón y sacó una elegante bolsa de asas de tela negra. Volvió a coger mi mano y me condujo hasta el ascensor.

Durante el trayecto hasta mi piso no pude dejar de mirar con curiosidad la bolsa, mientras Derek sonreía divertido por mi poco disimulado interés. Pero no hizo o dijo nada para desvelar el misterio.

Abrí la puerta del apartamento y, al igual que el día anterior, me dirigí a la habitación para dejar el abrigo y quitarme los zapatos. Cuando regresé al salón un delicioso aroma inundó mis fosas nasales. Seguí el olor hasta la cocina donde encontré a Derek muy atareado sacando de la bolsa diversos recipientes. Me acerqué y observé con asombro cómo iba colocando diferentes exquisiteces en platos. La boca se me hizo agua y mi estómago rugió con aprobación.

—Veo que la fiera ya se ha despertado —comentó burlón, mientras colocaba el contenido del último recipiente.

Ignoré su comentario dejando mi mirada vagar con glotonería por los distintos platos.

—Muchas gracias. No me había dado cuenta del hambre que tenía hasta que he olido la comida. Esto es mucho mejor que un simple sándwich de pavo —aseguré agradecida, mientras comenzaba a colocar los platos en la mesa. Desde que habíamos llegado a Madrid no había tenido tiempo de ir a comprar comida y mi nevera estaba casi vacía.

La voz de Derek me llegó desde mi espalda en un susurro cálido que me erizó la piel de la nuca.

—Ya sabes que es un placer alimentarte. —Colocó una botella de vino y dos copas sobre la mesa y retiró la silla para mí.

Tomé asiento obviando el tono de su voz.

—Sí, ya me he dado cuenta. De hecho, estoy empezando a pensar que tienes algún rollo fetichista con la comida —bromeé.

Derek soltó una carcajada, mientras terminaba de acomodarse en su silla.

—Puedes estar tranquila, mis preferencias sexuales van por otras direcciones. —Tomó la botella de vino y sirvió las copas—. Aunque no negaré que me resulta muy sexy verte comer. Es agradable compartir mesa con alguien que disfruta con lo que tiene en el plato.

Un leve sonrojo tiñó mis mejillas. Desde que había recibido la llamada avisándome del accidente de mi hermano, Derek se había mostrado atento, cariñoso e incluso protector, pero sus insinuaciones y provocaciones habían desaparecido; nuestra atracción había quedado fuera de escena durante un tiempo. Sin embargo, esa noche sus ojos me miraban con un fuego difícil de

disimular, estaba claro que había vuelto al juego.

Según iba transcurriendo la cena cada vez me sentía más tensa, un cosquilleo de excitación había aparecido en mi estómago e iba creciendo por momentos. No podía estar quieta ni por un segundo más, así que terminé de tragar mi último bocado y me levanté para preparar café.

Oí los pasos suaves de Derek que entraban en la cocina y el ruido al dejar los platos en el fregadero. Luego esos mismos pasos se dirigieron hacia mí. No me di la vuelta, me quedé quieta, expectante, mirando mi imagen distorsionada reflejada en el acero de la cafetera, mientras intentaba controlar los latidos desbocados de mi corazón. Derek no dijo nada, se limitó a rodear mi cintura con uno de sus brazos pegándome a su cuerpo, mientras con la otra mano apartaba la cafetera de la superficie incandescente de la vitrocerámica.

El calor de su brazo traspasaba mi ropa y se filtraba por mi piel. Dejé caer la cabeza sobre su pecho. Mi respiración agitada salía en pequeños jadeos de mi boca haciendo a mis pechos elevarse y apretarse contra el escote redondo de la camiseta de algodón. Derek recorrió con dos dedos el borde que se tensaba cada vez que yo inspiraba. Cerré los ojos tratando de controlar mis agitados sentidos y noté cómo sus labios suaves recorrían mi cuello allí donde mi pulso latía frenético. Muy despacio me giró hasta que quedamos frente a frente. Mantuve los ojos cerrados luchando por un poco de control. Sentí cómo sus dedos ejercían una ligera presión bajo mi mentón invitándome a alzar el rostro. Esperé con los labios entreabiertos, palpitantes, a que los tomara con los suyos.

—Mírame, Valeria. —Su voz se coló en un susurro tierno entre el caos de sensaciones y obedecí abriendo los ojos y fijándolos en los suyos que me devoraban. El negro de su pupila había tomado el lugar de su iris convirtiéndose este en un delgado aro de un azul incandescente.

Sus labios atraparon los míos, a la vez que su lengua se abría paso en el interior de mi boca, acariciando, provocando. Enterró sus manos en mi pelo y profundizó el beso haciéndome gemir. Sin separar sus labios de los míos me tomó en brazos y comenzó a caminar hacia mi habitación. Se giró y apoyó su peso en la puerta para abrirla. Una vez dentro se detuvo a los pies de la cama y me bajó con cuidado, depositándome en el centro del colchón.

Me apoyé en los codos y miré cómo rodeaba la cama, encendía la pequeña lámpara que descansaba en la mesilla de noche y dejaba su cartera junto a ella. Volvió a colocarse frente a mí, mientras se deshacía de sus botas y de la camisa quedando vestido solo con los pantalones vaqueros. Tenía un cuerpo imponente, de guerrero. Desprendía fuerza y poder y yo quería sentir ese poder sobre mí, haciéndome suya.

Con suavidad, agarró mis tobillos y me deslizó hasta que quedé sentada en el borde de la cama. Luego se inclinó sobre mí y me besó. Un beso que me llegó hasta los huesos, no recordaba que nadie me hubiese besado así nunca, con esa mezcla de necesidad y ternura. Me alzó los brazos por encima de la cabeza para luego dejar resbalar sus manos desde mis muñecas a mi cintura delineando cada contorno, despacio como si estuviera modelando cada curva de mi cuerpo. Sin dudar un segundo, tiró del borde de mi camiseta y la sacó por mi cabeza, dejándola caer a un lado de la cama. Se arrodilló sin dejar de mirarme a los ojos. La intensidad de su mirada me mantenía clavada en el sitio, aunque hubiera querido no hubiera podido moverme. Besó mi cuello y el hueco en la base de mi garganta, mientras sus manos acariciaban mis pechos sobre el encaje. Siguió bajando su boca por la línea de mi esternón hasta que sus labios acariciaron el valle entre mis senos. Noté que mis pechos hinchados hormigueaban al quedar libres de la presión que ejercía sobre ellos el sujetador. Deslizó sus palmas abiertas por mi espalda hasta cerrarlas sobre mis hombros haciendo que me arquease para darle mejor acceso a la curva de mis pechos. La recorrió primero con los labios y luego con la lengua haciendo que un

gemido estrangulado escapase de mis labios entreabiertos. Subió hasta la cima tensa y la introdujo en el sedoso calor de su boca ejerciendo una presión deliciosa que hizo que volviese a gemir; primero una y luego la otra para, al terminar, volver de nuevo a mis labios.

Mientras su boca asaltaba la mía me recostó de nuevo sobre la cama. Sus manos fueron a la cinturilla de mi pantalón y desabrocharon el botón con dedos hábiles. Sus palmas se colaron entre mi piel y el borde de mis bragas. Arrastró la tela hacia abajo dejando mi cuerpo ardiendo y expuesto. Luego fue el turno de sus pantalones y su bóxer. Se tumbó a mi lado colocando uno de sus muslos entre los míos. Mi cuerpo temblaba ligeramente.

—Tranquila, cariño. Todo va a ir bien. —Derek acunó mi rostro entre sus fuertes manos y me besó. Jugó con mis labios, mordisqueándolos, chupándolos. Luego se abrió paso entre ellos y acarició mi lengua con la suya.

Su mano bajó por mi estómago y siguió por mi abdomen hasta llegar a mi sexo. Pasó sus dedos delicados entre mis pliegues húmedos y un sonido ahogado escapó de su garganta.

—Joder, Val, vas a volverme loco... —Arrasó de nuevo mi boca con un beso tan necesitado que me dejó sin respiración—. Cielo, prometo compensarte la próxima vez, pero si no entro en ti ahora mismo vas a hacerme quedar como un adolescente inexperto —dijo girándose para sacar un paquete cuadrado de la cartera.

Asentí muda, hubiera querido tocarlo, acariciarlo, excitarlo como él estaba haciendo conmigo, pero yo tampoco podía aguantar más. Mi piel picaba, era como si ya no pudiese contener a mi cuerpo. La cabeza me daba vueltas y la necesidad se enroscaba en mi vientre.

Derek volvió a girarse y se colocó sobre mí. Entrelazó los dedos de su mano derecha con los de mi izquierda y las colocó en el colchón por encima de mi cabeza, luego hizo lo mismo con su mano izquierda y mi derecha dejándolas junto a las primeras. Su pecho rozaba el mío cada vez que inspiraba y su abdomen se presionaba de manera deliciosa contra mí, haciéndome sentir de manera inequívoca su deseo. Bajó la cabeza hasta tocar sus labios con los míos uniéndonos en un beso destinado a conquistar. Separó nuestras bocas y con deliberada lentitud, y sin dejar de mirarme a los ojos en ningún momento, se fue introduciendo en mí para luego detenerse, hundiendo su rostro en el hueco de mi cuello y dejando escapar el aire contra mi piel caliente en un sonido a medio camino entre un suspiro y un gemido.

—Perfecta. Preciosa y perfecta —murmuraron sus labios suaves en mi oído y el movimiento de su boca hizo que se erizase toda mi piel.

Separó sus caderas y volvió a hundirse en mi calor haciendo que de mi garganta brotase un gemido. Impuso un ritmo lento, que me hizo hervir la sangre. Derek buscaba mis labios y mis ojos cada vez que se impulsaba en mí, no permitiéndome que me ocultase en el placer y dejándome expuesta de todas las maneras posibles: en mente, cuerpo y alma.

Mis caderas se alzaban hacia él y, mientras me propulsaba hacia la cima, el sonido de mi excitación me impidió sentir cómo, con cada pulso de mi corazón, caía un fragmento del muro que había creado a mi alrededor para terminar estallando en mil pedazos a la vez que lo hacía mi cuerpo.

Trece

Salí de casa con la idea de ir directa al hospital, sin embargo, antes de que tuviese la oportunidad de abandonar el edificio, mi padre me había llamado para informarme de que a Eric le acababan de dar el alta, así que tuve que cambiar los planes. Cuando detuve el coche frente a la casa de mi hermano, el coche de Martín también estaba allí.

El día había amanecido frío y nublado. Mientras caminaba hacia la puerta, miré al cielo, unas enormes nubes negras se posicionaban amenazantes por encima de mi cabeza. Pensé que, si empezaba a llover, regresar a la oficina desde casa de Eric se iba a convertir en un auténtico infierno; las carreteras madrileñas se volvían un caos en cuanto caían cuatro gotas. Me encogí de hombros mentalmente y llamé al timbre; un atasco, por grande que fuese, no conseguiría estropear me el día. La verdad es que dudaba que nada pudiese hacerlo. Desde que había abandonado esa mañana el calor de las sábanas, me acompañaba una extraña sensación de ligereza, de euforia contenida. Eso y decenas de imágenes de la noche anterior que me asaltaban sin previo aviso y me traían de vuelta toda clase de emociones y percepciones tan vívidas que despertaban de nuevo mis sentidos. Sin duda alguna, el sexo era algo maravilloso. Por lo que no entendía cómo podía haberlo olvidado. Quizá porque, por mucho que rebuscaba en mi memoria, no lo recordaba así.

Un ruido me trajo de vuelta de mis pensamientos. Parpadeé y la figura de mi padre se materializó frente a mí. Me observaba desde el otro lado del vano de la puerta con media sonrisa bailándole en la boca. Era la misma que había aprendido a detectar de adolescente cuando le contaba alguna mentira y yo sabía que él lo sabía, pero también estaba segura, por esa misma sonrisa, de que lo iba a dejar pasar. No pensaba preguntar. La experiencia me había enseñado que esas sonrisas —y sobre todo los motivos que había detrás— las cargaba el diablo. Me limité a ignorarla y acercarme para darle un beso y los buenos días.

—Buenos días, cariño. —Me envolvió en un pequeño abrazo y yo me dejé hacer. Echaba de menos tenerlo cerca todos los días.

—¿Cómo está el enfermo? —Me deshice de la bufanda y el abrigo y los colgué en el perchero.

Mi padre frunció el ceño y señaló hacia el interior.

—Compruébalo por ti misma.

Lo seguí hasta el salón. Antes de que pudiese verlos, los escuché. Me detuve en la puerta. Mi hermano y Martín estaban discutiendo.

—Deberías meterte en tus asuntos.

—Es lo que hago. Tú eres uno de ellos. Puede que el más molesto.

—Martín, no me toques las pelotas.

—Deja de comportarte como un niño y lo haré.

Mi hermano bufó. Me volví hacia mi padre.

—¿Cuánto llevan así?

—Desde que hemos llegado.

—Te juro que nunca había tenido tantas ganas de partirme la cara —contraatacó Eric.

—Por mí no te cortes. Aunque me parecería mal darle una paliza a un tullido.

Me sorprendió lo serio que sonó Martín. Mi hermano y él siempre se estaban picando, sin embargo, era la primera vez que los veía discutir así. Decidí que ya había escuchado bastante. Mejor intervenir antes de que la sangre llegase al río.

—¿Se puede saber qué pasa? —Entré en el salón y los dos se volvieron hacia mí

—Pregúntaselo a él.

Eric señaló con cara de pocos amigos a Martín que lo miró desafiante. Luego se dirigió a mí.

—A ver si tú consigues hacerlo entrar en razón. —Se levantó del sofá y sin mediar palabra desapareció por el pasillo.

Mi hermano se pasó los dedos de la mano que no tenía inmovilizada por el pelo. Me di cuenta de que llevaba un apósito en donde antes estaba la vía que le habían colocado en el hospital.

—Ey... —me senté a su lado y empujé mi hombro contra el suyo—. ¿Cómo estás?

—Cabreado y —hizo una mueca al cambiar de postura— dolorido.

—Ya veo. —Eric nunca había sido de compartir sus emociones. Yo lo sabía. Y también que lo mejor era esperar hasta que él mismo decidiese hablar. Debí cogerlo con las defensas bajas, porque se rindió en menos de un minuto.

—No estoy inválido ni muerto —gruñó.

—Lo sé.

—Y puedo tomar mis propias decisiones.

Asentí con la cabeza.

—Pues explícaselo a Martín a ver si lo entiende, porque no solo me ha prohibido pasar por la oficina hasta que me den el alta, sino que también quiere llevarse el ordenador y el móvil de la empresa.

A Eric nunca le había gustado sentirse dependiente ni desvalido. Siempre se veía con la necesidad de tener el control y no lo iba a ceder por decisión propia. Martín lo sabía. Busqué los ojos de mi hermano. Unas profundas ojeras los enmarcaban, parecía agotado. Elegí las palabras con cuidado.

—Te quiero. Lo sabes.

No dijo nada, pero su silencio me dio la admisión que buscaba.

—Y Martín y Laura también. Somos una familia y las familias se cuidan entre sí. Puede que tú no lo necesites, pero nosotros sí. Necesitamos sentirnos útiles. Lo entiendes, ¿verdad?

Esperé con mi mirada en la suya. Tardó unos segundos, pero, al final, asintió. Cogí su mano y me incliné para besarla.

—Gracias —musité.

Negó despacio con la cabeza.

—Pero no os acostumbréis. —Esbozó una sonrisa pequeña y yo le devolví una enorme. Luego cerró los ojos y se recostó contra el sofá. Su expresión decía a gritos que necesitaba descansar.

—Voy a ponerme un té. ¿Quieres algo?

Hizo un gesto negativo. No se movió cuando me levanté ni cuando le di un último beso.

Encontré a Martín en la cocina con la mirada perdida en una taza de café. Pasé por su lado y abrí el armario.

—¿Sabes dónde está mi padre?

—Ha ido a la farmacia.

Asentí y me preparé el té en silencio. Cuando acabé, me apoyé en la encimera con mi taza en la mano y lo miré. Parecía derrotado.

—¿Estás bien?

—Sí. —Suspiró y se frotó la frente con cara de cansancio—. Perdona, no quería perder los papeles con Eric.

Encogí los hombros.

—No te culpes, todos sabemos lo cabezota que puede llegar a ser.

Esbozó una sonrisa que no le llegó a los ojos. Lo observé con más atención. Algo se me escapaba. Martín no tenía nada que ver con el hombre callado y tenso que tenía delante. Si algo destacábamos todos los que lo conocíamos era su sentido del humor y su carácter afable. Sin embargo, ahí, en esa cocina no conseguía encontrar una pizca de ellos.

—Debería irme ya. Tengo que reorganizar toda la agenda para cubrir los compromisos de Eric. —Colocó la taza vacía dentro del lavavajillas—. ¿Te veo luego?

—No lo creo. Hoy prefiero quedarme por aquí hasta ver cómo se organizan estos dos. Pero mañana, seguro.

—No dejes que te saquen de tus casillas. —Sonrió y el Martín de siempre hizo acto de presencia—. Voy a despedirme de Eric. Llama si necesitas algo. —Pasó por mi lado y dejó un beso en mi mejilla.

Lo seguí con la mirada y no pude evitar preguntarme si su actitud tendría algo que ver con el retazo de conversación que había escuchado el día anterior en el hospital.

El teléfono móvil me vibró en el bolsillo del pantalón, lo saqué y descolgué sin mirar.

—Hola.

Mi corazón empezó a latir como loco al escuchar su voz. Era Derek.

—Hola —contesté y soné más tímida de lo que me hubiera gustado.

—¿Puedes hablar?

—Sí, estoy en casa de Eric.

—¿Cómo está?

—Gruñón.

Su risa me llegó desde el otro lado de la línea y noté un cosquilleo en el estómago.

—¿Y cómo estás tú? —preguntó suave.

Ya lo conocía lo suficiente para saber que esa pregunta, en apariencia inocente, implicaba mucho más.

«Ansiosa, nerviosa, estúpidamente feliz».

—Bien. ¿Y tú?

—A mí se me queda muy corta la palabra. Eres la culpable de que no haya podido concentrarme en lo que va de mañana.

Una oleada de calor se extendió por todo mi cuerpo. Me toqué la cara, las mejillas me ardían.

—Eh... Yo... ¿lo siento? —Escuché su carcajada.

—No lo hagas. Está siendo una mañana... —hizo una pausa como si estuviera buscando la palabra adecuada— interesante.

Me quedé callada, no sabía qué decir. En lo único que podía pensar era en las ganas que tenía de verlo. De verlo, de besarlo, de perderme en su piel.

—¿Valeria? ¿Sigues conmigo? —Su tono era de diversión.

—Sí, estoy aquí.

—Me alegro. No me cuelgues todavía.

—¿Por qué? ¿Necesitas algo?

—Solo hablar un rato contigo.

—Bien. Entonces, hagámoslo. ¿De qué quieres hablar?

—Cuéntame qué haces.

Me reí.

—¿Va a ser una de esas conversaciones?

—Tal vez. —Percibí su sonrisa en la distancia y la mía se ensanchó—. Continúa.

—Estoy en la cocina.

—Tienes que darme detalles, sino no funciona —bromeó.

Puse los ojos en blanco y le seguí el juego.

—Me acabo de preparar un té y me lo estoy tomando.

—¿Y qué vas a hacer luego?

—Probablemente, coma aquí. Después me iré a casa. Tengo que deshacer la maleta. ¿Y tú qué haces?

—Estoy en el hotel.

—Tienes que darme detalles...

—Sin ninguna esperanza de poder trabajar.

—¿Y qué vas a hacer luego?

—Probablemente, coma aquí. Después podría ir a tu casa y ayudarte a deshacer la maleta.

—Eso sería un detalle.

—Ya sabes que soy un caballero.

—¿Y luego?

—Lo que pase luego dependerá de ti.

Sentí un latigazo bajo el ombligo que me tensó entera.

—¿Me pedirás que me quede?

Sí. No había duda ni vacilación. En mi cabeza no saltó ninguna alarma. Nos habíamos acostado y no se había parado el mundo. Mi corazón seguía en su lugar. Además, no había pensado en otra cosa desde que nos habíamos despedido unas horas antes. Sin embargo, quise jugar un poco.

—No sé si seré una buena compañía. Quizá esté cansada. No he dormido mucho.

—Entonces velaré tus sueños. Dormir me parece un buen plan siempre que sea con tu piel pegada a la mía.

Tocada y hundida. Sentí un vacío en el estómago. Una especie de vértigo que no era desagradable. Y quise dejarme caer.

—¿Tenemos un trato? —susurró.

Cerré los ojos y sonreí.

—Tenemos un trato.

—Bien.

—Bien —repetí.

—Nos vemos luego.

—Sí.

Colgué la llamada. Una sonrisa bailaba en mis labios al son del latido acelerado de mi corazón.

Dejé caer la cabeza hacia atrás y respiré profundo.

—Me gusta verte sonreír. —Me giré para encontrarme con mi padre que me miraba desde la puerta de la cocina. Entró y dejó un par de bolsas, una de ellas con el símbolo de la farmacia, sobre la encimera—. Tienes su sonrisa. La de tu madre. Sois capaces de iluminar cualquier habitación.

Como siempre que hablábamos de mamá la calidez y la nostalgia se enredaron en un sentimiento más complejo. A pesar del tiempo que había transcurrido, todavía dolía, aunque de una forma más sutil, íntima. Observé a mi padre que sacaba paquetes de las bolsas y los colocaba en los armarios. Me parecía asombroso que hubiera sido capaz de mantenerse de una pieza después de perderla. Sabía que no era comparable, pero recordé cómo me sentí cuando Aarón se

marchó. Lo que me dolió. Todavía lo hacía, aunque de otra manera. No podía imaginar la dimensión del dolor de perder a la persona con la que has compartido media vida y has formado una familia. Sin embargo, mi padre era fuerte. Era un rasgo que Eric y yo habíamos heredado de él. Pensé en lo que había evolucionado en esos últimos meses y me sentí orgullosa. Había demostrado que era resistente, que podía salir adelante. Los tres lo éramos.

Miré a mi padre y el pecho se me llenó de amor.

—Trae deja que te ayude —le quité un paquete de huevos de las manos y abrí la nevera.

—No los guardes, voy a hacer una tortilla.

Sonreí, no había nada mejor que la tortilla de patata de mi padre.

—Sabes que voy a tener que quedarme a comer, ¿verdad?

—Ya contaba con ello, pequeña. —Pasó por mi lado y me pellizcó la cintura—. Saber lo que pasa por vuestras cabezas es uno de mis superpoderes paternos.

Pensé que era un gran poder. Porque en ese momento, ni yo misma sabía a ciencia cierta lo que había en mi interior. Después de tantas emociones fuertes, mi cerebro agotado se había dado por vencido y llevaba unas horas en piloto automático.

—¿Podrías ver si Eric está despierto? Tiene que tomarse los calmantes.

Cogí la caja que me tendía y un vaso de agua y regresé al salón.

Mi hermano estaba tumbado boca arriba en el sofá con los ojos cerrados. Su expresión era tensa. Me senté sobre la mesa frente a él y le acaricié el pelo.

—Ey...

Abrió los ojos y me miró.

—Tienes que tomarte esto.

Hizo un breve asentimiento con la cabeza y empezó a incorporarse, despacio, apretando los labios con cada movimiento. Cuando, por fin, estuvo sentado, se apoyó en el respaldo con un suspiro.

—Te duele mucho. —Le tendí una pastilla y el vaso de agua.

—Lo suficiente para querer tomarme tres de estas y dormir hasta mañana, pero no me quejo. Estoy en casa y no en el hospital, eso ya es algo.

—Míralo por el lado bueno, puedes aprovechar para desconectar y descansar.

—¿Y eso cómo se hace?

—Tienes el tiempo, solo debes decidir en qué usarlo. Podrías quedarte en pijama y leer, dormir y ver Netflix en un bucle infinito. ¿No me digas que no es buen plan?

—Quieres matarme, ¿no? Es eso.

—Es mi secreta intención desde que a los seis años le cortaste el pelo a mi Barbie. Entonces pensé en ahogarte en la taza del váter. Ahora mi plan se ha vuelto más sofisticado.

—¿Te has tomado alguna de mis pastillas?

—No, ¿por qué?

—Estás... diferente. Relajada. Más tú. Llevaba meses sin verte sonreír así.

—Será que tomo más fibra.

«O que estamos todos sanos, mi trabajo me gusta y anoche tuve un sexo alucinante».

—Bueno, sea lo que sea, sigue haciéndolo. Te sienta bien.

Quizá podía hacerlo. Quizás era tan fácil como parar de pensar y solo dejarse llevar.

Llegué a casa cuando estaba anocheciendo, mucho más agotada de lo que me hubiera gustado reconocer. El cansancio acumulado y la falta de sueño me estaban pasando factura. La maleta seguía esperando en un rincón y allí iba a continuar por el momento. Miré el reloj. Tenía el

tiempo justo para darme una ducha antes de que llegase Derek. Sentí el nudo en el estómago que iba asociado a su nombre y me empezaba a resultar familiar, y esa chispa me reactivó.

Cuando sonó el timbre, acababa de terminar de vestirme. Abrí la puerta y... volví a los quince años. El estómago encogido, las manos temblorosas y las mejillas, vergonzosamente sonrosadas. Derek sonrió. Dejó de importarme cuando sus labios tocaron los míos.

—Pareces cansada.

Nos habíamos separado lo suficiente para que pudiese mirarme a la cara. La sostuvo entre sus manos y pasó los pulgares con delicadeza sobre mis pómulos.

—Lo estoy. Y tú tienes parte de culpa. —Lo acusé con una sonrisa y me apoyé en su pecho.

—Bien, entonces déjame que lo remedie. —Se inclinó y me besó la punta de la nariz. Luego me tomó de la mano y me llevó hacia el salón—. ¿Has cenado algo?

—No, todavía no me ha dado tiempo. Pensaba prepararme un sándwich.

—Vale, no te muevas de aquí. —Me sentó en el sofá y me entregó el mando a distancia del televisor.

Lo observé, sin saber muy bien qué hacer, mientras se quitaba el abrigo y lo colgaba del respaldo de una silla. Cuando lo vi desaparecer camino de la cocina, decidí que no pasaba nada por dejarme llevar, así que me acomodé sobre los cojines y traté de buscar algo que ver en la televisión.

Apareció unos minutos después con dos platos en la mano. Los colocó sobre la mesa y luego se sentó junto a mí.

—¿Has elegido algo? —Señaló a la televisión.

—Una de Jason Statham.

Me miró y sonrió.

—¿Qué? —pregunté.

—Nada. Que te pega mucho ser una chica de acción.

—No te fíes de las apariencias. También me gusta El diario de Noah. Soy polifacética.

—Una de tantas cosas que me gustan de ti. —Se inclinó y me besó suave en los labios.

Lo dijo de forma natural, una sencilla constatación de un hecho, como el que admite que le gustan la montaña o los gatos. Y yo, sin poder evitarlo, sentí que algo suave y dulce se extendía por mi pecho.

El agotamiento y la sensación de bienestar que me proporcionaba el cuerpo fuerte y cálido de Derek junto al mío en el sofá debieron hacer que me quedase dormida, ya que lo siguiente que recuerdo es que me encontraba acostada en la cama y las delicadas caricias de unas manos me despertaban.

La claridad del amanecer se colaba por la ventana. Derek estaba tumbado junto a mí y me rodeaba desde atrás con su pecho pegado a mi espalda. Me retiró el pelo de la nuca y comenzó a repartir pequeños besos por la piel de mi cuello que se erizó al instante por su roce.

Sus dedos se movían en un baile suave y sensual, primero por mi pecho para ir resbalando con deliberada lentitud hasta mi ombligo y luego más abajo aún. Acariciándome con exquisita paciencia y pericia. Me removí inquieta y me apreté contra él.

—Calma. Déjate llevar...

Me mordí el labio inferior y dejé caer mi cabeza sobre su hombro, mientras le permitía explorar y acariciarme a placer. Introdujo sus dedos en mí llevándome al borde una y otra vez y cuando pensé que no podría soportarlo más me puso de espaldas y se colocó sobre mí.

Me penetró despacio besándome con ternura y volvió a empezar de nuevo. Retiró las caderas

solo para volver a hundirse otra vez en mi interior marcando un ritmo lento y enloquecedor hasta que el placer nos elevó haciéndonos estallar sincronizados como un solo ser.

Nos quedamos un rato más en la cama, remoloneando enredados entre las sábanas. Cuando Derek se levantó para darse una ducha, lo seguí con la mirada y el mismo calor en el pecho que había sentido la noche anterior volvió, pero no vino solo, lo acompañaba una leve presión, como un nudo que se hubiese apretado un poquito. Suspiré hondo y me pregunté cómo podía ser que me sintiese tranquila e intranquila a la vez.

Catorce

Acababa de llegar a la oficina cuando Laura entró en mi despacho echando humo. Sabía que salía del de Martín por el portazo que, estaba segura, habían oído hasta en el sótano del edificio y aún resonaba en el aire. Su cara enrojecida no era una buena señal, así que opté por darle tiempo para serenarse, mientras me quitaba el abrigo y lo colgaba del perchero.

—¿Cómo está Eric? —Se derrumbó en una de las butacas.

—Hoy parece que de mejor humor. Aunque le molestan las fracturas —expliqué, mientras me sentaba tras mi escritorio.

—Tengo que pasar a verlo —se amonestó—, pero no he tenido un minuto libre. Hay que entregar el proyecto de Olive Divine el lunes y aún queda trabajo por hacer. —Suspiró. Se la veía agotada.

—¿Una mañana complicada?

—Bastante, no te voy a engañar.

La voz de Martín llegó a través de la puerta y Laura se tensó en su asiento.

—No quiero inmiscuirme, cielo, pero ¿va todo bien entre Martín y tú? —pregunté con suavidad.

—Creo que el portazo de antes es suficiente respuesta —dijo con una mueca irónica.

—Hombre, es un indicio.

El comentario puso una breve sonrisa en la cara de Laura que enseguida fue sustituida por un semblante triste.

—No sé qué quiere de mí, Val. Tengo la cabeza hecha un lío —confesó con gesto compungido.

—Podría hacerme la tonta y fingir que no sé de qué me hablas, pero prefiero ahorrarte el mal trago de tener que revivir toda la historia. Os escuché el otro día en el hospital —admití—, por supuesto no fue propósito. Solo bajé a por un té y os vi discutiendo junto a la máquina de café.

—Bueno, supongo entonces que ya imaginas de qué va todo esto. Chico conoce a chica, chico y chica se hacen amigos, chico se lía con la chica y a las tres semanas decide que su amistad es más valiosa y deja a la estúpida chica, que se ha enamorado de él como una tonta, con el corazón hecho pedazos. Y para más delito, la estúpida de la chica permite que la convierta en una «parte indispensable» de su vida según él, pero no lo suficiente como para ser su pareja. Y, mientras eso sucede, él continúa viviendo su vida sin importarle la punzada de dolor que ella siente en el pecho cada vez que lo ve con otra. Y ahora, ahora que he conseguido seguir adelante, porque un tío me entra en un bar, monta el número y decide que está loco por mí. ¡Y una mierda!

—No me lo puedo creer. ¿Martín? Si es anti violencia.

—Pues sí. La noche que salimos a celebrar que habíamos firmado el contrato con Blackwell, cuando vosotros os marchasteis, decidimos tomar la última en un pub al lado de mi casa. Martín fue al baño y mientras estaba sola se acercó a saludarme uno de mis vecinos, que también estaba allí con unos amigos. Es un tío muy majo y siempre andamos tonteando. Me agarró un momento de la cintura para acercarse a decirme algo y lo siguiente que vi fue que su brazo salía despedido de mi cuerpo. Nuestro querido amigo lo había apartado de mí de un empujón y si no llega a ser por el camarero, que nos conoce mucho y lo tranquilizó, se lía allí la de San Quintín.

—Me resulta difícil hasta imaginármelo.

—Pues así fue —aseguró—. Cuando se calmó un poco, conseguí convencerlo y nos marchamos. Subimos a mi casa; parecía alterado y no quería que condujese así. Y pensé que no

estaría de más que mantuviésemos una pequeña charla sobre lo que había pasado. Pero fue girarme para cerrar la puerta y lo siguiente que supe fue que su boca devoraba la mía y su mano se perdía debajo de mi falda.

—¿Y qué hiciste?

—Caer como una estúpida —reconoció—. Y a la mañana siguiente echarlo con cajas destempladas según se levantó. —Se encogió de hombros ante mi mirada alucinada—. Estaba cabreada y confundida —se excusó—. Así que ahora las cosas están un tanto tensas. Él me quiere convencer de que soy el amor de su vida y yo..., yo ni sé lo que quiero.

Me levanté de mi sillón y me apoyé en el brazo de su silla.

—Te voy a dar el consejo que tú me darías a mí si estuviese en la misma posición. Haz lo que te pida el corazón. —La rodeé con el brazo y le di un achuchón.

—¿Y qué es eso? —preguntó—. Llevo tanto tiempo intentando sacarlo de mi sistema que ya no sé ni lo que siento. Además, no me fío de él.

—Pues tómate tiempo para decidirlo.

—Eso intento, pero Martín no me deja. Me presiona y acabamos discutiendo. ¿Sabes qué? Basta de hablar de Martín. No quiero saber nada de hombres ni sentimientos. Lo que necesito es salir y divertirme. Una noche de chicas. —Me miró poniendo ojitos.

—Pero si es miércoles.

—Mejor, así hay menos gente. Porfi, porfi...

No me hice de rogar. Laura era mi amiga y me necesitaba.

—Vale, noche de chicas —acepté rindiéndome con una sonrisa.

Ni siquiera pasamos por casa. Cuando apagué el ordenador esa tarde, Laura ya me esperaba en la puerta con el bolso colgado del hombro y su mejor sonrisa.

—¿Lista?

—Me das miedo cuando pones esa cara.

—Te prometo que seremos buenas. Un ratito y a la cama.

Asentí sin estar muy convencida, pero no pude quejarme porque me agarró del brazo y tiró de mí hacia el ascensor.

Mientras bajábamos recibí un mensaje de Derek. Me preguntaba si quería que nos viéramos. Le contesté con un breve «Noche de chicas» lleno de emoticonos de flamencas y bailarinas y recibí un «Diviértete» de vuelta. No añadí nada más. No me hubiera importado verlo, pero supuse que nos vendría bien un poco de espacio. Habíamos pasado las tres últimas noches juntos y, aunque no sabía muy bien cuál era el protocolo en esas situaciones, despertarse juntos todas las mañanas sonaba a relación de pareja y nosotros no lo éramos.

Fuimos a cenar. Laura parecía más animada. Hablamos de trabajo, de Eric, de las próximas vacaciones... Vamos, de todo y de nada. De Martín no dijo ni una palabra y yo respeté su silencio. Pero noté que a medida que pasaba la noche, sus sonrisas se volvían menos frecuentes y la alegría sonaba forzada en su voz.

—¿No está bueno?

Laura levantó la vista de la tarta a medio comer de su plato y me miró como si acabase de recordar que estaba sentada frente a ella.

—Llevas diez minutos sin quitarle ojo.

—Perdona. Se me ha ido el santo al cielo.

—Sabes que no pasa nada, podemos hablar de ello —dije con suavidad.

Dejó la cucharilla en el plato y suspiró.

—Lo sé, pero no quiero hacerlo. No quiero que sea el centro de todo. No quiero darle ese poder. Ya lo hice una vez y me rompió el corazón.

—Si te sirve de algo, creo que esta vez no eres la única que está sufriendo.

—Eso lo hace peor aún. No entiendo por qué no ha podido dejar las cosas como estaban, qué ganamos con rompernos los dos.

—Cielo, no quiero hacer de abogada del diablo, menos yo que nadie, pero está claro que Martín te quiere, sois los mejores amigos; quizá no lo fue en el pasado, quizá sea ahora vuestro momento.

—Puede, pero ¿por cuánto tiempo? ¿Y qué pasa si no sale bien? Es mi mejor amigo, tú lo has dicho. Si algo saliese mal esta vez, no creo que tuviese las fuerzas necesarias para recuperar lo que tenemos. Ya lo hice una vez y dolió demasiado. Con el tiempo he llegado a pensar que él tenía razón y yo estaba equivocada, que lo mejor es dejar las cosas como están.

Entendía sus razones. Todas y cada una de ellas. Sin embargo, eran mis amigos y los quería, su relación era especial y quería pensar que no tenía que ser así para ellos. Me dolía pensar que pudiese serlo.

—El amor es una mierda...

Hice una mueca, normalmente la que decía esas frases era yo.

—Vale. Stop. —Alcé la mano. Laura me miró confundida—. Nada de autocompasión. Hemos salido para que te sientas mejor y no está funcionando. Necesitamos algo más radical. —Le hice un gesto al camarero y cuando trajo la cuenta, la pagué, cogí a mi amiga de la mano y salimos del restaurante.

Música, que amansa a las fieras, calma las heridas y alimenta el alma. Ese fue el remedio al que nos encomendé y por el que terminamos en una calle escondida detrás de la Gran Vía en un local de música latina. Había ido una vez, un fin de semana con Virginia, y, aunque era miércoles, estaba casi igual de concurrido. Puede que hasta ese momento yo sola no hubiera logrado animar a Laura, pero parecía que con la ayuda de Marc Anthony y Romeo Santos lo estaba consiguiendo, eso sí me fiaba de la sonrisa de mi amiga y su cara sonrosada.

—Me encanta esta canción.

Era la cuarta vez que escuchaba esa frase desde que habíamos entrado por la puerta. Sabía lo que venía a continuación, así que apoyé la copa en la mesa y me preparé para ser arrastrada a la pista una vez más. No me equivoqué, la mano de Laura se cerró sobre la mía y un instante después tiraba de mí, que la seguí como un corderito a pesar de que los zapatos me estaban matando, todo en nombre de la amistad y del mal de amores.

No me soltó hasta que estuvimos en medio de la pista. La miré mientras bailábamos; el pelo se le pegaba a la frente y se movía feliz al ritmo de la música. Yo, en la segunda canción, me había recogido la melena en un moño improvisado y también notaba la piel húmeda por el sudor. Me guiñó un ojo y sonreí. Me gustaba verla tranquila y feliz.

Cerré los ojos y me dejé llevar por la canción que sonaba. Giré sobre mí misma y unas manos se apoyaron en mi cintura. Por un momento sentí la alegría serpentear acelerada por mi piel. Una esperanza absurda, porque no podía ser él. Lo sabía y, aun así, durante un instante mi subconsciente había tomado el control y lo había conjurado. La paladeé un segundo y luego dejé ir la sensación igual que había venido. Cuando abrí los ojos me encontré con otros marrones que me sonreían. Le devolví la sonrisa a su propietario y asentí a su petición silenciosa para que bailara con él. Cuando la canción acabó, me sopló un beso y se giró para buscar otra compañera. Lo dejé ir con una sonrisa, pero el deseo de que hubiesen sido otras las manos sobre mi piel, se quedó conmigo.

Después de eso, no hubo manera de sacarnos de la pista. Bailamos esa canción y la siguiente y la siguiente. Perdimos la noción del tiempo y la cuenta del número de canciones. No nos volvimos a sentar hasta que estuvimos en el taxi de regreso a casa.

Agotada, Laura apoyó la cabeza en mi hombro. Nos habíamos quitado los zapatos y descansaban en el suelo.

—Ha sido divertido.

Asentí en la oscuridad.

—Pero estoy muerta y creo que un poco borracha.

—Te dije que pedir la última ronda no era buena idea.

—Tenías que haberte visto, creí que ibas a vomitar.

Laura arrugó la cara recreando mi supuesto gesto y yo le pellizqué el muslo. Nos entró la risa floja. Al parecer, a mi amiga no era a la única que le había afectado el alcohol.

—Eres muy tonta. Yo no pongo esas caras —dije todavía sin poder contener la sonrisa.

Me miró y alzó una ceja. Me encantaba ese gesto, yo era incapaz de hacerlo.

—La próxima vez te hago una foto.

—Li próxima viz ti higuí una fiti. —Arrugué la nariz y le saqué la lengua.

Y ella levantó el teléfono.

—Te pillé.

La miré con los ojos muy abiertos, entre la sorpresa y la indignación.

—Ni se te ocurra pedírmelo, porque no la pienso borrar —aseguró con una sonrisa satisfecha y se volvió a recostar sobre mi hombro.

Nos quedamos en silencio.

—¿Val?

—Sí

—Echo de menos a mi mejor amigo.

—Lo sé, cielo, lo sé.

—Quizá debería llamarlo...

—Sin duda esa es la peor idea que has tenido en toda la noche y ya hemos hablado de la de los chupitos.

—Pero es que ahora me siento más valiente.

—Coraje líquido, lo llaman. Amor, hazme caso: alcohol, sentimientos y un teléfono móvil no son una buena combinación. —La miré. La forma en la que apretaba los labios no era de que estuviese convencida—. Prométemelo.

Pestañeó con ojitos de Bambi.

—Por favor. Es por tu bien —insistí.

—Te lo prometo —dijo con la boquita pequeña y un mohín de disgusto.

Le di una palmadita en la pierna.

—Buena chica.

La casa de Laura quedaba antes que la mía, por lo que el taxi la dejó primero. Esperamos a que entrase en su portal, llegase a su piso y me enviase un pulgar hacia arriba antes de seguir el trayecto.

Mientras recorriamos en silencio las calles oscuras de Madrid, pensaba en que ojalá mi amiga me hiciese caso y se mantuviese apartada del teléfono. Y también en la suerte que tenía de que a mí no se me aplicase esa regla, ya que lo que había entre Derek y yo era algo informal, nada que se pudiese romper y llegase a dañar. Y me alegré por ello, porque puede que fuese el último chupito o que las manos de ese chico habían despertado el hambre en mi piel. El caso es que

llegué a casa con demasiadas ganas de escuchar a Derek, de sentirlo, aunque fuera a través de la línea telefónica.

—¿Valeria?

—Hola.

—¿Va todo bien?

El tono ronco y suave de su voz me puso la piel de gallina.

—Sí. —Miré el reloj, eran las dos de la madrugada—. ¿Te he despertado?

Lo escuché moverse contra las sábanas.

—Sí, pero no importa. ¿Qué tal tu noche? ¿Te has divertido?

—No ha estado mal. —Dejé caer los zapatos y me acomodé contra el cabecero—. He bailado.

—Me hubiera gustado verlo. —Escuché la sonrisa en su voz y mis labios se curvaron como reflejo.

Me acordé de otras manos y de lo que me hubiera gustado que hubieran sido las suyas.

—¿Hubieras bailado conmigo?

—Lo hubiera intentado. No creo que pudiera haberme resistido.

—Apuesto a que eso también lo haces bien.

Su risa me envolvió.

—No sé por qué, pero no me ha sonado como un halago.

—Es que es un problema. Lo hace mucho más difícil.

—¿El qué?

—Que cualquier ser humano cabal con ojos en la cara pueda resistirse a ti. Llevo horas pensando en tus labios y en que quiero besarte. No es justo.

—Pero sí fácil de solucionar.

—No, no lo es, porque tú estás allí y yo aquí.

—Pídeme que vaya y lo haré. No me importa. Yo también quiero besarte.

—No puedo. No puedes venir.

—¿No quieres que vaya?

—Sí, quiero que vengas, pero no puedes. Son las reglas.

—Creo que me estoy perdiendo.

—LAS REGLAS —dije con énfasis intentando hacerme entender—. No sé muy bien cuáles son en realidad, he pasado media vida en pareja, pero seguro que hay algunas reglas a seguir en este tipo de relaciones o de no relaciones, mejor dicho. Por ejemplo, no dormir juntos.

—Cariño, aquí no hay reglas. Solo somos tú y yo. No hay nada que no me puedas pedir. No hay nada que no podamos hacer. Y no hay nada que me guste más que despertarme contigo. ¿Por qué no hacerlo?

La verdad es que sonaba bien. Muy bien, de hecho. O eso le pareció a mi cerebro. ¿Podría ser tan fácil?

—No puede ser tan sencillo.

—Por las reglas.

—Exacto.

Derek se rio.

—Está bien. ¿Y qué más dicen esas reglas?

Me moví sobre el colchón para buscar una postura más cómoda.

—La verdad es que no lo sé.

—Dicen algo sobre besarse.

Pensé durante un segundo. ¿Qué podrían tener de malo los besos como para tener que

ponerles límite?

—No, creo que no.

—Entonces no me saltaría las reglas si fuese y te besase. Podría hacerlo durante horas y eso estaría dentro de las reglas, ¿verdad?

Noté un vuelco en el estómago.

—Sí, supongo que sí... siempre que no te quedases a dormir —añadí.

—No creo que me conformase solo con besarte. Querría tocarte y la ropa sería un estorbo, así que tendría que desnudarte. ¿Eso rompería las reglas?

Me humedecí los labios, tenía la piel caliente.

—No lo creo.

—Bien. —Hizo una pausa—. No has dicho que tocarte tampoco las rompiese, así que también lo haría. Te tocaría. Cada parte de ti, porque me vuelves loco. Tan preciosa por dentro y por fuera.

Respiré. Llené los pulmones hasta que no pude más.

—Oh, joder... —Inspiró con fuerza—. Cariño, pídemme que vaya. Lo único que quiero ahora es meterme contigo en la cama y no salir jamás.

—Pero eso... rompería las normas —musité todavía agarrándome a ese argumento que cada vez me sonaba menos convincente.

—A la mierda las normas, siempre me ha gustado saltármelas.

Se hizo un silencio. La pregunta volvió. ¿Podría ser tan fácil? Derek pareció leerme el pensamiento.

—Las cosas suelen ser más sencillas de lo que parecen, somos nosotros los que nos empeñamos en complicarlas. Solo piensa en qué es lo que tú quieres hacer.

Yo también lo quería en mi cama y en mi boca y en mi piel. Unas horas atrás me había parecido que poner límites tenía sentido, sin embargo, quizá eso solo lo complicaría más, el reprimir, el ocultar. Al fin y al cabo, en algún momento esto se acabaría y no quería arrepentirme de no haberlo disfrutado lo suficiente. Tomé aire y una decisión.

Me despertó un agradable cosquilleo. Mientras esperaba a que mi mente se deshiciera del abotargamiento del sueño, mantuve los ojos cerrados y me permití disfrutar de la sensación de calidez de la piel de Derek resbalando sobre mi piel. Abrí los ojos y me giré hasta quedar boca arriba para encontrarme una sonrisa colgando del hermoso rostro de mi compañero de colchón, que me observaba tumbado de lado, sujetando la cabeza en su mano, mientras deslizaba dos dedos por mi brazo en una caricia rítmica.

—Buenos días. —Cerró el espacio entre nuestras bocas con un beso suave que me trajo recuerdos muy placenteros de la noche pasada.

—Buenos días. —Acepté el beso encantada y entrelacé mis brazos alrededor de su nuca para poder acercarlo más a mi cuerpo.

—Podría acostumbrarme a esto. —Sus labios bajaron por mi cuello dejando un reguero de pequeños besos a su paso—. Sin duda solo es comparable a las mañanas de Navidad cuando era niño y me despertaba ansioso por saber si Papá Noel me había traído lo que quería. Aunque en este caso es mejor, porque ya se cuál es el regalo. —Me guiñó un ojo pícaro, mientras tiraba de la sábana que me cubría. El roce de su incipiente barba entre mis pechos me hizo suspirar y me arqueé ofreciéndome a su boca sabia que me enloquecía.

—¿Es que no has tenido suficiente? —susurré mientras introducía las manos entre su pelo y le dejaba hacer y un cosquilleo iba creciendo por el interior de la piel de mis muslos.

—Estoy empezando a sospechar que contigo nunca tendré bastante.

La frase flotó en el aire y se evaporó cuando se incorporó y me levantó con él hasta que quedamos sentados frente a frente, mis piernas rodeando sus caderas. Su boca tomó posesión de la mía recorriéndola con anhelo, devorándome y haciéndome gemir hasta que cualquier otra cosa que no fuera deseo se evaporó y, sin pensar, me dejé llevar al paraíso sensual que Derek creaba para nosotros dos. A la mierda las reglas.

Quince

Debía estar sumida en una especie de fascinación sexual. Sí, tenía que ser eso. Observé de reojo a Derek, una vez más, desde el otro lado de la mesa de la sala de juntas y suspiré. No encontraba otra explicación al hecho de que no pudiese apartar los ojos de encima de él más allá de cinco minutos.

Volví a mirarlo y mis ojos chocaron con los suyos. Alzó una ceja, mientras una sonrisa lenta se dibujaba en sus labios. Sin alejar su mirada de la mía, se levantó y recorrió el espacio que nos separaba. Se inclinó hacia mí y una oleada de calor se propagó desde mi estómago en todas direcciones.

—Creo que deberíamos ir a por un café si queremos llegar a terminar este informe.

Giré la cara y mi mirada cayó en su boca. La devolví a sus ojos a duras penas, tragué saliva y asentí. Derek se rio.

—Vamos, pequeña descarada —dijo y me tendió la mano.

La cogí, permití que me levantara y me dejé guiar hasta la puerta. Dejarme llevar. Era lo que estaba haciendo desde hacía unos días, en un sentido menos literal, más emocional; centrada en el momento, en actuar según lo que me pidiese el cuerpo sin pensar más allá. Solo dejándome guiar por mis instintos. Y funcionaba. Me sentía cómoda disfrutando del tiempo que compartíamos sin expectativas ni condiciones.

Cuando entramos en la cocina, Laura miró primero nuestras manos unidas y luego a mí. Me encogí de hombros y la sonreí. No era más que un gesto de afecto y no iba a ser yo la que le diese importancia.

—Decidme que alguien más estaba deseando que llegase el viernes.

Puse los ojos en blanco, terminé de servirme el té y me senté a su lado.

—Ya te dije que salir los miércoles no era buena idea.

—Tampoco trabajar diez horas diarias y mira, llevo toda la semana haciéndolo. —Me sacó la lengua y yo respondí pellizcándole el brazo.

—¿Tienes problemas con la cuenta de Olive Divine?

—No, problemas no. Pero asumir parte de la carga de trabajo de Eric empieza a ser demasiado. Deberíamos plantearnos en serio la opción de contratar a alguien que nos ayude con sus tareas.

—¿Alguien que nos ayude con qué?

La sonrisa de Laura flaqueó durante un momento, pero enseguida se recompuso. Lo hizo tan rápido que si yo no hubiese estado al tanto de lo que estaba ocurriendo con Martín no me hubiese dado cuenta. Me imaginé que después de tantos años negando sus sentimientos por él era algo que le salía solo. Me sentí triste por mi amiga.

—Con el trabajo que Eric no puede hacer.

Martín cogió una taza y se acercó a la cafetera.

—Ya lo había pensado, pero no creo que podamos convencerlo... —Dio un sorbo a su café y me miró.

—Ah, no. Yo no.

—Eres su hermana. A ti no creo que te arrancase la cabeza.

Recurrí a Laura con la mirada en busca de ayuda. Se encogió de hombros.

—Lo siento, pero en este caso creo que tiene razón.

Vi la sonrisa que Derek apenas contenía y supe que había perdido. Suspiré resignada.

—Vale, está bien. Se lo diré, pero yo elegiré el momento y solo cuando tengamos al candidato

idóneo.

—No hay problema. —Asintió Laura.

—Me parece justo —coincidió Martín y sonrió complacido—. Y ahora pasemos a asuntos más mundanos. ¿Qué planes tenéis para esta noche? Sergio y su banda tocan en un local aquí cerca. Es su primer concierto en una sala medio grande y sería genial si pudiéramos ir a apoyarlos. Son buenos, lo juro.

Me acordaba de Sergio, había sido compañero de Martín en la facultad. Su guitarra nunca faltaba en las fiestas. Miré a Derek. No habíamos planeado nada. Ni siquiera habíamos comentado si nos veríamos, aunque lo había dado por hecho tras pasar juntos las últimas noches. Me guiñó un ojo y yo le sonreí de vuelta.

—Nosotros nos apuntamos.

Martín se giró y miró a Laura.

—Yo no puedo.

Se acercó un par de pasos.

—Vamos, Laura, tienes que venir.

—Lo siento, pero estoy agotada.

Martín buscó sus ojos y ella desvió la mirada.

—Por favor, es importante para mí.

Percibí la tensión de mi amiga, la lucha que se desarrollaba en su interior. Tras unos segundos suspiró e hizo un leve asentimiento con la cabeza.

—Está bien. Pero no pienso quedarme hasta tarde.

Se miraron y un mundo pasó por sus ojos en un instante, y me pregunté cómo podía no haberme dado cuenta antes de aquellos sentimientos que ahora me parecían imposibles de ignorar.

Martín fue el primero en romper el contacto. Se pasó una mano por el pelo y esbozó una sonrisa que se quedó solo en sus labios.

—Gracias, chicos. En un rato os mando la hora y la ubicación. Voy a seguir trabajando. —Se llenó la taza de nuevo y salió de la cocina.

Laura lo siguió unos segundos después.

Los observé marcharse cada uno camino de su despacho y suspiré.

Derek se acercó a mí.

—Así que vamos a ir de concierto.

—Eso parece.

—Hace años que no voy a uno.

Me entraron las dudas.

—Quizá te hubiera apetecido más hacer otra cosa.

—Cerveza, buena música y tú. —Se inclinó hasta que sus labios rozaron mi oreja—. Me parece el plan perfecto —dejó un beso suave en mi cuello y me tendió la mano— ¿Seguimos?

Solo pude asentir, porque las mariposas en mi garganta no me dejaron contestar.

Derek me recogió a las diez. Cuando abrí la puerta y lo vi vestido de negro de los pies a la cabeza, cazadora de cuero incluida, pensé que podía estar delante, perfectamente, de una de mis fantasías de la adolescencia. Podía pasar por el típico chico malo, que luego descubres que tiene mucho de bueno. Y eso era lo mejor, porque por mucho morbo que dieran los malos, yo me había dado cuenta, hacía mucho tiempo ya, de que a mí me gustaban los buenos. Y Derek, dejando su exasperante exceso de seguridad en sí mismo de lado, cumplía con creces esa

condición.

Parados uno a cada lado de la puerta, nos recorrimos con la mirada.

—Estás muy guapa.

—Tú también.

Sonreímos.

—¿Nos vamos?

Asentí y mi mano buscó la suya, sin siquiera pensar.

Fuimos en taxi hasta la dirección que Martín nos había enviado. Cuando llegamos vimos que Laura y él nos esperaban en la puerta. Miré a mi amiga con la pregunta en los ojos y ella me hizo un gesto que interpreté como un «después».

Nos saludamos y caminamos hacia la entrada. Se había formado una pequeña cola, pero Martín se acercó al portero y tras consultar una lista nos dejó pasar.

Miré los grupos que se iban formando aquí y allá.

—Parece que va a haber bastante gente.

—Eso espero. Se lo han trabajado mucho. —Señaló una de las barras—. Deberíamos pedir antes de que se llene.

Todos asentimos de acuerdo y nos pusimos en marcha.

—Nosotras tenemos que ir al baño.

Laura arqueó las cejas, pero le di un empujón suave para que empezase a andar.

—Pedidnos dos cervezas, por favor —dije antes de seguirla.

Le di de tregua hasta que estuvimos dentro del baño de chicas.

—¿Va todo bien?

Se encogió de hombros y se pasó una mano por el pelo.

—Sí. O no. No lo sé.

—Pero estáis bien, ¿no? Habéis venido juntos.

Asintió.

—Martín se presentó en casa esta tarde. Quería hablar.

—¿Y?

—Pues que tuve que abrirle la puerta, no iba a dejarlo en la calle.

—Entonces habéis hablado.

—Más o menos. Me ha dicho que echaba de menos a su mejor amiga y que dejase de apartarlo.

—¿Y de lo demás?

—Ni una palabra.

—Bueno, quizá te haya hecho caso. Quizá lo haya pensado y ha decidido que vuestra amistad es más valiosa.

Hizo una mueca que no supe cómo interpretar.

—Parece ser que sí.

—Y eso te hace sentir...

—No lo sé.

La vi perdida y eso en Laura, que siempre parecía tener la respuesta o al menos el empuje para buscarla, era inquietante.

—Seguramente sea mejor así.

No sé si me lo dijo a mí o a ella misma, pero, de todas maneras, la envolví en un fuerte abrazo. Cuando nos soltamos, inspiró con fuerza, se colocó la camiseta y esbozó una sonrisa.

—Vale, hemos venido a escuchar música. Pasémoslo bien.

La sala ya estaba casi llena cuando volvimos. Martín y Derek se habían colocado en un lateral cerca del escenario. Nos hicieron un gesto y caminamos hacia ellos.

—Gracias. —Cogí el vaso que Derek me tendía y le sonreí.

Me miró a los ojos.

—¿Todo bien?

—Genial. —No pude añadir nada más porque las luces bajaron de intensidad y, en un segundo, la música y el alboroto del público se convirtieron en una marea que nos engulló.

Entre la primera y la segunda canción, las luces volvieron a subir y, mientras el vocalista daba las buenas noches y presentaba a la banda, vi a Sergio. Llevaba el pelo algo más largo, pero lo reconocí sin dificultad agarrado a su guitarra.

Llegaron los primeros acordes del siguiente tema y silbé. Martín tenía razón; sonaban muy bien. Tocaban un estilo de rock melódico con toques de *grunge*. Noté que los brazos de Derek rodeaban mi cintura y me relajé envuelta en su calor y el sonido de la música. Por el rabillo del ojo, podía ver a Martín y Laura. Parecía que la música había hecho su magia y distendido parte de la tensión que los envolvía. No obstante, algo permanecía entre ellos, podía notarlo. Parecían dos planetas que orbitaban uno al lado del otro, girando alrededor del mismo sol, y sin salirse de su trayectoria por miedo a quemarse.

Solo rompieron esa barrera cuando el grupo tocó una versión de *How you remind me*, de Nickelback. O al menos eso pensé cuando me pareció ver sus manos entrelazadas, pero fue tan breve y la luz era tan escasa que no estuve segura de si lo había visto de verdad o me lo había imaginado.

No obstante, no tuve oportunidad de seguir especulando, porque cuando el concierto terminó y Martín propuso ir a tomar algo con Sergio y la banda, Laura declinó la oferta alegando que estaba cansada.

—¿Estás segura?

—Sí, estoy agotada. Demasiada intensidad para una sola semana.

—Podemos acompañarte.

—No seas tonta. He pedido un Uber. Seguid y pasadlo bien.

Estudié su sonrisa.

—Estoy bien, Val. Solo necesito dormir diez horas seguidas.

—Vale, pero escríbeme cuando estés en casa.

—Sí, mamá.

Nos miramos y sonreímos.

Esperamos con Laura a que llegara su coche y luego nos reunimos con Sergio y los demás componentes del grupo. Aunque hacía tiempo que no nos veíamos, me reconoció tan rápido como yo a él. Nos dimos un abrazo y, tras felicitarlo por el concierto, le presenté a Derek. Él hizo lo mismo con el resto de la banda.

Nos pusimos de manera rápida al día y luego, mientras desmontaban, pedimos unas copas. Cuando acabaron propusieron ir a tomar la última a otro sitio, pero yo ya no estaba allí. Llevaba rato perdida en el calor de la mano de Derek cuando me tocaba, en su olor, en el sonido de su voz.

Me incliné hacia él.

—Vámonos a casa.

Me miró y apenas asintió.

Nos despedimos de Martín y el resto del grupo y en cinco minutos estábamos fuera. Hacía frío, pero no me importó. Me pegué a Derek, que me abrazó envolviéndome en su calor.

—¿Quieres que cojamos un taxi?

—Ahora. Primero prefiero caminar.

No me contestó. Solo me besó el pelo y me apretó más fuerte contra su cuerpo.

—Te has quedado muy callada. ¿Qué piensas?

—Que me lo he pasado muy bien.

—Yo también. —Su mano buscó la mía y la envolvió y yo..., yo me sentí en calma.

Paseamos bajo la noche de Madrid. Hablando, riendo, en silencio a ratos. Me sentía rara, exultante y relajada a la vez, caminando con paso firme, pero a diez centímetros del suelo, como si estuviese bajo los efectos de alguna droga.

Nos detuvimos en un semáforo. Me aparté lo justo de su cuerpo para quedar frente a frente y lo besé, sin vergüenza, sin contención, como siempre había creído que no se debería besar en la calle. Y mientras su calor se mezclaba con el mío, pensé que estaba equivocada, que esos besos deberían darse todos los días, a todas horas, en cualquier parte.

Después de ese beso y unos cuantos más, el deseo de pasear saltó en llamas y no tuvimos más remedio que coger un taxi y contar los minutos que quedaban hasta llegar a mi casa aguantándonos las ganas.

¿Sabéis? Hay momentos en los que solo un detalle es suficiente para notar que algo es diferente, que el curso de las cosas se ha alterado y ha evolucionado. Y ese fue mi momento. En el asiento trasero de un taxi, con su mano en la mía y su sabor en la boca. Porque las ganas, eran colectivas y en mayúscula. Ya no se trataba solo de sexo. Eran ganas de desayunos compartidos, de charlas sobre trabajo, de cenas improvisadas cuando tenía la nevera vacía, de consuelo en los días malos, de retos, de risas, de salidas con mis amigos. Me di cuenta de que podría repetir las últimas semanas cada día y que lo haría con él. Entramos en casa y nuestros ojos se encontraron en una mirada que rebosaba deseo, pero también ternura. Y solo ahí asumí que hacía días que esos sentimientos flotaban a nuestro alrededor colándose por las grietas de mis defensas caídas y que no hay peor ciego que el que no quiere ver. Y a pesar de ello, cuando Derek me besó, cuando su cuerpo se fundió contra el mío, no pude hacer otra cosa que dejar de pensar y permitir que me arrastrase con él.

«Mierda. ¿Cómo había permitido que pasara?» Apreté las palmas de las manos contra mis párpados e inspiré hondo. Empezaba a dolerme el culo de estar sentada en esa silla de la cocina. No me había movido desde que Derek se había marchado, y de eso hacía ya un buen rato. Giré la taza en mi mano. Todo de lo que había huido en el casi último año ahora se hallaba frente a mí. Un paquete de sentimientos que esperaba sobre la mesa a que lograra hallar el sitio para encajarlo. Y, si era sincera, no creía que fuera capaz de encontrar ese lugar.

Todo se había vuelto demasiado complicado. Ahora era consciente de la estrategia de Derek; había presionado de forma sutil y constante hasta que hubo derribado todas mis barreras, una por una. Estaba cabreada, con él, por haber empezado ese juego, pero sobre todo conmigo. En última instancia yo había sido también parte implicada en el mismo. Había roto las reglas, mis reglas, y había dejado que los sentimientos se filtrasen y terminasen atrapándome, otra vez. Había caído en mi propia trampa al pensar que podía manejar algo físico entre los dos a pesar de que mis instintos me mandaban señales de alarma desde la primera vez que posó sus ojos sobre mí.

No me iba a engañar; ese nunca había sido mi estilo. Anhelaba una relación con Derek. Él había hecho eso, había hecho crecer ese deseo en mi corazón y no iba a desaparecer. Pero a la misma vez, mi mayor ansia era mi mayor miedo. Sabía que era un temor irracional, instintivo y como tal me era imposible deshacerme de él. Mi miedo a sufrir era más fuerte que mi capacidad

de amar. Tenía que protegerme y solo conocía una manera, alejarme de la amenaza, lo que suponía alejarme de él.

Dieciséis

No sabía con certeza qué hora era, pero mi cuerpo me indicaba sin duda alguna que ya debería haberme ido a casa. Notaba la espalda rígida y los ojos cansados, por no hablar del vacío en el estómago. Estiré los brazos por encima de la cabeza y mi boca se abrió en un bostezo involuntario. Me recosté en la silla y deslicé el dedo por la pantalla del teléfono que descansaba silencioso sobre la mesa de mi despacho. Las cuatro cifras en la pantalla confirmaron lo que ya suponía. Veintiuna cuarenta, las diez menos veinte de la noche; demasiado tarde para continuar en la oficina. Y lo peor de todo era que el trabajo no era el motivo que me llevaba a buscar refugio entre esas cuatro paredes.

En mi interior, me justificaba diciéndome que necesitaba tiempo para aclararme, dejar que las cosas entre Derek y yo se enfriaran y que la distancia me permitiese coger cierta perspectiva. Laura no era de la misma opinión, «esconderte», me había dicho esa mañana, «eso es lo que estás haciendo». Y sabía que acertaba, al menos en parte, ya que, si bien su definición me parecía demasiado vergonzosa para aceptarla, podría decirse, al menos, que lo estaba evitando.

Claro que mi amiga sabía bien de lo que hablaba; en ese juego Martín y ella tenían un máster. Desde luego que no por los mismos motivos. Ellos no se escondían físicamente el uno del otro, de hecho, pasaban mucho tiempo juntos, tanto que a las personas que los veían desde fuera muchas veces les costaba diferenciar si eran pareja o solo buenos amigos. Además, Laura no tenía ningún tipo de fobia al compromiso. Su ocultación era a un nivel emocional.

Pensé en una conversación que habíamos mantenido días atrás y que me hacía reafirmarme en mi opinión de que los sentimientos solo complicaban las cosas y que su relación estaba adquiriendo matices afilados que podrían resultar bastante peligrosos. Me temía que irremediabilmente, si las cosas no cambiaban, uno de ellos o incluso los dos saldrían heridos.

Un pitido me devolvió a la realidad. Era tarde y no esperaba a nadie. Pulsé el botón del vídeo portero y la imagen del motivo de mis desvelos se materializó en la pequeña pantalla. Apreté los labios y maldije en silencio. Quizá si me quedaba callada pensaría que no había nadie y se iría.

—Valeria, sé que estás ahí, puedo escuchar tu respiración —aseguró hablándome a través del aparato.

«Mierda»

—Abre, por favor —exigió con suavidad.

Observé unos segundos los tonos grisáceos que contrastaban formando su imagen y pulsé el botón para permitirle pasar.

Tras unos segundos, las puertas del ascensor se abrieron con un sonido característico y escuché sus pisadas firmes acercándose a la puerta. A pesar de ello, cuando el sonido del timbre atravesó el silencio de la sala no pude evitar dar un pequeño salto.

—Hola. —Se detuvo ante la puerta que yo mantenía bloqueada contra mi cuerpo, más para sujetarme que para impedirle el paso, y me recorrió de un vistazo, desde los pies a la cabeza, como si quisiera asegurarse de que estaba bien. Su expresión algo tensa unos instantes antes se relajó.

—¿Puedo pasar? —preguntó con cautela.

Eché hacia atrás la hoja de madera y me retiré unos pasos, permitiéndole avanzar dentro del vestíbulo.

—¿Qué haces aquí, Derek?

La mejor defensa siempre era un buen ataque y yo no podía permitirme el lujo de mostrarme

vulnerable. En el poco tiempo que nos conocíamos, Derek había descubierto mis puntos débiles y sabía aprovecharlos.

—Esa pregunta debería hacerla yo, ¿no crees? —Alzó una ceja, burlón.

Le lancé una mirada afilada y comencé a caminar hacia mi despacho.

—Tengo mucho trabajo. Entre los días en el hospital y las horas que paso en casa de Eric para echarles una mano a mi padre y a él, el tiempo vuela. Necesitaba ponerme al día —expliqué haciendo acopio de toda la fuerza de voluntad que me quedaba para no volverme y echarme en sus brazos. Era muy consciente de que me seguía a un par de pasos de distancia, su olor flotaba a mi alrededor y me envolvía, atrayéndome como una droga.

Entré al despacho y oí cómo se detenía detrás de mí.

—¿Eso te suele dar resultado?

Paré frente a mi mesa y me volví para encararlo.

—¿Perdón? Creo que no te entiendo.

—Me refiero a las mentiras. —Cruzó los brazos sobre su pecho.

Se había quitado la cazadora y la tela del fino jersey de punto se tensó sobre sus bíceps. Imágenes de sus brazos sosteniendo su peso sobre mí volaron por mi memoria.

—Eres una mentirosa terrible —se burló—. Me evitas, Valeria. Reconócelo. No eres muy sutil que se diga.

Desvié la mirada y no contesté. Era absurdo negar lo evidente. Desde que se fue de mi casa «la noche después» había rechazado todas sus propuestas para vernos alegando que estaba muy ocupada y cortaba cualquier intento de conversación que ocupase más allá de cuatro palabras.

Dio un par de pasos hasta quedar a escasos centímetros y yo tuve que hacer uso de toda mi fuerza de voluntad para aguantar el tipo y no retroceder demostrándole así el poder que ejercía sobre mí. Mi cuerpo no era de fiar teniéndolo tan cerca.

—¿Qué es lo que estás haciendo, Val? —Sus dedos acariciaron mi cabello retirándolo de mi cara para luego acunar mi rostro entre sus manos.

—Sigo con mi vida. —Reculé hasta quedar fuera de su agarre. Mis piernas tocaron el escritorio y me apoyé en el borde del mismo—. Mira, Derek, todo esto ha sido genial, no me malinterpretes, pero una vez que ya hemos acabado con toda esa tensión sexual insatisfecha lo mejor es que nuestra relación vuelva a ceñirse a lo profesional. No hay motivo para complicar más las cosas.

Ya estaba dicho. Había puesto mi mejor cara de mujer de mundo y le había soltado el discurso. Ahora solo rezaba para que se lo creyera. Al fin y al cabo, un hombre como él no tenía necesidad de ir tras ninguna mujer que no quería sus atenciones y menos teniendo disponibles a otras que estaría segura de que no las rechazarían.

Inclinó la cabeza y me estudió a través de sus ojos entornados.

—Vuelves a hacerlo. —Una sonrisa lenta se dibujó en su boca—. Mientes de nuevo.

Cerró el espacio que nos separaba apoyando sus manos en el escritorio a ambos lados de mis caderas.

—¿Por qué me intentas alejar si no es lo que deseas? —Me besó el cuello.

De pronto, era como si su presencia ocupase toda la habitación. Me sentía rodeada por su calor, su olor y mi respiración se convirtió en un ligero jadeo.

—Te quiero en mi vida. —Sus labios recorrieron mi mandíbula y no pude evitar echar la cabeza hacia atrás para darle mejor acceso.

—Pero no puedes tenerme. —Mi voz sonó insegura.

—Eso está por ver.

Su boca se apoderó de la mía en un asalto brutal. Su lengua me recorrió hasta dejarme sin aliento. Noté la suave tela de la falda deslizarse hacia arriba, hasta quedar arremolinada en mi cintura, y las fuertes manos de Derek que me agarraban elevándome hasta dejarme sobre el escritorio.

Separó su boca de la mía unos centímetros. Notaba su respiración caliente que caía sobre mis labios húmedos y el frío de la madera contrastando con mi piel.

—Separa las piernas —dijo la orden con suavidad, mientras se colocaba en el espacio vacío entre mis muslos.

Sin dejar de mirarme a los ojos desabotonó mi camisa. Su mirada bajó despacio hasta mis pechos que se contrajeron ante su atención.

—Joder, eres lo más sexy que he visto nunca.

Deslizó la camisa por mis hombros dejándolos al descubierto. Luego introdujo los pulgares bajo los tirantes del sujetador y los dejó resbalar por mis brazos lo suficiente para liberar mis pechos y acto seguido cubrirlos con sus palmas suaves, acariciando y apretando hasta que se hincharon bajo su tacto, para luego sustituirlas por su boca. Mientras, sus manos iniciaban un camino ascendente desde mis rodillas por el interior de mis muslos. Se detuvo en el borde del encaje de mis medias y lo recorrió con sus pulgares.

—Recuéstate. —Su voz sonó ronca en el silencio del despacho.

Enfoqué mis ojos en su rostro y obedecí. Me recliné hasta apoyarme sobre los antebrazos.

Inspiré con fuerza cuando Derek se arrodilló y tiró de mis bragas hasta sacarlas por mis piernas, dejándome desnuda de cintura para abajo.

Ahogué un gemido al sentir su boca justo en el vértice de mis muslos. Su lengua me acariciaba haciendo que una deliciosa presión se construyese en mi interior. A la vez introdujo dos dedos en mí y comenzó a moverlos haciendo que mi cuerpo comenzase a temblar. Poco a poco incrementó el ritmo hasta que un orgasmo increíble me recorrió haciéndome gritar.

Una vez que mi cuerpo dejó de estremecerse, Derek se incorporó. Con ternura me besó en los labios y me estrechó contra su pecho. Me sostuvo así hasta que mi respiración se calmó. Luego me colocó la ropa, me levantó en brazos y se sentó en mi silla conmigo en su regazo.

Me relajé contra su cuerpo apoyando mi cabeza sobre su pecho.

Su voz profunda me llegó en un susurro.

—No voy a dejar que te escondas de mí, cariño. Mañana vuelvo a Chicago, pero lo que hay entre nosotros aún no ha terminado. —Llevó la mano al bolsillo de su pantalón y sacó un billete de avión que puso encima de la mesa—. ¿Necesitas espacio?, perfecto, tómate estos días para poner en claro lo que sea que haya en tu cabeza, haz lo que tengas que hacer, pero el próximo viernes vas a subirme a ese avión y yo voy a estar esperándote al otro lado. Vamos a pasar unos días juntos y vamos a hablar. Y me vas a contar todo lo que quieras hasta que encontremos una solución, podemos hacerlo. —Me dio un beso en la coronilla y me apretó más fuerte contra su cuerpo.

Apreté los párpados intentando contener las lágrimas. ¿Cómo podía hacerle entender que quería más de lo que yo podía darle?

Diecisiete

La conversación se repetía en mi cabeza una y otra vez.

«—¿Valeria? —Su tono era cauteloso.

—Hola.

—No estás en el aeropuerto. —No era una pregunta, a esas horas debería haber estado a punto de embarcar y el silencio de mi salón debía resultar revelador.

—No.

—No vas a venir. —De nuevo una afirmación.

—No.

—¿Por qué, Val? Tienes que hablar conmigo, no puedes encerrarte. Encontraremos la manera, todo irá bien, cariño. Confía en mí, por favor. —El ruego en su voz fue como si me diesen un puñetazo en la boca del estómago.

—Yo... No puedo. —Las lágrimas resbalaron silenciosas por mi cara.

—¿No puedes o no quieres? —La rabia afilaba ahora sus palabras y se clavaba en mi pecho.

—No puedo...

—No te creo. —El silencio se hizo en la línea, solo se escuchaba el pesado sonido de su respiración.

—Yo..., lo siento

—Sí, yo también lo siento, no sabes cuánto.»

Fue lo último que le escuché decir, porque corté la llamada. El dolor en su voz era tan palpable que lo sentía como cuchillos traspasándome y no pude soportarlo más. Luego me hice un ovillo y dejé escapar los sollozos que a duras penas había podido contener, mientras escuchaba tras el teléfono. Así estuve todo el fin de semana, hecha un manojo de lágrimas y un desastre emocional, hasta que Laura y Virginia habían aparecido en mi casa preocupadas, porque no contestaba al teléfono.

Abrí la puerta y la expresión de espanto que apareció en sus caras me hizo suponer que mi aspecto debía de ser mucho peor de lo que yo imaginaba.

—Val, cielo.

Laura me rodeó con sus brazos y Virginia se unió a ella un segundo después envolviéndome en un apretado abrazo lleno de comprensión y yo me aferré a ese abrazo como si en ello me fuera la vida, derramando las lágrimas que creía que ya no me quedaban. Eran lágrimas cargadas, no solo del dolor que me causaba la falta de Derek, sino de rabia e impotencia por la vida que había perdido un año atrás y por no ser capaz de sobreponerme al temor que me provocaba mi miedo al abandono y mi incapacidad para confiar en los demás desde ese momento.

Cuando el torrente de lágrimas disminuyó, las chicas me llevaron al sofá y, mientras Laura me traía un vaso de agua, Vir puso un poco de orden en el caos de pañuelos arrugados y platos sucios en que se había convertido mi salón.

—Lo primero, es lo primero. —Virginia me quitó el vaso de la mano—. Necesitas una ducha, estás hecha un asco, cielo.

Le eché lo que pretendía fuera una mirada irritada, pero mis ojos hinchados arruinaron el efecto, provocándole una sonrisa.

—Vamos Mata Hari. —Tiró de mí poniéndome en pie—. A ver si el agua caliente te descongestiona un poco.

De mala gana me dejé llevar por el pasillo hasta el cuarto de baño. La imagen que vi en el

espejo me arrancó una mueca. Me pasé la mano por el pelo intentando controlar sin éxito la maraña de enredos en la que se había convertido. Apoyé las manos en el borde del lavabo, cerré los ojos e inspiré despacio, notando cómo el aire iba llegando a todos los rincones de mis pulmones. Tenía que parar. No había motivo para que me sintiera tan desgraciada. Había hecho lo mejor, ¿qué sentido hubiera tenido alargarlo más? Unas semanas, quizá un par de meses de encuentros a caballo entre dos continentes, ¿y luego qué? Debía seguir adelante y dejar que los sentimientos que se habían despertado esas últimas semanas fueran ocupando su lugar en los cajones de mis recuerdos.

El agua caliente hizo su trabajo y salí de la ducha algo más animada. Las chicas habían preparado té. Me dejé caer en uno de los sillones y cogí la taza que Laura me ofrecía. Luego esperé con estoicismo el discurso que sabía que iba a tener que escuchar de boca de mis amigas.

—¿Te acuerdas de los zapatos rojos que recibimos nuevos la semana pasada?

Laura asintió y yo miré a Virginia con desconfianza, ese no era el tema de conversación que había esperado.

—Al final me los he comprado —anunció con una sonrisa satisfecha.

—Buena decisión. Son preciosos y te van a quedar perfectos con el vestido negro cruzado —aseguró Laura.

—¿Verdad que sí? Yo había pensado lo mismo. —Apoyó la taza sobre la mesa y se acomodó de nuevo en el sillón—. Creo que los voy a estrenar para la fiesta de Navidad de AvanC. Por cierto, ¿cómo lleváis los preparativos?

—Genial, ya está casi todo listo. —Se giró hacia mí—. Val, tienes que echarles un vistazo, cuando puedas, a los menús que nos ha enviado el catering. Martín y yo no nos ponemos de acuerdo y necesitamos una tercera opinión que desempate —me pidió Laura.

Asentí cada vez más recelosa. Durante un rato seguí la conversación en silencio hasta que no pude aguantarlo más.

—Vale, ya está —las interrumpí dejando a Virginia con la palabra en la boca cuando empezaba a contar las últimas monerías de su sobrina de dos años.

—Decid lo que tengáis que decir de una vez y terminemos con el tema.

Se miraron una a la otra con comprensión, pero fue Laura la que habló.

—Val, cariño, no hemos venido a darte ninguna charla.

—Sí, ya —bufé, incrédula—. No me lo creo. Si vosotras siempre tenéis algo que opinar.

Las dos sonrieron.

—Y por supuesto que tenemos nuestra opinión, pero esta vez hemos decidido que es mejor que nos la callemos.

—No creemos que nada de lo que te digamos vaya a cambiar las cosas —continuó Virginia—. Tú eres la única que puedes encontrar la manera de superar tus miedos y estamos seguras de que lo harás. Mientras tanto nosotras estaremos aquí para darte apoyo —repuso convencida.

Entrecerré los ojos y pasé mi mirada de una a otra.

—Entonces, ¿nada de discursitos sobre el amor y el devenir de la vida? —ironicé.

Las dos negaron al unísono con una sonrisa.

—¿Y nada de hablar sobre Derek? —pregunté aún recelosa.

—No, a no ser que tú lo quieras —dijo Laura.

Me relajé contra el respaldo del sofá, acomodé las piernas bajo mi cuerpo y dejé que todo lo que sentía tomase forma. Me di cuenta de que en realidad quería sacarlo afuera y dejarlo ir. Y así lo hice. Durante largo rato. Fieles a su promesa, las chicas escucharon hasta el final sin comentarios ni opiniones.

Cuando hube terminado me sentía algo más ligera. Estaba convencida de que mi decisión de alejarme de Derek había sido la más conveniente para los dos. Y aunque parecía como si cargase constantemente con algo muy pesado que me producía una presión casi dolorosa en el pecho, supuse que me había acostumbrado a la serenidad que me aportaba la presencia de Derek a mi lado y que tras unos días de retomar mi rutina todo volvería a su lugar.

Qué equivocada estaba.

Había pasado más de una semana y mi estado de ánimo no había mejorado en absoluto. No había vuelto a tener noticias suyas. Me sentía triste y desanimada. Y lo añoraba tanto que dolía. Sostuve el teléfono en la mano y mis ojos repasaron otra vez su nombre en la pantalla. Por milésima vez aparté el impulso de pulsar la tecla de llamada. Tenía que distraerme.

Aparté el sillón y me levanté. Descolgué del perchero el abrigo y el bolso y salí del despacho.

Mi hermano me dedicó una mirada sorprendida cuando abrió y me encontró de pie tras la puerta.

—Hola, enana. Qué sorpresa. —Me dio un abrazo breve y nos dirigimos hacia el salón—. ¿Va todo bien?

—Sí, claro, ¿es que tiene que pasar algo para que venga a ver a mi hermano convaleciente? —remarqué la palabra con intención.

Levantó la mano ilesa a modo de disculpa y se acomodó en el sofá.

—No, qué va. Es solo que no te esperaba —aclaró con una sonrisa—. ¿Quieres tomar algo?

—Sí, pero ya lo cojo yo, tú estate ahí quieto. —Colgué el bolso y el abrigo del respaldo de una silla y me encaminé a la cocina.

—Estoy manco, Val, no cojo. No entiendo esta manía que os ha dado a todos de no querer dejarme mover ni un dedo. —Escuché a mi hermano quejarse desde el salón.

Negué con una sonrisa y saqué dos latas de Coca-Cola de la nevera.

—¿Tengo que recordarte que tuviste un accidente hace apenas unas semanas?

Puse la bebida en su mano y me senté a su lado en el sofá.

—Sinceramente, eso no creo que se me olvide nunca, pero no soy un inútil, solo tengo un cabestrillo y un par de costillas por soldar —aclaró un tanto indignado.

—No seas quejica. Solo nos preocupamos por ti. —Lo besé con cariño.

Resopló y le dio un trago a la Coca-Cola.

—¿Y qué tal todo por la oficina? ¿Vas bien con el proyecto Blackwell?

Ahí estaba la pregunta. Eric no sabía nada de lo ocurrido entre Derek y yo y pretendía que, por el momento, siguiera así.

—Bien, vamos en tiempo según la planificación acordada —respondí, concisa y profesional. Mejor ser breve y pasar cuanto antes a otro tema.

—¿Es esta semana cuando tenéis que reuniros para ver los informes preliminares y aclarar dudas?

—Aja. —Di un sorbo a mi Coca-Cola—. No te preocupes está todo controlado —dije haciendo un gesto vago con la mano.

Todo controlado, ¡Ja! A nivel laboral todo estaba listo, eso sí era cierto, la que no estaba preparada era yo. Por parte de nuestro cliente no nos habían confirmado quiénes serían las personas que asistirían a esa reunión. Y la incertidumbre de no saber si tendría que enfrentarme a Derek me estaba volviendo loca. Tampoco era capaz de tomar una postura al respecto de si prefería que acudiese o no. Me moría por verlo, pero dudaba acerca de si sería capaz de estar cara a cara con él sin derrumbarme.

—¿Y tú cómo te encuentras?

Era hora de cambiar de tema, por eso había ido a ver a Eric, para distraerme de esos pensamientos.

—Harto de estar aquí metido. El lunes sin falta a primera hora estoy en la oficina.

—No sé si es buena idea, Eric. Puede que aún sea un poco pronto...

—No empieces otra vez con lo mismo —me cortó—. Ya lo he decidido. No aguanto un minuto más encerrado entre estas cuatro paredes. Te juro que mi cordura empieza a peligrar. Además, comienzo a ir con retraso y desde aquí el acceso al servidor va muy lento y apenas puedo trabajar —se quejó exasperado.

—Es que no tienes que trabajar, todavía sigues de baja. —Le recordé con retintín.

—Hasta el lunes —puntualizó—. A primera hora tengo una entrevista. —Esto último lo añadió sin mucho entusiasmo.

Martín, Laura y yo habíamos estado de acuerdo en contratar a una asistente que ayudase a Eric. Tenía una carga de trabajo excesiva y ya hacía tiempo que la venía necesitando. Pero ahora, tras el accidente, era del todo improrrogable, ya que no solo necesitaba una persona que le echase una mano con el trabajo acumulado, sino que le pudiese llevar y traer de las numerosas reuniones y compromisos a los que tenía que acudir. Claro que eso le escocía en su orgullo.

—Sigo sin entender por qué tengo que tener un asistente. Me gusta trabajar solo y a mi manera, sin que nadie meta las narices en mis cosas —refunfuñó molesto.

—Ya lo hemos hablado y somos tres contra uno. Te hace falta, no seas cabezota.

—Muy bien. Aunque no os aseguro que vaya a convencerme la persona que habéis buscado —advirtió.

Martín, que era quien había llevado a cabo el proceso de selección, había reducido la lista a dos únicas candidatas y había programado una última entrevista con la que pensaba que más se adecuaba al puesto para que Eric tuviera la decisión final. Si esa no le encajaba, programaría una segunda entrevista con la otra aspirante. Aunque estaba bastante convencido de que la del lunes era la mejor.

—No seas gruñón. Como sigas así lo mismo la que no se queda convencida es ella y rechaza el puesto —me burlé.

—No caerá esa breva —murmuró.

Le di un empujón y me puse en pie.

—¿Chino o pizza? —pregunté descolgando el teléfono.

—Pizza.

Asentí y fui hasta la nevera para mirar el teléfono de la pizzería. Sonreí para mí misma, había sido una buena idea ir a ver a mi hermano, ya me sentía de mejor humor. Marqué el número y me dispuse a pasar un par de horas de tranquilidad fraternal.

Dieciocho

Ya era oficial, podía decir que el día había sido nefasto, un verdadero asco. Me dejé caer en el sofá sin siquiera quitarme el abrigo, subí las piernas y cerré los ojos. Sentía que todo volvía a estar mal en mi vida. La sensación de control que tanto me costó alcanzar tras mi ruptura con Aarón había saltado por los aires y ya no era capaz de componerla de nuevo. Es más, ni siquiera estaba segura de quererlo. Algo había cambiado en mí y tenía que averiguar qué era entre toda la maraña de sentimientos contradictorios que me asediaban sin descanso. Inspiré, no podía culpar a nadie de mi pésimo estado de ánimo, esa era la verdad. La única y absoluta responsable era yo.

La reunión con Blackwell Hotels había tenido lugar esa mañana. Estaba programada para las doce del mediodía y la angustia ante la posibilidad de ver a Derek había ido creciendo a medida que se acercaba la hora. La noche anterior la había pasado en vela, sentada en la cama, con el teléfono móvil en la mano y sin reunir el valor suficiente para apretar el botón de llamada, lo cual no había ayudado demasiado.

Cuando me había levantado esa mañana tenía unas enormes sombras oscuras bajo los ojos y me sentía inquieta e irritada. Aun así, me obligué a seguir mi rutina diaria. Me preparé el desayuno mientras escuchaba algo de música suave y me duché y vestí. A las ocho entraba por la puerta de la oficina. Estaba desierta. El único sonido era el que hacían mis tacones al caminar hacia mi despacho.

Colgué el abrigo y el bolso del perchero y me parapeté detrás de mi escritorio, dispuesta a no levantar la cabeza de mis papeles hasta que fuera inevitable. No quería pensar en nada, solo dejar pasar las horas.

Cuando Eva llamó para avisarme de que nuestros clientes habían llegado tuve que tomarme un momento y contar hasta diez, mientras inspiraba por la nariz y espiraba despacio soltando el aire por la boca para controlar el nudo de nervios que era mi estómago. Tras eso me puse en pie y salí del despacho en dirección a la sala de juntas. Mientras recorría el pasillo me sentía como un cerdo que se dirige al matadero. Me detuve delante de la puerta y volví a respirar profundo. Me sequé las palmas ligeramente sudorosas con disimulo sobre la tela de la falda, golpeé la puerta con suavidad y sin esperar a que nadie contestase giré el pomo y entré.

De una mirada rápida comprobé que eran tres las personas que ocupaban la sala. Charlaban de forma distendida repartidos en diferentes sillas alrededor de la mesa ovalada que ocupaba el centro de la estancia.

Miré hacia la derecha y saludé a Martín con una sonrisa. Luego, me armé de valor y me dirigí hacia el otro lado. Reconocí a Anthony de inmediato. Me acerqué y estreché su mano. Al igual que la vez anterior me saludó de manera cordial e intercambiamos un par de comentarios de cortesía. Había llegado el momento, no podía posponerlo más. Apreté los dientes cuando me giré para enfrentar al último ocupante de la mesa. Le había mantenido deliberadamente fuera de mi campo de visión, para tratar de mantenerme en calma el mayor tiempo posible, ya que sabía que cuando me enfrentase de nuevo a esos ojos, que podían ser tan cálidos como distantes, esta volaría en mil pedazos.

Con la sonrisa congelada en la cara, extendí la mano a modo de saludo y enfoqué la vista en el hombre que permanecía sentado justo frente a mí para descubrir que no era Derek.

También era alto y fuerte, su envergadura se hizo patente cuando se levantó de su asiento para saludarme, y tenía el pelo castaño como él, sin embargo, sus ojos eran marrones. Estaba tan nerviosa cuando accedí a la sala que la vista o mi propio subconsciente me habían engañado y

había confundido a ese hombre con Derek.

—Estaba deseando conocerte —saludó afable—. Después de cruzar tantos correos electrónicos ya tenía ganas de ponerte cara.

Me recobré a duras penas de la sorpresa que me había supuesto que Derek no fuese el tercer asistente y le contesté con amabilidad.

—Lo mismo digo, Michael. Es agradable conocer en persona a quien me ha sido de tanta ayuda.

En el momento exacto que había escuchado su voz identifiqué de inmediato quién era su propietario. Michael Risk, mano derecha de Derek y mi interlocutor con Blackwell Hotels en las últimas semanas. El lunes siguiente a esa última y dolorosa conversación telefónica con Derek, Michael había contactado conmigo y me había informado de que a partir de ese momento él se encargaría del proyecto. Había sido discreto y profesional y en ningún momento dio la impresión de conocer cuál era el motivo por el que él era ahora mi enlace. Sin embargo, cierta comprensión en sus ojos cuando me miró por primera vez ese día me hizo sospechar que conocía a la perfección los hechos.

Un golpe suave en la puerta precedió a Laura que entró cargada de carpetas y los saludos cesaron. Era hora de ponerse a trabajar. Todos tomamos asiento y mi socia dio comienzo a la reunión.

Ausente, esa era la palabra que mejor podría definir mi estado durante las tres horas que duró el encuentro. Aunque al principio me había sentido aliviada por no tener que ver a Derek, luego la tristeza me embargó por completo. Replegada en mi silla, mientras la reunión avanzaba, mi cabeza no dejaba de dar vueltas a los posibles motivos que habrían hecho que Derek no asistiese. Era consciente de que podían existir decenas de posibles razones que no tuviesen nada que ver conmigo de manera personal, sin embargo, en el fondo de mi ser tenía la certeza de que el motivo principal por el que había enviado a Michael en su lugar era yo.

Las opciones eran escasas: o bien no quería ni verme o, sencillamente, me había olvidado y había seguido con su vida encargándole a otro la gestión del proyecto. Cualquiera que fuera la que escogiese hacía que el corazón se me apretase en un puño.

Respecto de Michael su actitud me había sorprendido y aún le estaba dando vueltas a las palabras que me había dicho al despedirse. Le había escuchado llamarme cuando intentaba salir de la sala de juntas con la única idea en mente de perderme por un rato.

Me detuve junto a la puerta y esperé a que me alcanzase.

—Solo quería decirte que ha sido un verdadero placer conocerte y que creo que te gustaría visitarnos alguna vez en Chicago. Estoy seguro de que te recibiríamos con los brazos abiertos. — Me estrechó la mano y salió dejándome allí.

Tras esto, el resto del día ya estaba condenado. Por más que intenté concentrarme en el trabajo, me descubría una y otra vez volviendo sobre los mismos pensamientos. La única conclusión lógica a la que pude llegar fue que no había ningún sentido oculto en las palabras de Michael, solo intentaba ser amable al invitarme a visitarlos, y que Derek me había sacado de su vida de un plumazo. Aunque no podía culparlo por ello, saber lo poco que había significado para él me dejaba el corazón en carne viva.

Me incorporé en el sofá hasta quedar sentada. Lo mejor sería que me diera una ducha y me fuese a la cama, quizá una noche de sueño reparador, si es que llegaba a conseguirlo, ayudase a que por la mañana viera las cosas de otra manera.

Me obligué a levantarme y dirigí mis pasos hacia la habitación. Colgué el abrigo en una percha y fui hasta el baño para encender el agua de la ducha. Mientras se calentaba volví a la

habitación y me desvestí. El cambio de temperatura erizó mi piel desnuda que agradeció el calor del agua que resbalaba por ella formando ríos cuando me coloqué bajo el chorro.

Me mantuve allí largo rato, disfrutando de la sensación de bienestar que se iba extendiendo por mi cuerpo a medida que mis músculos se iban relajando. Cuando decidí que estaba suficientemente arrugada, cerré el grifo y salí.

El vapor llenaba la estancia por completo. Me enrollé una toalla alrededor del cuerpo y pasé una mano por la superficie empañada del espejo. Cogí el cepillo y comencé a deslizarlo por los largos mechones húmedos. Observé la cara de mirada apagada que me contemplaba desde el otro lado y no me reconocí. ¿Qué era lo que estaba haciendo? Porque viendo mi aspecto y sobre todo mi estado de ánimo de las últimas semanas, tenía claro que fuese lo que fuese no estaba funcionando. Había tomado mis decisiones, sí, pero lo que creía que me protegería era lo que me estaba haciendo sufrir. ¿Y al fin y al cabo no era eso lo que había pretendido evitar? Mi trabajo consistía en analizar y hallar la mejor solución. Lo hacía constantemente. Era mi especialidad. Pero al parecer cuando se trataba de mi vida, no había sido capaz de hacerlo. Porque cuando había encontrado a la persona que me hizo olvidarme del pasado y soñar con un futuro, no me lo había permitido a mí misma y lo había echado de mi vida. Y ahí estaba mi error de planteamiento. Pensaba que el amor me dañaría cuando, en realidad, era la solución. Porque estaba total y completamente enamorada de Derek y lo único que podía calmar la desazón constante que sentía en mi interior era él. De pronto todo cobró sentido y las piezas del puzle encajaron. Tenía que arreglar lo que había estropeado. Tenía que lograr que Derek me quisiera de nuevo.

El timbre de mi teléfono móvil sonó en la habitación y, todavía descolocada por la decisión que acababa de tomar, corrí para cogerlo antes de que se cortase. La voz de Laura me llegó desde el otro lado de la línea.

—Abre, estoy abajo —dijo y colgó sin más.

Fui hasta el portero automático y pulsé el botón para dejarla entrar en el edificio. Mientras subía, me vestí con unos pantalones de yoga grises y una camiseta rosa de algodón. El timbre sonó justo cuando terminaba de recogerme el pelo en una coleta.

—¿Un mal día? —fue lo primero que dijo, mientras entraba en mi apartamento y sacaba una botella de vino de una bolsa que sujetaba en la mano.

—Un día pésimo —corroboré cerrando la puerta tras de ella y siguiéndola hasta la cocina donde ya estaba sacando un sacacorchos de uno de los cajones.

—Genial, celebrémoslo. —Terminó de descorchar la botella y caminó hacia el salón—. ¿Traes un par de copas?

Asentí, saqué dos copas de uno de los armarios y fui detrás de ella. Dejé las copas sobre la mesa y Laura sirvió una generosa cantidad de vino en cada una de ellas. Me ofreció una y ella cogió la otra.

—Un brindis por los días de mierda y los corazones rotos —dijo alzando su copa.

La miré sin comprender del todo, pero levanté la copa y la hice chocar con la suya.

Laura apuró todo el contenido de un trago y se derrumbó en los mullidos cojines del sofá.

—Cariño, ¿estás bien? —Di un pequeño sorbo a mi copa y me senté a su lado.

—Anoche me acosté con Martín —anunció tras unos segundos.

Bien, ahí estaba...

—Y eso es... ¿bueno? —aventuré con cautela.

—No, joder, Val. Es un absoluto desastre. —Se pasó las manos por la cara y se dejó caer contra el respaldo del sofá con un bufido.

—Vale, ahora me he perdido —anuncié alzando las manos—. Se suponía que estabas tomándote algo de espacio y tiempo para aclararte. Que ibais a ser amigos. Si ayer terminasteis en la cama entiendo que es porque ya lo tenéis claro.

—Ese es el problema. No fue por eso. Es la dichosa atracción. Siempre ha estado ahí entre nosotros y antes conseguía ignorarla, pero ahora todas las líneas se han desdibujado..., simplemente no lo pude controlar.

—Ya veo. ¿Y cómo se lo ha tomado Martín?

Cogió la botella y volvió a llenarse la copa.

—No lo sé. Aún no hemos hablado. —Vacío la copa de un trago y luego la dejó sobre la mesa.

—¿Cómo que no habéis hablado? Eso es imposible, estabais en la misma cama. —Una idea se me pasó por la cabeza—. ¿No lo habrás echado de nuevo? —pregunté acusadora.

Laura fue a coger de nuevo la botella, pero la aparté y la puse fuera de su alcance. Me miró con expresión culpable.

—No. Estábamos en su casa y me fui en cuanto se durmió.

—No me lo puedo creer. —Esa vez fui yo la que apuré el vino de mi copa y nos volví a servir a las dos.

—Cuando terminó la reunión con Blackwell Hotels salí pitando de la oficina. Me ha estado llamando, pero no le he cogido el teléfono.

Observé su rostro tenso y suspiré. Se la veía perdida, pero no podían continuar así si querían seguir manteniendo, al menos, su amistad.

—Sabes que evitarlo no es la solución, ¿verdad? —Yo era el mejor ejemplo de ello—. Tenéis que hablar, cielo.

—No quiero hablar. Solo quiero borrar todo lo que ha sucedido las últimas semanas y volver a donde estábamos —exclamó con rabia—. Estaba bien, Val. Lo había superado y era feliz. No tiene derecho a traer de nuevo ese sufrimiento a mi vida.

—Quizá es cierto lo que te dice. Quizá se ha dado cuenta de lo importante que eres para él, más allá de la amistad. —Ambos eran mis amigos y me apenaba muchísimo verlos sufrir de esa manera—. ¿Por qué no os dais una oportunidad?

—No puedo permitírmelo. —Parpadeó para aclararse la vista empañada por las lágrimas que estaba conteniendo—. Si le abriese ahora mi corazón y de nuevo me apartase, esta vez no podría mantenerlo dentro de mi vida. Perderíamos todo lo que tenemos y no sé si quiero correr ese riesgo.

Entendí a la perfección lo que me decía. Quizá yo ya no estuviese de acuerdo con esa opción, había riesgos que merecía la pena correr y yo me había dado cuenta de ello apenas un rato antes, sin embargo, era su decisión ya que sería ella la que sufriese las consecuencias. A pesar de todo, hice un último intento.

—Sea lo que sea lo que decidas, tienes que decírselo a Martín. Por respeto a vuestra amistad, habla con él, por favor. —Tomé su mano y le di un apretón.

Se quedó unos segundos mirando al vacío y luego asintió. Miré la botella de vino medio vacía y decidí que lo mejor sería preparar algo de cena antes de que alguna de las dos terminásemos perjudicadas.

—¿Tienes hambre?

—No mucha. Los disgustos me cierran el estómago —repuso Laura con una mueca.

—Aun así, voy a preparar algo para picar, tú quédate aquí. Nos vendrá bien meter algo en el estómago. —Me puse en pie y me encaminé hacia la cocina.

Preparé un plato con un poco de fiambre y embutido, y otro con patés. Al entrar en el salón vi que Laura estaba al teléfono,

—No, no quiero verte —hablaba en voz queda—. No puedes venir, no quiero que vengas... No es cierto, y no me escondo...

No podía oír a quien estaba al otro lado, pero por el tenor de la conversación y la tensión en su voz supe que era Martín.

—No puedo seguir con esto... Adiós. —Colgó el teléfono.

Llegué hasta la mesa y dejé sobre ella los platos. Laura parecía a punto de romperse en mil pedazos.

—Aquí está la cena —anuncié con voz alegre.

Laura me miró y esbozó una pequeña sonrisa triste. Me senté a su lado y la abracé. Estuvimos así unos segundos. Cuando nos separamos cogí el mando a distancia de la televisión y la encendí. Accedí al menú de una de las plataformas de *streaming*.

—Hoy eliges tú —decreté moviéndome para dejarme caer en uno de los sillones, mientras le entregaba el mando a distancia.

Los platos y la botella de vino vacíos descansaban sobre la mesa. Laura estaba tumbada medio dormida en el sofá agarrada a uno de los cojines y yo me arrellanaba en el sillón con las piernas recogidas bajo mi cuerpo abrazada a mis rodillas. Los pañuelos de papel se amontonaban arrugados sobre la mesa. Laura había elegido *Posdata. Te Quiero* y eso significaba que llevábamos cerca de una hora lloriqueando sin parar.

El timbre de la puerta sonó. Extrañada consulté el reloj, era tarde y no esperaba a nadie. Laura me miró interrogante. Me encogí de hombros y me levanté. Caminé hasta la puerta y atisé por la mirilla. Suspiré y abrí.

—Martín...

—Hola, Val. ¿Puedo pasar? —Él también tenía ojeras y una expresión angustiada en el rostro.

—Por mí sí, pero no sé si es el mejor momento —le advertí, mientras me retiraba para dejarle acceder al piso.

—No te preocupes, para Laura ninguno es bueno —dijo sin humor.

—Ya, pero este en especial viene aderezado con casi una botella de vino. —Me dirigí hacia el salón.

—Perfecto, lo que me faltaba —dijo entre dientes. Se pasó la mano por el pelo y me siguió.

Entramos al salón y Laura se incorporó como si la hubiesen pinchado con un alfiler en cuanto vio a mi acompañante.

—Hola, cariño. —Martín se acercó y se colocó en cuclillas frente a ella.

—No deberías haber venido. —La voz de Laura sonó cansada.

—Tenemos que hablar. No podemos seguir así. ¿No ves lo que esto nos está haciendo a los dos? —Alargó la mano para acariciarle el rostro, pero Laura volvió la cara. Martín retiró la mano y apretó los dientes.

—Vete. No puedo hablar contigo, al menos, no ahora. —Estaba haciendo un verdadero esfuerzo por mantenerse firme.

Martín se incorporó lo justo para sentarse a su lado.

—Tú sabes cómo ha sido mi vida desde que mis padres se divorciaron. Tú mejor que nadie. Mientras estuvo mi madre no fue tan malo. Ella era diferente. Me quería, me cuidaba. Cuando murió mi mundo se volvió del revés; había perdido mi guía, mi referente en la vida. Tuve que ir a vivir con mi padre. Con él las cosas eran, cuanto menos, frías; nunca fue un hombre cariñoso.

Vosotros, Eric, Valeria y tú, sobre todo tú, sois mi familia.

—No entiendo qué tiene eso que ver con...

—Te quiero, Laura. Siempre te he querido —continuó como si no la hubiese escuchado—. Solo que antes no era tan valiente para arriesgarme a que algo saliera mal entre nosotros y te pudiera perder. Cuando el otro día salí del baño y vi a ese tío abrazándote fue como si me diesen un puñetazo. Me di cuenta de que eso podía volverse realidad algún día y que yo quedaría relegado al papel del buen amigo para siempre. Que no sería quien te amase, quien te cuidase, ni quien compartiese contigo los momentos importantes. Te juro que se me cerraron los pulmones, no podía respirar.

Laura lo miró con los ojos llenos de lágrimas.

—No me hagas esto. Ahora dices que me quieres, pero ¿por cuánto tiempo esta vez?

Martín se puso rígido, sus palabras le habían herido. Pese a todo, la miró a los ojos y le respondió.

—No creo que nunca pueda dejar de quererte. —Se arrodilló frente a ella y tomó su rostro entre las manos—. Y sé que, aunque quieras negármelo a mí y ante ti misma, tú también me quieres.

Las lágrimas ahora le rodaban libres por las mejillas hasta confluír en la barbilla.

—Pero no quiero hacerlo...

—Hablemos, Laura. Solo te pido eso, por favor —rogó con la esperanza brillando en los ojos.

Laura sollozó. Tras un instante asintió y Martín apoyó su frente contra la de ella dejando escapar el aire que estaba conteniendo.

—Gracias a Dios. —Tiró de ella contra su cuerpo y se fundieron en un abrazo.

Yo que, hasta el momento, me había mantenido en un discreto segundo plano decidí que era un buen momento para desaparecer y me retiré a la cocina.

Me estaba preparando un té cuando Laura se asomó unos minutos después.

—Nos vamos.

—¿Todo bien?

—No lo sé. Al menos tenemos que hablar, en eso tenías razón.

—Es lo correcto. —Me acerqué y la besé—. Vamos, os acompaño a la puerta.

Me despedí de Martín y cerré con llave una vez hubieron salido. Esperaba de corazón que pudieran arreglar las cosas. Volví al salón y saqué mi portátil de la bolsa. Lo encendí y me puse manos a la obra. Ahora era mi turno, yo también tenía un par de cosas que resolver.

Diecinueve

Una ligera llovizna me recibió cuando atravesé la puerta del aeropuerto de Heathrow. Levanté la vista al cielo; estaba encapotado y las nubes escondían con celo los rayos del sol. Hacía frío y corría un poco de viento que se intentaba colar por el cuello de mi abrigo. Un típico día de otoño londinense.

Me acomodé la bufanda y caminé decidida hacia la hilera de taxis que esperaban paralelos a la acera con sus brillantes cajas negras. Le di al conductor la dirección y ocupé mi asiento en la parte trasera del vehículo. Cerré los ojos unos instantes y suspiré con la cabeza apoyada en el respaldo del asiento tratando de relajarme, mientras el taxista se incorporaba al denso tráfico de la urbe.

A medida que recorriamos las diferentes calles adentrándonos hacia el centro de la ciudad dejé a mis pensamientos volar hasta otra época, donde veía mi futuro con enorme claridad, perfectamente ordenado, con la certidumbre de que todo encajaba en su lugar. Debía haber sabido que nada es inmutable, las cosas cambian. Desde mi nueva perspectiva, en la que asumía que hay veces que es necesario arriesgarse y salir de tu zona de confort para avanzar, era consciente de que lo que iba a hacer era lo correcto; necesitaba aclarar ciertas sombras que me mantenían anclada al pasado, sin permitirme evolucionar.

El vehículo se detuvo frente a un edificio de piedra blanca. La puerta negra destacaba contra la pálida fachada. Miré el número junto a la misma, el diez. Sin duda era la dirección correcta. Pagué al conductor y me despedí a la vez que dejaba la seguridad del habitáculo para volver a sumergirme en el frío otoñal; al menos ya no llovía.

Escuché cómo el taxi se alejaba a mi espalda, mientras permanecía parada en la acera mirando los escalones que llevaban a la entrada de la vivienda. Allí estaba, había llegado el momento. Me obligué a moverme y a subir un peldaño tras otro hasta pararme frente a la puerta de entrada. El corazón me palpitaba y sentía un nudo en el estómago cuando apreté el timbre. Silencio. Llamé de nuevo, con el mismo resultado. Maldije en mi cabeza.

Me senté en el primer escalón con la cabeza entre las manos. Había llegado hasta allí y no pensaba irme sin lo que había ido a buscar que eran respuestas, estaba dispuesta a esperar el tiempo que fuese necesario.

—¿Valeria?

Una voz me sacó de mi abstracción. Levanté los ojos del suelo y me encontré con ese rostro que era tan familiar para mí como el mío mismo. Aarón. Mi corazón se aceleró feliz, por hábito, durante un momento, solo para encogerse de forma dolorosa después al recordar que me había abandonado, que era la misma persona que salió de mi vida sin siquiera despedirse.

—Val, ¿eres tú? —Me miraba a medio camino entre la duda y la sorpresa parado al pie de las escaleras.

Me puse en pie despacio y me obligué a buscar sus ojos. Seguían teniendo la misma calidez y el color del chocolate batido.

—Hola, Aarón.

El sonido de mi voz hizo que se sacudiera el desconcierto y subiese hasta detenerse junto a mí. Sus ojos me recorrieron, reconociéndome cómo si no creyese que fuese real. Después de unos segundos esbozó una pequeña sonrisa, deslizó la llave en la cerradura y se adentró en la casa dejando la puerta abierta tras de sí.

Lo seguí hasta el interior en silencio.

—Ven, tienes que estar helada. —Me guio hasta un pequeño salón y me acomodó en un sofá después de coger mi abrigo. Luego desapareció para volver unos minutos más tarde con una taza de té caliente y un plato con galletas. Los puso en la mesita junto al sofá y tomó asiento en un sillón contiguo.

No toqué la taza. Me limité a quedarme sentada mirándolo. Llevaba casi un año sin verlo y ahora estaba de nuevo frente a mí. Las emociones luchaban unas con otras por imponerse. Nervios, tristeza, rabia, dolor, todas girando en mi interior.

Se mantuvo en silencio, esperando. Lo conocía lo suficiente para saber que me estaba dando la oportunidad de dirigir la conversación. Tras unos minutos, viendo que yo no tenía intención de comenzar, suspiró y se incorporó un poco en el asiento.

—Me alegro de verte. —Su mirada y su sonrisa eran sinceras.

Ante mi mutismo continuó.

—Estás preciosa, como siempre. —Hizo una pausa—. Tenía muchas ganas de verte... No sabes cuántas veces he cogido el teléfono con la intención de llamarte. Te he echado de menos.

Lo miré confundida, eso sí que no me lo esperaba. Él, que me había abandonado como si no fuera nada y no se había preocupado de lo que eso me haría, de si estaría bien o mal o si sería capaz de superarlo, ahora me decía que me echaba de menos. Eso no podía estar pasando, era surrealista. Noté cómo el calor iba subiendo por mi pecho hasta llegar a mi rostro y la rabia tomaba el mando.

—Será por eso que me llamaste para ver cómo estaba —dije con acidez.

La sonrisa desapareció de su cara y fue reemplazada por una mueca de pesar.

—Es complicado...

—¿Qué es complicado? —pregunté casi gritando. El dique se había roto y todo el dolor y la desesperación que me habían acompañado desde que me había abandonado salieron a la superficie como una inundación, incontenibles—. Te fuiste, sin una palabra ni una explicación, nada. Me dejaste sola para que lidiase con las consecuencias y no volviste a preocuparte por mí. —Me puse en pie, me temblaba todo el cuerpo, no podía seguir sentada—. Eras mi marido, Aarón, mi mejor amigo, y te desentendiste de mí como si yo no fuera nada, menos que nada —bramé furiosa.

Volví a dejarme caer en el sofá, cubriendo mi cara con las manos para ocultar las lágrimas que era incapaz de contener.

Noté que Aarón se sentaba a mi lado y me rodeaba con el brazo llevándome contra su pecho. Lloré, sollocé y hasta hipé durante largo rato. Luego derrotada y exhausta, pero ya sin una lágrima que derramar me separe de él.

Sus ojos reflejaban el dolor que le provocaba mi sufrimiento. Me apartó el pelo de la cara con ternura.

—No puedes imaginar cuánto lo siento, de verdad. Sé que es probable que no me creas, pero es cierto. Me odio por lo que te hice y me he sentido miserable por ello cada día desde que me fui.

—¿Por qué, entonces, Aarón? ¿Por qué lo hiciste? —La amargura y la rabia habían desaparecido y ahora solo sentía cansancio y una tristeza infinita—. Creía que éramos felices.

Mantuvo mi mirada unos segundos y luego se levantó y desapareció por la puerta del salón.

Dejé caer la cabeza en el respaldo del sofá y cerré los ojos. Empezaba a notar un latido tras los párpados que amenazaba con transformarse en un memorable dolor de cabeza. Me masajee la frente y las sienes buscando un poco de alivio.

No era lo que yo había esperado. Me imaginé una conversación corta y educada en la que

Aarón me decía que me había dejado de querer y que por eso se fue o que había conocido a otra persona. Sin embargo, puede que para él esos meses separados tampoco hubieran sido una fiesta, como yo imaginaba, y que también necesitase algo de tiempo para poder sincerarse conmigo. El caso es que ya había llegado hasta allí y no quería marcharme sin conocer la verdad.

—Tómate esto. —La voz de Aarón me sobresaltó.

Abrí los ojos y puso un analgésico en la palma de mi mano. Esperó a que me lo metiese en la boca y me tendió un vaso de agua. Parecía que aún era capaz de reconocer las señales, me conocía demasiado bien. Eso me entristeció aún más.

Cogió el vaso de mi mano cuando hube terminado de beber y lo dejó sobre la mesa de centro. Luego él mismo se sentó sobre ella para quedar justo frente a mí.

—Quiero que entiendas que esto no es fácil para mí —comenzó—, pero te lo debo. No —se corrigió—, es más que eso. Eres una de las personas más importantes de mi vida y, como tal, deseo compartirlo contigo. Con esto no quiero que entiendas que me justifico de alguna manera y que espero que me perdones. Lo único que pretendo es que conozcas los hechos y te puedas liberar.

Inspiró como si se estuviese armando de valor y en ese momento me asusté. Dios, y si estaba enfermo. Y si era ese el motivo por el que se marchó. Lo miré asustada rezando por equivocarme y esperé a que continuase.

—Val, soy gay.

Esas tres palabras se abrieron paso por mi mente. En un principio sentí alivio, porque la palabra enfermedad no era una de ellas. Luego este se transformó en confusión, no podía haberlo entendido bien.

—¿Gay? —repetí incrédula.

Asintió muy despacio.

Estaba perpleja. ¿Cómo era posible? Habíamos estado diez años juntos y manteníamos relaciones sexuales con frecuencia. Bien era cierto que solía ser yo la que las iniciaba y que contenían más ternura que pasión, ahora lo sabía. —Derek me había demostrado en qué consistía la verdadera pasión—. Pero no me había parecido nada raro.

—¿Valeria? ¿Te encuentras bien? Me estás empezando a preocupar, te has quedado lívida. Di algo.

Claro que tenía que preocuparse, me acababa de decir que los diez últimos años de mi vida habían sido una mentira y yo una tapadera. Inspiré y espiré varias veces tratando de serenarme.

—Entonces me estás diciendo que no solo me abandonaste, sino que también me has utilizado todo este tiempo.

—No es tan sencillo. Al menos no para mí. —Apoyó los codos sobre las rodillas y apretó una mano contra otra—. Contigo fue la primera vez que sentía algo tan intenso por otra persona. Y te quiero, muchísimo, pero mi sexualidad no la puedo cambiar. Eso lo he asumido ahora, durante mucho tiempo no era plenamente consciente o intentaba ignorarlo, no estoy seguro. Solo sé que cuando me fui, no sabía quién era. Me sentía frustrado y confuso y no le encontraba sentido a nada. Estaba desesperado. Nunca quise utilizarte o dañarte, es la verdad. Eres una de las personas más importantes de mi vida. Todo lo que compartí contigo fue bueno y nunca te he dejado de querer, aunque ahora soy consciente de que no es el tipo de amor adecuado para una pareja.

Mi cabeza y mi corazón eran un caos. Nada me podía haber preparado para esa confesión. Me levanté y cogí el bolso.

—Me tengo que ir. —Necesitaba pensar.

Aarón intentó detenerme, pero no le dejó. Descolgué el abrigo y la bufanda del perchero y salí

cerrando la puerta tras de mí. El frío era intenso, sin embargo, no lo sentía. Estaba entumecida.

Vagué por las calles londinenses y cuando me dolieron los pies me senté en un parque.

Pensé largo rato en todo lo que me había dicho y llegué a una conclusión: era tiempo de dejar el rencor y la ira atrás. Ya no importaba cuál fuese la razón por la que me abandonó, lo había amado mucho, de forma profunda e incondicional, pero por fin sentía que había superado esa etapa, en mi interior solo quedaban los recuerdos de ese amor y del dolor. Mi alma estaba nueva, renovada y, por primera vez en muchos meses, lista para entregarse a otra persona.

Volví sobre mis pasos y me detuve frente a la puerta de la casa de Aarón. Llamé al timbre y esperé a que abriese. Cuando lo hizo su expresión de alivio fue tal que casi me dieron ganas de reír.

—Después de tanto tiempo no quería irme dejando las cosas así entre los dos —dije a modo de explicación.

De un tirón me atrajo hacia él y me estrechó fuerte entre sus brazos. En un principio me quedé rígida, mis brazos laxos pegados a los costados. La familiaridad del gesto terminó por envolverme y alcé las manos con timidez para devolverle el abrazo.

—Joder, Val. Estaba preocupado. Me alegra que hayas vuelto.

Me separó de su cuerpo y entramos al calor reconfortante de la casa.

—Estás helada. Ven, te prepararé algo. Además, debes de estar muerta de hambre. —Se encaminó decidido hacia la cocina.

—No hace falta, solo he venido a despedirme.

Se detuvo a medio camino y me miró con pesar.

—Al menos tómate un té —insistió entrando en la cocina y poniendo el hervidor bajo el grifo para llenarlo de agua.

—Te lo agradezco, pero tengo que coger un avión.

Cerró el grifo y se quedó un momento de espaldas, con las manos apoyadas a ambos lados del fregadero. Luego se volvió y se acercó a mí.

—Es tarde. Podrías cambiar el vuelo. Prepararé algo de cena y hablaremos. Y mañana por la mañana te llevaré al aeropuerto. No quiero que salgas de mi vida de nuevo para no volver a entrar. —Había una súplica implícita en el ofrecimiento.

—Lo siento, pero debo marcharme. —Cogí aire—. Mira, Aarón, necesitaba esta conversación, entender los motivos y te doy las gracias por habérmelos explicado.

—Era lo menos que podía hacer —me cortó—. De hecho, hace mucho tiempo que debería haberlo hecho.

—Aun así, te lo agradezco, pero ahora necesito tiempo —continué—, para pensar, para asimilarlo todo y descubrir cómo me siento con ello.

Me miró resignado y asintió.

—Lo entiendo, pero al menos deja que te lleve al aeropuerto.

Negué con la cabeza.

—Cogeré un taxi, no te preocupes.

Se pasó las manos por el pelo y suspiró.

—Está bien. Te llamaré un taxi si es lo que quieres —accedió sin mucha convicción, pero me conocía lo suficiente como para saber cuándo debía dejar de presionar.

Salió de la cocina para buscar el teléfono y yo me entretuve en examinar la estancia. Era pequeña, pero muy moderna. Mis ojos se detuvieron en las puertas del frigorífico. Estaban cubiertas de fotografías sujetas con imanes. Una de ellas llamó en especial mi atención. Me

acerqué para poder verla mejor. Me sorprendió que estuviese allí. En la imagen aparecíamos Aarón y yo abrazados, jóvenes y muy sonrientes.

—Siempre me gustó esa foto.

Aarón había vuelto y se encontraba parado a mi espalda mirando la misma imagen por encima de mi hombro.

—Sí, a mí también. —Pasé los dedos con cuidado por la superficie brillante—. Parecíamos tan felices.

—Creo que lo éramos. —Hizo una pausa y colocó las manos sobre mis hombros—. Yo al menos lo fui; todo lo feliz que pude ser. —Me besó en lo alto de la cabeza con ternura.

El timbre sonó y Aarón retiró las manos.

—Tu taxi está aquí.

Asentí y me sequé una lágrima que resbalaba solitaria por mi mejilla.

Una vez en la puerta Aarón volvió a abrazarme.

—Esta vez te llamaré, prométeme que me contestarás —pidió sosteniéndome con suavidad y sin dejar de mirarme a los ojos.

—Te prometo que lo intentaré. Necesito algo de tiempo, tienes que entenderlo.

—Está bien, tendré que conformarme con eso. Cuídate. —Me besó en la mejilla.

—Tú también —contesté, mientras entraba en el taxi.

Asintió con una sonrisa triste. Luego cerró mi puerta, le indicó el destino al conductor y esperó de pie en la acera, mientras me alejaba.

El vuelo de regreso a Madrid fue agri dulce. Ver a Aarón me había traído de vuelta un montón de sentimientos y sensaciones que había enterrado en mi interior mucho tiempo atrás. No sabía bien cómo me sentía. Pero lo que sí tenía claro era que Aarón y todo lo ocurrido formaban parte de mi pasado, estaba lista para seguir adelante. Mañana sería el comienzo de mi nueva vida. Una sin rencor ni miedo y repleta de amor para dar y recibir, o al menos iba a tratar con todas mis fuerzas de que fuese así.

Una vez en casa caminé directa hacia mi habitación. Solté el bolso y el abrigo, y me desvestí dejando caer la ropa de cualquier manera sobre la butaca. Luego fui al baño, me cepillé los dientes y me acosté. Estaba agotada. Observé la ropa doblada y perfectamente apilada en la maleta que descansaba abierta en el suelo, junto a la cómoda. Al día siguiente tenía un largo camino que recorrer, así que acallé las dudas que comenzaban a irrumpir en mi cabeza y cerré los ojos.

Veinte

Tenía que haberme vuelto loca, pero loca de atar. Era la segunda vez que me subía a un avión en apenas cuarenta y ocho horas. Y esta vez lo iba a hacer para cruzar medio mundo y un océano en busca de un hombre que estaba segura de que no querría ni verme. A pesar de ello, caminaba con paso firme arrastrando mi maleta que traqueteaba sobre el enlosado de la T4.

Notaba el estómago algo revuelto y parecía que la cabeza me iba a estallar. Efectos secundarios del cansancio, me dije. Prefería pensar eso a que era una reacción de mi cuerpo ante el temor a que Derek me rechazase.

Llegué hasta la puerta de embarque donde una sonriente auxiliar de vuelo me dio los buenos días y extendió su mano a la espera de que le entregase mi billete.

No me moví, quise alargar el brazo para dárselo, pero mi cuerpo no respondía. ¿Sería una señal? Quizá debía dar media vuelta y marcharme de allí. No, tenía cubierto el cupo de cobardía para una vida después de haber dejado a Derek tirado una vez. No pensaba permitir que el miedo volviese a dominar mi vida o mis decisiones, ya había probado de primera mano cuáles eran las consecuencias de eso. La decisión estaba tomada. Iba a subir a ese avión y al menos iba a luchar por una oportunidad para ser feliz, puede que ya fuese demasiado tarde, pero no iba a dejar de intentarlo por ello.

Le tendí la tarjeta de embarque a la señorita que esperaba con una sonrisa y crucé el *finger* hacia el avión. Las cartas estaban echadas y rezaba porque esta vez el karma estuviese de mi parte.

Me acomodé en mi asiento, mientras el ruido de los motores y la vibración se intensificaban. Noté un tirón en el estómago cuando el avión comenzó su ascenso y clavé los dedos en la tela del reposabrazos con los ojos cerrados. No me entusiasmaba volar y, sin embargo, me había subido tres veces a un avión en los últimos dos días. Lo dicho, loca de atar, aunque quería pensar que esta vez era con un buen motivo.

Durante la primera hora de vuelo los minutos se estiraron como si fuesen chicle. No podía parar de darle vueltas a la última conversación que había mantenido con Derek, su voz sonaba tan dolida y furiosa; el recuerdo me causaba una punzada en el pecho. Luego comencé a imaginar los posibles escenarios de nuestro encuentro. Quería tener esperanza, pero no era capaz de representar un final feliz en mi cabeza para casi ninguno de ellos. Era consciente de que las posibilidades de arreglar las cosas eran escasas y a pesar de ello, allí estaba a diez mil metros o más de altitud sobrevolando el océano.

La auxiliar de vuelo detuvo el carrito con las bebidas a mi lado. Necesitaba algo que me calmase los nervios, así que le pedí un Gin Tonic. Con el vaso en la mano conecté los auriculares e intenté prestar atención a la imagen en la pantalla. Otro Gin Tonic y una película después conseguí dormirme.

Desperté con el anuncio por megafonía de que en unos minutos aterrizaríamos en el aeropuerto O'Hare de Chicago. El cuello me dolía por la postura y notaba un hormigueo que comenzaba en mi trasero y se extendía por mis piernas agarrotadas.

Me acomodé mejor en el asiento y me abroché el cinturón, como indicaba la señal luminosa sobre mi cabeza, mientras el avión comenzaba su descenso y yo rogaba para que el viaje no fuera en vano.

Tardé una hora en pasar el control de pasaportes. Durante ese tiempo, traté de mantener los

nervios bajo control, aunque sin mucho éxito; tenía el estómago revuelto y me dolía. Cuando el funcionario estampó el sello en su hoja correspondiente pensé que ese era el pistoletazo de salida para el resto de mi vida. Al instante, me reñí mentalmente. Se había acabado el controlar todo y planificar mi futuro hasta el último detalle. Tomaría las cosas como vinieran y pasase lo que pasase ese fin de semana seguiría adelante.

Arrastré mi pequeño *trolley* por el aeropuerto lleno de gente, buscando en los carteles indicativos el camino que me llevase a la parada de taxis.

El frío era intenso en el exterior, por lo que agradecí el calor que me golpeó cuando abrí la puerta del taxi amarillo y me introduje en su interior.

Observé la carretera y los restos de nieve que se amontonaban en los arcones, mientras el taxista me conducía a la dirección que le había indicado.

Derek vivía en un ático en uno de los rascacielos que poblaban el centro de la ciudad a escasos minutos del Millenium Park y el lago Michigan. Según me iba acercando a mi destino la ansiedad y la necesidad de verlo aumentaron. Parecía increíble cómo una persona podía meterse bajo tu piel en apenas unas semanas. Me daba terror, pero me había propuesto volver a ser la persona valiente y segura de mí misma que había sido. Y estaba decidida a conseguirlo.

Tras pagar al taxista, abrí la puerta y me bajé del vehículo. Esperé a que sacara mi pequeño equipaje del maletero y me despedí con lo más parecido a una sonrisa que pude componer. El edificio, que debía de tener más de sesenta pisos, se alzaba imponente ante mí; una columna enorme de aluminio y cristal apuntando hacia el oscuro cielo de la noche. Y allí arriba, en lo más alto, estaba él, lo único que yo deseaba.

Abrí la puerta del edificio y crucé el vestíbulo. Miré indecisa al puesto del portero, al verlo ocupado con el teléfono continué adelante. Tenía las palmas de las manos húmedas cuando pulsé el botón del último piso. Las froté contra la tela de mis pantalones vaqueros y me apoyé pesadamente contra la pared, mientras ascendía quizás al cielo o puede que terminase pareciéndose más al descenso al infierno si Derek no me aceptaba de nuevo.

Las náuseas que había conseguido controlar en el trayecto desde el aeropuerto volvieron a mí con fuerza y tuve que tragar saliva para mitigarlas.

Las puertas del ascensor se abrieron a un elegante pasillo. Mis ojos recorrieron los suelos pulidos y las paredes decoradas con pequeños y escogidos detalles hasta detenerse en la puerta que se alzaba solemne al final del mismo.

Mis pies parecían pegados al suelo y mi respiración era apenas un jadeo. Inspiré y espiré hondo varias veces para volver a tomar el control de mi cuerpo y salí del ascensor. Recorrí despacio la distancia que me separaba de aquella puerta.

Vacilante, apreté el timbre y esperé. En ese momento ya no estaba segura de nada, ni de la reacción de Derek, ni de los argumentos que una y otra vez había ensayado en mi cabeza, ni de si el viaje había sido una buena idea. Ni siquiera sabía si estaría en casa. No quise avisarlo por miedo a que me dijese que no fuera, ya que si lo hacía no tendría ninguna excusa para presentarme en la puerta de su casa, como me encontraba en ese momento, y lo que fuera que nos teníamos que decir tenía que decirse a la cara. No me iba a negar la oportunidad de verlo otra vez y recordarle lo que teníamos juntos.

Pasaron unos segundos que me parecieron eternos hasta que oí movimiento al otro lado y la puerta se abrió.

El silencio se hizo espeso como miel. Tenía los ojos clavados en el suelo, todavía no había reunido el valor para mirar, pero instintivamente sabía que quien esperaba junto a la puerta abierta era él. Todo mi ser lo reconocía.

Cuando, por fin, obtuve el coraje suficiente levanté la vista despacio. Mis ojos recorrieron los pies descalzos, los pantalones de pijama negros haciendo equilibrio sobre sus caderas y la camiseta blanca que perfilaba cada músculo de su pecho; mi cuerpo reaccionó a su imagen de inmediato. El corazón latía queriendo salirse del pecho y los dedos me hormigueaban por las ganas de tocarlo. La expresión en su cara me detuvo, su gesto era como una máscara, no delataba ningún tipo de emoción, sin embargo, el azul de sus ojos parecía hielo, frío y duro hielo.

—¿Qué estás haciendo aquí, Valeria? —Su tono era distante y no hizo el menor gesto que me indicase que pretendía invitarme a entrar.

Tragué saliva y alcé la barbilla. Había llegado hasta allí y no era el momento de acobardarme, aunque mis más profundos instintos me gritasen que cogiese la maleta, que descansaba a mi lado, y saliese corriendo de allí antes de que terminase hecha pedazos.

—He venido a hablar contigo. —Pretendía sonar fuerte, convincente, pero mi voz resultó más parecida a un susurro.

Derek se limitó a mirarme en silencio.

—¿Puedo pasar? —pregunté con suavidad.

Esperé tensa hasta que finalmente estiró el brazo abriendo del todo la puerta y se retiró a un lado. Pasé junto a él y me detuve en el recibidor. Derek cerró la puerta y avanzó hacia el interior del apartamento. Las piernas me temblaban cuando dejé la maleta junto a una pared para que no estorbase y lo seguí hasta una habitación más amplia que supuse era el salón. La decoración era moderna y muy masculina, en tonos negros y grises. Desprendía clase y fuerza, reflejaba a la perfección la personalidad de su dueño.

Observé los amplios ventanales que mostraban una espectacular vista nocturna de la ciudad de Chicago e imaginé cómo sería por el día.

—Debe de ser maravilloso levantarse todas las mañanas con esta belleza —dije señalando hacia los ventanales.

—Aunque no lo creas llega un momento en que pasa desapercibida. Terminas por acostumbrarte —contestó encogiéndose de hombros.

—Es una pena. No creo que a mí pudiese dejar de sorprenderme. —Estaba convencida de ello. Sería imposible que algo así dejase de sobrecogerme en algún momento.

Me volví hacia Derek que permanecía de pie en medio de la habitación con los brazos cruzados sobre el pecho y mi corazón se saltó un latido, me moría por aferrarme a él y que me apretase fuerte contra su pecho.

Incliné la cabeza hacia el enorme sofá que había junto a mí y Derek asintió. Me quité el abrigo, la bufanda y los guantes, y me senté. Luego me tomé mi tiempo para examinar la sala mientras ponía en orden mis pensamientos.

—¿A qué has venido, Val? —Su tono era ahora más suave y sonó más cerca.

Giré la cara para encontrarlo a solo unos pasos de mí.

—Tenía que verte. Necesitaba hablar contigo —confesé con sinceridad.

Se sentó a mi lado en el sofá.

—Para eso llegas dos semanas tarde. —Suspiró cansado.

El miedo me oprimió el pecho y luché por controlar los latidos desbocados de mi corazón.

—Sé que lo estropeé, pero tenía que venir aquí para decirte cuánto lo siento. Necesitaba que supieras lo mucho que te necesito.

Derek se pasó las manos por el rostro.

—No sé si eso sirve de algo ahora —respondió volviéndose hacia mí.

Nuestros ojos se encontraron y yo ya no pude apartar la mirada. Quería perderme en su boca,

que me abrazase y no me soltase jamás.

Poco a poco, fui cerrando el espacio que nos separaba. Derek no se apartó, pero tampoco movió un dedo. Cuando nuestros labios casi se tocaban me detuve esperando algún tipo de reacción por su parte que me indicara que era eso lo que quería. Sin embargo, se mantuvo quieto, con sus pupilas brillantes clavándose en las mías. Despacio alcé una mano y la coloqué en su nuca, enredando mis dedos entre los sedosos mechones que ahora la cubrían, la otra la apoyé sobre su muslo. Sin dejar de mirarlo junté mis labios con los suyos, primero de forma tentativa, no quería forzar la situación.

Su olor me envolvió y noté la fuerza contenida de sus músculos en tensión bajo las palmas de mis manos y no pude reprimirme un instante más. Abrí los labios buscando mayor profundidad en el beso. Anhelaba paladear su sabor, su calidez. Moví mi boca sobre la suya unos segundos, jugando con sus labios, incitándolo hasta que se rindió y los separó embistiendo mi lengua con la suya en un beso profundo, hambriento.

Con un movimiento rápido me elevó y me sentó a horcajadas sobre él. Coloqué las manos sobre sus hombros y sentí cómo las suyas se perdían bajo mi jersey, apretando mi cintura y pegándose más a su cuerpo.

—Lo siento... Lo siento tanto. —Las disculpas se escapaban de mis labios entre beso y beso.

Me arqueé al contacto de su lengua lamiendo la piel de mi cuello. Enredó los dedos en mi pelo y me llevó de nuevo con fuerza contra su boca. Jadeé y me apreté contra él, quería meterme bajo su piel como sus caricias lo hacían bajo la mía. Introduje mis manos bajo su camiseta, delineando los contornos de su pecho para continuar dibujando los firmes relieves de su estómago con las yemas de mis dedos.

Llegué al elástico del pantalón y deslicé mis manos hambrientas debajo. Fue como si hubiese pulsado un interruptor. Los dedos de Derek se cerraron sobre mi muñeca, deteniéndome, y su boca se separó de forma abrupta de la mía.

Nuestras respiraciones entrecortadas eran los únicos sonidos que se escuchaban en la habitación. Derek soltó mi muñeca y me devolvió con delicadeza a mi asiento.

—¿Tienes dónde quedarte esta noche? —No me miró.

Asentí, ya que el nudo que tenía en la garganta me impedía hablar.

—Dame cinco minutos, te llevaré. —Se puso en pie y abandonó el salón dejándome confusa y dolida.

Aún agitada traté de controlar el temblor de mis manos. Lo estaba perdiendo. Ese solo pensamiento hizo que mis ojos se empañaran. Respiré hondo y traté de serenarme, no era el momento de derrumbarse.

—¿Estás lista? —Apareció en el umbral vestido y con las llaves del coche en la mano.

—Sí. —Me puse en pie y lo seguí hacia la salida.

Se detuvo en el vestíbulo y cogió mi maleta. Salimos al lujoso pasillo y tomamos el ascensor hasta el garaje. Allí Derek colocó mi equipaje en el maletero de un lujoso deportivo, luego abrió la puerta del acompañante y esperó a que entrase. Rodeó el vehículo, se acomodó en el asiento del conductor y arrancó.

Aceleró y ascendió por una rampa que nos introdujo en el fluido tráfico nocturno. Me mantuve en silencio, mientras la presión que notaba en el pecho iba aumentando a medida que nos alejábamos de su apartamento, que me alejaba de él.

Derek mantenía los ojos fijos en la carretera y su expresión volvía a ser indescifrable.

Cuando vi aparecer el cartel iluminado con el nombre del hotel, luché por contener el torrente de lágrimas que me apretaba la garganta dejándome sin respiración. Aunque en todo momento la

posibilidad de que me rechazase había sido la más factible, nada me habría podido preparar para el dolor que me atravesaba el alma al verla hacerse realidad.

Derek detuvo el coche en la puerta del hotel.

—Ya está, ¿verdad? —susurré sin atreverme a mirarlo.

Vi cómo apretaba las manos en el volante.

—No lo sé, Valeria. No sé si quiero esto de nuevo. —Suspiró y se pasó las manos por el pelo. Luego me miró.

Yo le devolví la mirada.

—Créeme, si pudiera cambiar lo que ha pasado lo haría, pero no puedo. Solo puedo decirte que lo siento y pedirte una nueva oportunidad. Nadie me había hecho sentir tanto, nunca, y creí que tenía que protegerme de ello. Estaba equivocada. Quería protegerme de ti, para que no me hicieses daño cuando lo único que me hería eran mis miedos. Ahora lo sé.

—¿Y cómo puedo confiar en que esos miedos no volverán a alejarte de nuevo? —El dolor se filtraba en su voz.

Negué con la cabeza y la desesperación comenzó a calar en mí.

—No sé qué más puedo decirte excepto que te necesito en mi vida, junto a mí. La única manera de demostrártelo es que me des la oportunidad de hacerlo.

Derek no dijo nada. Bajó del coche y, después de abrir mi puerta, sacó el equipaje del maletero.

Caminó junto a mí hasta el mostrador de recepción. Apoyó mi maleta en el suelo y se volvió hacia mí. Recorrió mi rostro con sus ojos como si quisiera aprendérselo de memoria, luego rozó mi mejilla con sus labios, se dio la vuelta y se marchó. Observé cómo abandonaba el hotel sabiendo que esa podría ser la última vez que lo viese.

Logré mantenerme entera, mientras me registraba. La recepcionista, que se había percatado de mi estado, fue rápida y amable y en escasos minutos subía en el ascensor camino de la habitación.

El sonido de la puerta al cerrarse tras de mí fue como si hubiesen dado el pistoletazo de salida y toda la angustia, el dolor y la tensión que había estado conteniendo en las últimas horas se desbordaron sobrepasando las pobres defensas que habían conseguido contenerlas a duras penas hasta ese momento.

Todavía con la pequeña maleta sujeta en mi mano me dejé resbalar por la puerta hasta el suelo poseída por un llanto desgarrador. Todo mi cuerpo temblaba a causa de los violentos sollozos y me costaba respirar.

No recuerdo cuánto tiempo estuve así, solo que me desperté encogida sobre el suelo en la penumbra de la habitación apenas iluminada por el resplandor de las luces del exterior que se colaba por la ventana. Me levanté con dificultad, pues tenía el cuerpo agarrotado y me arrastré hasta la cama. Tenía los ojos tan hinchados que me costaba mantenerlos abiertos, así que los cerré, tiré del edredón para cubrirme y me abandoné al sopor denso y pesado que me invadía.

Me desperté sobresaltada y un tanto desorientada. La noche anterior no había corrido las cortinas y la luz mortecina del amanecer entraba sin ningún impedimento por la ventana.

Una sensación de irrealidad envolvía mi mente como si todo lo acontecido horas atrás hubiera sido solo un mal sueño. Al moverme, sin embargo, mi cuerpo me lo desmintió. Me sentía como si me hubiese atropellado un camión. Notaba la cara hinchada de tanto llorar y el cuerpo débil y dolorido. Pero sin duda lo peor era la presión en el pecho, como si alguien hubiera cogido mi corazón en un puño y lo estuviera estrujando sin piedad.

Coloqué un par de almohadas detrás de mi espalda y me incorporé. Debía pensar y decidir.

Miré mi maleta tumbada de lado sobre el suelo, al lado de la puerta, en el mismo lugar que la había soltado cuando llegué. Solo tenía que cogerla, subirme a un avión y regresar a casa. Lo había intentado, eso al menos sería un pequeño consuelo. Había superado mis miedos y tratado de arreglarlo. Aceptaría que a veces cuando algo se rompe no hay forma de componerlo de nuevo. Y aceptaría mi culpa, pero esta vez me recompondría y seguiría adelante. Eso haría.

Deslicé el dedo por el teléfono, para llamar al aeropuerto y cambiar el billete, y el rostro de Derek junto al mío ocupó toda la pantalla. Él me sujetaba y yo intentaba zafarme, entre risas, para no salir en la fotografía. La había tomado la noche que fuimos a Gijón. Por un momento me sorprendió vernos a los dos en la imagen, había olvidado que la coloqué como fondo de pantalla en el aeropuerto antes de embarcar hacia Chicago. Pensé que sería una especie de amuleto llevarla junto a mí.

Observé la fotografía largo rato. No podía irme, no aún. Derek no había desistido a pesar de mis miedos y mi resistencia. Me había incitado, exigido de manera sutil, pero constante, y no se había alejado, mientras yo recorría mi camino hacia él. Al menos yo le debía lo mismo.

Antes de que pudiese arrepentirme tecleé un mensaje y pulsé el icono de enviar. Leí de nuevo el texto. Había escrito una única frase:

Necesito un buen guía ¿estás disponible?

Dejé el teléfono sobre la mesilla y llamé al servicio de habitaciones. Mientras esperaba que me contestase —rogaba porque lo hiciese—, bien podía comer algo. Luego me dirigí al cuarto de baño y me dispuse a darme una ducha.

Más despejada tras un rato bajo el chorro de agua caliente, me vestí con unos pantalones cómodos y una camiseta de algodón. Comprobé el teléfono, ningún mensaje. Era temprano, quizá aún no se hubiese levantado, me dije. No podía permitirme perder la esperanza aún. Desayunaría y luego saldría a recorrer la ciudad, mientras esperaba su respuesta.

Sonaron dos golpes suaves en la puerta y di las gracias al servicio de habitaciones por la rapidez, estaba hambrienta.

Abrí la puerta y tuve que sujetarme en el marco, porque las piernas me fallaron al ver a Derek de pie frente a mí. Las ojeras se marcaban bajo sus ojos y una sombra de vello le perfilaba la mandíbula. Me observaba con las manos en los bolsillos y expresión cauta.

—No te has ido.

Moví la cabeza de un lado a otro. Tenía la boca seca y la garganta cerrada.

—Bien. —Dio un paso hacia mí y yo tragué saliva y me humedecí los labios. Los latidos de mi corazón atronaban en mis oídos.

—No he dormido en toda la noche pensando que te habías marchado. —Rozó mi cuello con sus dedos en una caricia lenta y delicada y yo dejé caer mi cabeza buscando su contacto.

—¿Por qué te has quedado, Val? —Su voz era suave y me envolvía.

—Ya lo sabes. —Me costaba hacer que llegase suficiente aire a mis pulmones.

Negó lentamente.

—Necesito oírte decir. —Con los dedos entre mi pelo echó mi cabeza hacia atrás, mientras sus labios recorrían mi mandíbula y subían besando mis mejillas y mis párpados.

Sentía que la cabeza me daba vueltas y me costaba ordenar las ideas.

—Porque te quiero.

Antes de que pudiera reaccionar los labios de Derek asaltaron los míos en un beso voraz y

desesperado. Sin soltarme, cerró la puerta tras nosotros de una patada mientras nos hacía avanzar hacia el interior de la habitación.

Nuestras respiraciones entrecortadas resonaban en el silencio de la mañana. De un solo movimiento me quitó la camiseta y la arrojó al suelo, acto seguido la siguieron mis pantalones y mis bragas. Mientras con dedos torpes por la urgencia intentaba desabrochar el botón de sus pantalones vaqueros, Derek se sacó el jersey y la camiseta de un tirón dejándolos caer en el montón de ropa a nuestros pies. Luego terminó de deshacerse de los pantalones y su bóxer y me atrajo hacia él. Piel contra piel.

Enlacé las manos tras su cuello y me arqueé, mientras Derek besaba y mordisqueaba cada centímetro de piel que sus labios recorrían. Sentí el tacto de una tela suave contra mi espalda y mi cerebro registró vagamente que me había tendido en el sofá de la habitación; era incapaz de percibir otra cosa que no fuesen las manos y la boca de Derek y las sensaciones que estas me provocaban.

Se alzaba imponente de pie sobre mí. Observé cómo sus ojos devoraban mi figura desnuda que esperaba temblorosa y anhelante por él. Todo mi cuerpo palpitaba bajo su mirada y mis caderas se elevaron de forma involuntaria hacia él, mientras un gemido se escapaba de mi garganta.

Sus ojos se oscurecieron y el poco control que le quedaba se esfumó.

—No puedo aguantar más. Te necesito ahora.

Se colocó sobre mí y tomó mi boca en un beso posesivo, brutal, que buscaba reclamar cada parte de mi ser. Luego levantó la cabeza separando nuestros labios y de un solo movimiento se introdujo dentro de mí con un gemido ahogado.

Sus párpados cayeron velando sus ojos por un momento y lo vi apretar la mandíbula con fuerza. Cuando los alzó de nuevo buscó mi mirada. Solo comenzó a moverse cuando tuve mis ojos fijos en los de él.

—Dime que me amas —susurró en mi oído a la vez que aumentaba el ritmo de sus embestidas haciéndolas más fuertes y profundas.

—Te amo. —Jadeé abrazándolo con fuerza.

Derek estrelló sus labios contra los míos absorbiendo los sonidos, que salían de mi boca sin control a medida que la tensión crecía en mi interior, hasta que un estremecimiento me sacudió llenándome del placer más intenso y asombroso que nunca hubiera experimentado.

Grité y apreté mis muslos contra sus caderas, mientras Derek murmuraba en mi oído lo mucho que me quería, para luego hundir su rostro en el hueco de mi cuello cuando un temblor le recorrió al alcanzar su propio orgasmo.

Tras unos minutos me besó en los labios y con delicadeza nos giró en el sofá de modo que quedé tumbada encima de él. Sus manos se deslizaban por mi espalda trazando círculos sobre mi piel húmeda y por primera vez en mucho tiempo me sentí completa y en paz.

Me sentía flotar tumbada en la cama junto a Derek. Tenía la cabeza apoyada en su pecho, justo sobre su corazón, y podía escuchar su latir suave y acompasado. Mis dedos recorrían ociosos su cintura deteniéndose de vez en cuando en la depresión que formaba su ombligo, mientras sus brazos me rodeaban anclándome a su cuerpo.

—¿En qué piensas? —Me acarició la mejilla con dulzura.

—En lo cerca que he estado de estropearlo todo —declaré con sinceridad.

Lo oí suspirar y sentí cómo sus labios se posaban en mi pelo.

—No te hubiera dejado.

Había demasiada seguridad en esa afirmación. Alcé la cabeza y busqué sus ojos.

—No pensaba dejar que te escondieses por mucho más tiempo. Solo te estaba dando algo de espacio para que ordenases tus ideas —reconoció con una sonrisa. Luego me apartó el pelo de la cara y me besó en los labios—. Cuando te vi en mi puerta supe que ya no volvería a permitir que salieses de mi vida.

Lo miré confundida.

—Pues lo disimulaste muy bien. —Intenté levantarme, pero Derek me cogió de la cintura y me colocó sobre él.

—Tenía el orgullo herido.

Di un respingo cuando su pulgar acarició la curva de mi pecho.

—Y quería que vivieses por unas horas cómo sería perderme para siempre.

Recordé el dolor que había sentido y me estremecí.

—¿Me perdonas?

Asentí y me besó de nuevo con una pasión que borró todos mis temores e inseguridades respecto a él. Respecto a nosotros. Me perdí en el beso y me olvidé de todo menos del hombre que me sostenía.

Derek se separó de mí y me miró con ternura.

—¿Eres consciente de que nunca más podrás esconderte de mí?

Intenté responder, pero las palabras se quedaron atascadas en mi garganta junto con un sollozo.

—¿Se puede saber por qué lloras? —Me miró con una sonrisa dulce y acunó mi rostro entre sus manos. Sus pulgares secaron dos gruesas lágrimas que resbalaban por mis mejillas.

—Fui tan estúpida... Y ahora, me siento tan feliz y agradecida de estar aquí.

—No podrías haber terminado en otro lugar —dijo con voz suave, mientras sus dedos tiernos recorrían mis clavículas y bajaban por mi espalda—. Solo tenías que encontrar el camino para llegar hasta mí. Nos completamos, somos dos partes de un mismo todo. —Posó su boca en la mía, atrapando mis labios en un beso tierno, casi delicado. Cada movimiento suave, cada aliento compartido era una declaración de intenciones y una afirmación de que eso que teníamos iba más allá del simple deseo. Era mucho más profundo, más íntimo y valioso. Era amor.

Epílogo

Comprobé que los cordones de mis zapatillas estuvieran bien atados y salí al aire cálido del comienzo del verano. Recorrí con pasos rápidos las calles que me separaban del parque. Crucé la entrada y me envolvieron los sonidos e imágenes propios de un sábado cualquiera en aquella estación. La naturaleza se mostraba en todo su esplendor y me deleité en los colores y olores que me regalaba. Crucé por un sendero hacia una zona más poblada de vegetación y lo vi. Me detuve un segundo para admirar su cuerpo atlético, de espaldas anchas, musculoso sin llegar al exceso. Noté cómo el corazón se me aceleraba, igual que siempre que lo miraba, y pensé que era demasiado guapo, incluso para su propio bien. Cuando se giró el brillo en sus ojos hizo que algo cálido se extendiera por mi pecho.

—Llegas tarde. —Esa sonrisa me volvía las rodillas de gelatina.

Caminé hasta detenerme frente a él.

—No encontraba las zapatillas. —Me estiré y lo besé en los labios. Rodeó mi cintura pegándome contra su pecho y profundizó el beso. Cuando me soltó tenía la respiración agitada y las mejillas sonrosadas.

—Creo que el paseo ya ha sido suficiente deporte por hoy, volvamos. —Lo agarré de la mano y tiré de él hacia el camino de salida.

Escuché su risa ronca justo antes de que me atrajese hacia su cuerpo y me abrazara de nuevo.

—He esperado durante quince minutos, mientras terminabas de prepararte. Es la última vez que consigues que baje antes, si no te presiono tardas el doble —me acusó—. Y ahora vamos a hacer lo que habíamos planeado, así que mueve ese precioso trasero tuyo y corramos. —Me dio una palmada en el susodicho y comenzó un trote suave.

Después de una hora de carrera estaba acalorada y cansada, pero me sentía feliz. Me deshice de las prendas sudadas y me metí en la ducha. Escuché un ruido a mi espalda y al instante siguiente unas manos rodearon mi cintura.

—¿Se puede saber qué estás haciendo?

—Ducharme, ¿tú qué crees? —Se retiró el pelo húmedo de la cara con las dos manos y cogió el bote de jabón.

—No puedes estar aquí —le reocriminé volviéndome para quedar cara a cara.

—Ah, ¿no? —Sus ojos se encendieron por el deseo, mientras dejaba caer un chorro de jabón en sus manos y comenzaba a frotarlas entre sí para hacer espuma—. ¿Y eso por qué? —Me giró con suavidad hasta que le di la espalda de nuevo.

—Te recuerdo que no podemos entretenernos, tenemos que coger un avión —me quejé con poca convicción cuando comenzó a deslizar las manos por mis pechos que respondieron al instante, tensándose.

—Puedo ser rápido... —Sus labios recorrieron mi cuello haciéndome estremecer—. Creo que necesitas una demostración, aún no te he mostrado todas mis habilidades.

Me dio la vuelta y me besó y yo me rendí a su beso.

Ya vestidos y con las maletas en la puerta, daba vueltas por el apartamento, mientras Derek me contemplaba divertido.

—¿Has visto mi *clutch nude*? —pregunté, mientras rebuscaba entre el contenido de una maleta enorme llena a rebosar de bolsos y zapatos.

—Al final vamos a llegar tarde por tu culpa —advirtió con una sonrisa pícar—. Será un

logro cuando vea todas esas cosas colocadas de una vez.

«Todas esas cosas» eran mis cosas. Acababa de mudarme a vivir con Derek después de varios meses interminables de llamadas telefónicas eternas, Skype y miles de millas de avión cada fin de semana.

—Solo llevo aquí cinco días. —Le saqué la lengua y seguí con mi tarea—. Aquí está. —Extraje el pequeño bolso de un saco de tela con gesto triunfante y me puse en pie.

—Además, yo no tengo la culpa de que a Martín y Laura, de pronto, les hayan entrado las prisas por casarse. Si no tuviéramos que viajar a España habría podido terminar de colocar «esas cosas» —recalqué.

Derek me observaba apoyado en el marco de la puerta con una pose relajada, cuando pasé por su lado para ir a guardar el bolsito, me agarró por la cintura reteniéndome.

—¿Con ganas de volver a casa? —Sus ojos me miraban rebosantes de amor y ternura, pero en su voz detecté cierta inseguridad.

Apoyé las palmas de las manos en su pecho y lo miré a los ojos.

—Te quiero.

—Lo sé, pero no me canso de oírlo. —Me besó—. Yo también te quiero.

—Y mi casa, mi hogar, está donde tú estés. —Extendí la mano abarcando todo lo que nos rodeaba—. Nunca imaginé que mi vida pudiese estar tan plena. Pensé que la base de mi felicidad radicaría en no dejar espacio para el amor. Sin embargo, estaba equivocada puesto que lo único que me faltaba para completar la ecuación era «tu amor».

—Me alegra que pienses así, porque he estado esperando el momento adecuado para darte esto. —Sacó una pequeña caja del bolsillo de su chaqueta y la sostuvo sobre la palma abierta.

Miré el pequeño receptáculo durante unos instantes antes de alargar la mano para cogerlo. Lo abrí y un hermoso anillo de diamantes destelló en su interior. Lo contemplé maravillada y emocionada.

Derek me lo quitó de las manos y sacó el anillo de su interior.

—Te quiero, Valeria. Y no me imagino pasar por la vida sin dormir cada noche contigo o besar tus labios cada día. Nos pertenecemos y quiero sellar nuestro vínculo con una promesa de amor. —Tomó mi mano—. ¿Te casarás conmigo?

Una felicidad inmensa estalló en mi interior al escuchar las palabras de Derek. Al contrario de lo que pensé cuando se rompió mi matrimonio con Aarón, no me sentía asustada. Derek era el amor de mi vida, lo podía sentir en los huesos y esas promesas que nos haríamos el uno al otro formarían los cimientos de nuestra nueva vida.

Asentí con lágrimas en los ojos y Derek deslizó el delicado aro por mi dedo anular. Luego me besó y yo le devolví el beso con todo lo que tenía dentro y que no podía expresar con palabras, porque él era a la vez mi comienzo y mi final feliz.

FIN

Agradecimientos

Una vez más llega el momento de agradecer a quienes dan forma a este sueño.

A mi familia y amigos, por hacer más ameno el viaje con su amor y apoyo incondicionales. Sobre todo, a mis dos chicos, Julio y Diego, que siempre están a mi lado.

A Irene Ferb y Kate Danon, por las conversaciones, las risas, los consejos y por estar siempre ahí.

A todas las personas que me siguen en redes, por el cariño y el apoyo que me dan; por compartir y comentar; y ponerme una sonrisa de buena mañana. Sois geniales.

Y, por último, que no menos importante, a ti lector, que le has dado vida a estas páginas. Si acabas de llegar a mi mundo de historias: bienvenido, espero que te quedes. Si hace tiempo que compartimos letras y emociones: gracias, gracias y un millón de gracias. Lo digo siempre, pero sin tu confianza no serían más que palabras sobre un papel. Por eso, quiero pedirte un favor: si has disfrutado compártelo, escíbeme. Estaré encantada de saberlo, de conocerte.

monicamaieroficial@hotmail.com

Facebook: [Monica Maier](#)

Instagram: [monicamaieroficial](#)

Web: www.monicamaier.com

Sobre la autora



Mónica Maier es una madrileña enamorada de las letras desde que le alcanza la memoria. Lectora incansable, siempre se recuerda con un libro en las manos; también con un cuaderno, un bolígrafo y montones de palabras revoloteando por su cabeza. Empezó a escribir en el colegio, sobre todo relatos cortos y poesía. Publicó su primera novela *El amor no es una ciencia exacta* en 2015. A la que siguen *Para ti, mi cielo* (2015), nominada a los Premios Rosa Romántica 2015 en la categoría de mejor *ebook*; *El amor es la respuesta* (2016), *A un latido de ti* (2017), *Un latido tuyo* (2017), *Todos mis "te quiero" son para ti* (2018) y *Cuando pase la tormenta* (2019).

Puedes encontrarlas todas en Amazon:

[Mónica Maier Amazon](#)

Si todavía tienes curiosidad, encontrarás más información sobre la autora y su obra en:

Facebook: [Monica Maier](#)

Instagram: [monicamaieroficial](#)

Web: www.monicamaier.com